

EL NUEVO ORDEN MUNDIAL

o la conquista interminable



EL NUEVO ORDEN MUNDIAL

o la conquista interminable

Noam Chomsky, Sergio Ramírez, Tomás Borge,
Agustín Cueva, Roberto García,
Pablo González Casanova, James F. Petras,
Rafael Sánchez Ferlosio, Gioconda Belli,
Adolfo Pérez Esquivel, Karmelo Landa,
Heinz Dieterich

**FORO INTERNACIONAL «EMANCIPACION E
IDENTIDAD DE AMERICA LATINA»**



Tituloa:
«El Nuevo Orden Mundial
o la conquista interminable»

Egilea:
Varios

Argitalpena:
Txalaparta Editorial
Apartado 78
31300 Tafalla
Nafarroa / Navarra
Tfno. (948) 703277
Fax (948) 755012

Lehen edizioa:
Tafalla-October 1991

I.S.B.N.: ~~84-86597-37-4~~ X-68-041841-5

Legezko gordailua: Na. 1.700-1991

Copyright:
© Emancipación e identidad
de América latina
© Txalaparta

Azala:
Esteban Montorio

Fotokonposizioa:
Cometip, S.L

Fotomekanika:
Ernio S.L.

Inpresioa:
Gráficas Lizarra

Saila:
Gebara n.º 10



*«El respeto al derecho ajeno
es la paz»*

Benito Juárez

Introducción

En búsqueda de la segunda emancipación

Al publicar este nuevo tomo de la serie *Nuestra América frente al V Centenario* constatamos con satisfacción que el Foro y Concurso Internacional Independiente, «Emancipación e Identidad de América Latina: 1492-1992», está cumpliendo cada vez más con su meta de contribuir a la reflexión crítica sobre el «sistema de los 500 años», impuesto a la mayoría del género humano desde el 12 de octubre de 1492.

Con nuestras actividades hemos iniciado un proceso de aprendizaje colectivo, en el cual los mitos regresivos y las ideologías interesadas de dominación están quedando atrás dejando vislumbrar los contornos reales de los acontecimientos del medio milenio iniciado por la efeméride de 1492 y de las tareas contemporáneas que se desprenden de ellos. Descifrar el «código» de estos quinientos años ha sido y es un proceso afanoso y dialéctico que se nutre de las experiencias prácticas de los movimientos sociales y de los aportes de científicos y artistas comprometidos con la verdad histórica.

Tanto la evolución política latinoamericana y mundial de los últimos años como la lectura crítica del «Reich de los

quinientos años» han puesto en «el orden del día» la tarea de construir nuevos espacios políticos que permitan a Nuestra América extraerse del remolino de decadencia e insignificancia en que se encuentra. Desvalorizados los dos grandes paradigmas orientadores de organización social —el capitalismo por su balance catastrófico de desarrollo, violencia e injusticia en Nuestra América; el socialismo, por su fracaso de arraigar y consolidarse en Europa—, y frente a la omnipresente influencia enajenante de las empresas multinacionales, peligra cada vez más la identidad latinoamericana y, con ella, la segunda emancipación.

Pero, ¿dónde podrá encontrarse el sendero de una evolución alternativa? Una evolución autodeterminada, popular, democrática y anti-imperialista. ¿Cuál sería el camino de los buscadores de la nueva utopía concreta que nos llevara más allá del año dos mil? No se encontrará esa utopía, sin duda, en los escritorios de los intelectuales ni en los restridores de planificación de los tecnócratas o en el oscurantismo reaccionario de las sectas religiosas. Tampoco la encontraremos en el quehacer empírico de las masas o en las utopías retrógradas del tradicionalismo.

La respuesta a las preguntas hechas consiste en que el nuevo proyecto histórico para las mayorías de Nuestra América se halla todavía en *status nascendi*. Sin embargo, se vislumbran ya algunas áreas de reflexión y trabajo del discurso político-económico y cultural para la década de los años noventa, discurso que, dicho sea de paso, decidirá en gran medida el rumbo de los acontecimientos en el hemisferio occidental hasta el fin del milenio. Entre esas temáticas y tareas por resolver destacan las siguientes:

En lo económico se trata del desarrollo de un modelo de acumulación que sustituya al actual. La coyuntura capitalista de la última década ha incrementado fuertemente la riqueza social del Primer Mundo. Sin embargo, no todos los ciudadanos de estas «islas de abundancia» han participado de igual manera en su distribución. Cada vez es más clara la tendencia de la sociedad metropolitana a evolucionar hacia un sistema social que margina alrededor del treinta por ciento de sus propios ciudadanos de esta creciente riqueza. En los Estados Unidos se calcula que cerca de treinta millones de sus ciudadanos viven debajo de la «línea de pobreza» oficial (*poverty*

line). Para la República Federal de Alemania, la cifra alcanza a unos diez millones de ciudadanos.

Abstrayendo de esta tendencia metropolitana, es obvio que el precio del enriquecimiento neo-liberal de los últimos diez años lo pagaron las mayorías del Tercer Mundo, a tal grado, que sus niveles de vida han involucionado a los estándares de los años sesenta. Ni en los planteamientos económicos de las élites metropolitanas, ni en los modelos económicos de las élites del Tercer Mundo se encuentran elementos estratégicos de reestructuración de la economía mundial que permitan suponer un futuro más esperanzador para los pueblos de Nuestra América.

En lo político han de replantearse las interrogantes de la revolución nacional, la viabilidad de una «democracia sin pan», la posibilidad del desarrollo de una sociedad hermanada «en un sólo país», la relación entre cambio reformista y revolucionario, etcétera.

En lo cultural la tarea de construir lo nuevo no es menor. El dominio hegemónico sobre las cabezas por medio de las empresas multinacionales de la información y opinión –que ejercen influencias regresivas hacia el consumismo, la disolución de la conciencia histórica y la difusión de actitudes subjetivistas, poco responsables y éticas frente a los demás, presenta a las fuerzas democráticas, nacionales y progresistas el desafío de mantener y, de ser posible, extender las esferas culturales alternativas que constituyen medios de auto-realización y auto-determinación para individuos, clases sociales y pueblos enteros. Esto en lo cotidiano. En un nivel más profundo, la filosofía, el arte, la ciencia y la religión progresistas, tendrán que re-descubrir los últimos quinientos años de la historia humana a la luz del concepto *soberanía*. Para ser más específico: a la luz de la soberanía secuestrada al 85 por ciento de la especie humana –las masas del Tercer Mundo– a partir de la expansión europea del siglo XV.

La misma categoría y, por ende, *praxis* de la solidaridad internacional (primermundista) ha de encontrar una nueva determinación, diferente a la de tipo paternalista o asistencia- lista que fue característica del último decenio.

Mientras que en los movimientos de solidaridad de los años sesenta, fundamentalmente con Vietnam, prevalecía una clara concepción política anti-imperialista, el internacionalis-

mo europeo y estadounidense de los años ochenta se nutrió básicamente de preocupaciones filantrópicas y raciocinios liberales. De ahí se derivó, en la práctica, una relación jerárquica entre los comités de solidaridad primermundistas y los representantes de los movimientos de liberación nacional latinoamericanos, lo que dificultó el diálogo *político* y equitativo, que hubiera beneficiado a ambas partes.

¿Por qué será tan importante la construcción de una nueva relación política y equitativa entre las fuerzas de cambio latinoamericanas y las fuerzas de solidaridad en el Primer Mundo? Simplemente por la experiencia de Nicaragua. Una de las principales lecciones de este rico caudal de experiencias revolucionarias que constituye el proceso sandinista consiste en que la correlación de fuerzas en las metrópolis es una variable decisiva no sólo para el triunfo de las fuerzas revolucionarias, sino aún más para la consolidación del proceso de cambio hacia una sociedad más humana.

La batalla por la revolución en Nicaragua se perdió en las metrópolis, no en el istmo centroamericano. No cabe duda que los sandinistas cometieron errores, pero fueron secundarios comparados con la gigantesca tarea de defenderse de la agresión de los Estados Unidos y sus aliados europeos. Frente al abismático diferencial de poder existente entre la pequeña Nicaragua y los dos bloques imperiales agresores, cualquier vanguardia en el poder en Nicaragua estaba condenada a la derrota salvo que se hubiera logrado obligar a los gobiernos imperiales de ambos continentes a actuar dentro de las normas del derecho internacional. Dado que los movimientos de solidaridad en el Primer Mundo no fueron capaces de convertirse en agentes de presión política con el poder suficiente para alcanzar tal meta, el imperio estadounidense estaba en condiciones de escoger un campo de acción, donde no pudo ser derrotado: la agresión militar.

Para cualquier movimiento de autodeterminación nacional del Tercer Mundo que llegue al poder, se convierte, en una necesidad vital para la realización de su proyecto histórico, la existencia de movimientos de solidaridad en América del Norte y en Europa que tengan el poder suficiente para obligar a sus gobiernos nacionales a observar una conducta de política exterior acorde con las normas del derecho internacional.

De este raciocinio se deriva otro de trascendental impor-

tancia. Si las relaciones inter-estatales no se rigen por la ley sino por la fuerza, entonces constituye una responsabilidad histórica de los sujetos de cambio —que hayan logrado convertirse en Estado— acumular el volumen y las formas de poder necesarios para defender el proyecto nacional en beneficio de las mayorías de la embestida...

Las reflexiones anteriores, escritas antes de la guerra del Golfo Pérsico, se vieron dramáticamente afirmadas por los sangrientos acontecimientos de la agresión occidental. Si la invasión de Panamá fue el prelude de la inauguración del así llamado Nuevo Orden Mundial, la guerra del Golfo Pérsico estableció las reglas de este orden.

Claro está que para los habitantes del Tercer Mundo este orden no tiene nada de nuevo: ellos lo conocen desde hace quinientos años. Si hace medio milenio se desató la guerra contra los indefensos pueblos del hemisferio occidental en pos del oro, esta vez la agresión tuvo por fin el control del oro negro.

Al igual que en 1492, más que de una guerra, se trató de una matanza. En la invasión del hemisferio occidental, los civilizados cristianos emplearon la tecnología militar de la edad de hierro para destruir las impotentes armas y guerreros de la edad de piedra. En la guerra del Golfo Pérsico, los agresores utilizaron el armamento electrónico de la Tercera Guerra Mundial contra la atrasada tecnología militar de la Primera Guerra Mundial. Las tasas de muertos y heridos son elocuentes al respecto: mientras los iraquíes perdieron decenas de miles de combatientes y civiles en los 43 días de combate, las fuerzas invasoras estadounidenses sufrieron solamente 148 muertos, 35 de ellos por ataques erróneos de sus propias tropas. De los 35 tanques y vehículos blindados que fueron averiados o destruidos, 27 fueron víctimas de *friendly fire*, es decir, del fuego mismo de los aliados (*New York Times*, 15-8-1991). Semejantes son las relaciones entre agresores y víctimas que nos relatan los cronistas de Indias.

Durante las largas décadas de la conquista, pocas personalidades o intelectuales protestaron frente a la prolongada matanza y el uso planeado, impío y sistemático del terror como medio de saqueo, sometimiento, dominación y explotación de una población ajena. Nuevamente, ante las barbaridades ejecutadas por la máquina militar occidental contra los

conscriptos campesinos árabes –convertido por la servil prensa del mundo libre en «guerra entre dos ejércitos»– se produjo lo que Noam Chomsky llamó «la bancarrota total de los intelectuales europeos». Con contadas excepciones, la matanza televisada no causó mayores protestas entre los civilizados ciudadanos e intelectuales del Primer Mundo.

También la lección que tuvieron que aprender los «indios» de hoy es reminiscente a la de los «indios» de entonces. Levantar la cabeza y pretender hacer las cosas según proyectos nacionales tercermundistas sin la autorización de los amos del sistema de 1492 (del «Reich de los Quinientos Años»), cuesta, sobre todo cuando se trata del oro negro, muy caro. El régimen reaccionario de Hussein sufrió esta lección, como antes la sufrieron los regímenes progresistas del sandinismo, de la Unidad Popular chilena, de los vietnamitas, y de los cubanos entre muchos otros.

El proyecto del Nuevo Orden Mundial se integra como un eslabón más en la larga cadena de demiurgos de imperios que resolvieron gobernar el mundo por la violencia: es parte integral del recurrente ataque de las fuerzas de la antihistoria, cuyos anales se registran intentos tan formidables como la *pax romana*, la civilización occidental y cristiana implementada en el «Nuevo Mundo», el *Ordine Novo* de Mussolini, *die Neue Ordnung* de Adolf Hitler y ahora, la *New world Order* del actual *Führer* del Primer Mundo, George Bush.

La razón de ser de todos estos proyectos radica en la decisión de una(s) élite(s) en el poder, de vivir de la explotación de otros pueblos. Al tomarse la decisión de adueñarse de la riqueza social y natural de otros pueblos y vivir de su trabajo, la aplicación sistemática de la violencia del estado es una consecuencia inevitable.

Algunas de estas temáticas han sido abordadas en los extraordinarios ensayos reunidos en este libro. Otras se volverán asunto de acalorado debate, diálogo y praxis transformadora en el futuro, como parte del laborioso, paciente y nunca consumado proceso de creación de la utopía concreta que algún día llevará a los pueblos a su emancipación. En este proceso de creación estamos con los «optimistas históricos» y con las mayorías –si no, ¿cuál sería nuestro lugar en la historia?–.

Heinz Dieterich Steffan

El sistema de los 500 años y el Nuevo Orden Mundial *

Noam Chomsky

Mientras nos encontramos aquí, Estados Unidos e Inglaterra se preparan para desatar una guerra en el Medio Oriente con consecuencias demasiado terribles para poder ser contempladas. Los eventos y disfraces con que se visten tienen mucho que decirnos acerca del sistema de los 500 años y del Nuevo Orden Mundial que lo extenderá más lejos.

Como siempre, el tamboreo propagandístico es acompañado por retórica inspirante acerca de los principios elevados que nos animan, y como siempre, la reacción en círculos respetables no está manchada por rastros de escepticismo ni, seguramente, por el ridículo. El debate continúa con gran furia, pero sólo en torno a cuestiones muy estrechas: ¿será tácticamente imprudente, posiblemente dañino a nuestros intereses, esgrimir la espada del vengador probo?

No necesitamos tomarnos el tiempo para revisar la postura conocida, a partir del alarde orgulloso de que «Estados

* Traducción del inglés a cargo de Stephen A. Hasam. El artículo fue escrito poco antes del estallido de la Guerra del Golfo.

Unidos se mantiene firme como siempre lo ha hecho, en contra de la agresión, en contra de aquellos que emplearían la fuerza para reemplazar el imperio de la ley» —las palabras del invasor de Panamá y administrador de aquello que la Corte Internacional de Justicia declaró «un empleo ilegal de la fuerza» en contra de Nicaragua— al denunciar el empleo ilegal de la fuerza contra Kuwait y proclamar su devoción imperecedera a los principios de la no intervención (20 de agosto de 1990). Pero es útil observar cómo intelectuales occidentales fijan la mirada pasmados ante tales pronunciamientos. En Estados Unidos el historial de anteriores agresiones estadounidenses es invocada regularmente, pero sólo por las lecciones que da acerca de los riesgos que acompañan a nuestra defensa noble de la libertad; incluso tales ejemplos extremos, como el ataque asesino contra Vietnam y después, de toda Indochina, son sacados a relucir para ilustrar estas lecciones, una calificación en disciplina que pocos estados totalitarios pudieran esperar igualar. Mucho de lo mismo vale también para el socio menor en el Golfo, donde, por ejemplo, un distinguido profesor en teoría política de la Universidad de Cambridge elogia al presidente Bush por mantenerse firme en cuanto a «nuestras tradiciones», que «afortunadamente muestran contener en su núcleo valores universales, mientras que las de ellos a veces difícilmente se distinguen a simple vista de un nihilismo rampante (y fuertemente armado)» (John Dunn, *Times Literary Supplement*, 5 de octubre de 1990). Quien no logre captar este principio podría tener dificultad en distinguir entre la invasión a Kuwait por Saddam Hussein y otros muchos crímenes, algunos mucho peores que los suyos, que Occidente ha estado presto a tolerar, o a apoyar, o que ha perpetrado directamente, incluyendo un caso apenas unos cuantos meses antes.

Igual que virtualmente en cada rincón del Tercer Mundo, la región del Golfo proporciona una ilustración amplia de nuestras tradiciones y los valores en su núcleo. Después de la Primera Guerra Mundial, cuando insurrecciones a lo largo y ancho del Imperio amenazaron el dominio británico, la oficina de asuntos relacionados con la India atribuyó los levantamientos en Irak a «ultra extremistas» que deseaban «la abolición en todo Oriente de toda índole de control europeo». El Secretario de Colonias Winston Churchill estaba de acuerdo y

calificó a la rebelión como «parte de una agitación general en contra del imperio británico y todo lo que éste representa». Hacían falta, por consiguiente, medidas duras. En la India, tropas británicas abrieron fuego sobre una asamblea política pacífica en Amritsar, dejando casi 400 muertos. Por carecer de fuerzas terrestres en Irak, Gran Bretaña recurrió a la fuerza aérea para bombardear aldeas nativas, pero como parte de una estrategia mayor delineada por Churchill, quien aconsejaba que «fuerza pura» no sería suficiente para «retener Mesopotamia» y que debería establecerse un gobierno títere para desviar el sentimiento nacionalista. El secretario de Estado para Asuntos de Guerra detectó problemas con «los medios que están siendo empleados», es decir, «el bombardeo contra las mujeres y niños de las aldeas». El advirtió que «si la población árabe se percata de que el control pacífico de Mesopotamia depende en último término de nuestra intención de bombardear a mujeres y niños, dudo mucho que podamos conseguir ese consentimiento» que Churchill buscaba. Gran Bretaña procedió a establecer un régimen títere al tiempo que la Fuerza Aérea Real británica llevaba a cabo bombardeos de terror para vencer la «insubordinación tribal» (como fue explicado por el secretario de Colonias del gabinete laborista en 1924) y para recaudar impuestos de los hombres tribales que eran demasiado pobres para pagar.

En su función como secretario de Estado en el Ministerio de Guerra en 1919, Churchill ya había tenido oportunidades para articular nuestros valores tradicionales. El mando para Medio Oriente de la Fuerza Aérea Real británica le pidió permiso para emplear armas químicas «en contra de árabes recalcitrantes a manera de experimento». Churchill autorizó el experimento, desechando como «irrazonables» las objeciones hechas por la oficina de asuntos relacionados con la India:

Yo no entiendo estos remilgos respecto al empleo de gas (...) Estoy fuertemente a favor del uso de gas venenoso en contra de tribus incivilizadas. El efecto moral sería bueno (...) esparcería un terror vivaz (...).

Churchill añadió que «no podemos en ninguna circunstancia consentir la no utilización de cualquier tipo de armas que están disponibles para procurar una terminación rápida del desorden que prevalece en la región fronteriza». Las armas

químicas eran meramente «la aplicación de la ciencia occidental a las contiendas armadas modernas». En efecto, ya habían sido empleadas por los británicos en Rusia del Norte en contra de los bolcheviques con gran éxito, según el mando británico. En aquel entonces, por supuesto, las armas químicas eran consideradas de manera muy parecida a como serían consideradas las armas nucleares después de Hiroshima y Nagasaki. Por lo tanto, no resulta una verdadera sorpresa que incluso antes del bloqueo de Berlín de 1948, Churchill haya alentado en privado al gobierno estadounidense a amenazar a la Unión Soviética con ataques nucleares a menos que los rusos se retiraran de Alemania del Este.

Nótese que esto concuerda bastante con nuestros valores tradicionales. No nos involucramos en terror y masacres como un fin en sí, meramente porque su práctica nos parezca divertida. Más bien, tales medios tienen que satisfacer el criterio pragmático de eficiencia para el logro de nuestros fines. El punto es particularmente resaltado en los límites exteriores del pensamiento humanista liberal de izquierda. Así, cuando el Departamento de Estado confirmó públicamente su apoyo a ataques terroristas en contra de cooperativas agrícolas en Nicaragua, Michael Kinsley, que representa a estos sectores dentro del sistema doctrinal estadounidense, escribió que no deberíamos de ser rápidos en condenar las políticas oficiales del gobierno estadounidense. Operaciones terroristas internacionales de esta naturaleza causan sin duda un «sufrimiento civil vasto», observó Kinsley. Pero si tiene éxito en «socavar el espíritu y la confianza en el gobierno», entonces pueden ser «perfectamente legítimas». Las políticas son «sensatas» si el «análisis de costos y beneficios» muestra que «la cantidad de sangre y miseria que será vertida (*poured in*)» rinde (*yields*) «democracia», donde éste último término debe entenderse en su sentido tradicional: dominio libre de trabas para las dos fuerzas legítimas en Centroamérica: Estados Unidos y las élites locales y militares que son debidamente sensibles a las prioridades estadounidenses.

La corriente oculta en los comentarios angloamericanos acerca del golfo es que los árabes básicamente no tienen ningún derecho al petróleo que el azar geológico les colocó bajo los pies. El respetado académico y comentarista político Walter Laqueur recomendó que el petróleo del Oriente Medio

sea «internacionalizado» para beneficio de la humanidad. Hacerlo requeriría del uso de la fuerza, pero eso no plantea problemas morales porque «lo único que está en juego es el destino de algunos territorios dominados por jeques (*sheikdoms*)». El agente de la «internacionalización» queda sin mencionarse, y esta preocupación moralmente exaltante «en beneficio de la humanidad» no es acompañada por las mismas propuestas para los recursos industriales, agrícolas y minerales de Occidente. La lógica es la misma que la del gobierno de Marruecos, cuando conquistó el Sáhara con apoyo occidental, según el principio de «un Kuwait basta»; es injusto que recursos ricos se dejen en manos de hombres tribales cuando podrían ser utilizados por los poderosos y ricos. Mucho más vasta, por supuesto, que la del sultán de Marruecos, la visión tradicional de Occidente abarca los recursos del mundo entero.

Estos temas han estado en el núcleo de nuestros valores tradicionales, como vienen expresándose a través de los 500 años en los cuales Europa extendió su dominio por el mundo, comenzando con aquello que Tzvetan Todorov llama «el mayor genocidio de la historia humana»; la eliminación de quizás 100 millones de personas durante el primer siglo y medio de este triunfo de la civilización. Cuando los exploradores españoles llevaron a cabo esta empresa, justificaron sus actos de terror y opresión argumentando que los nativos no eran «más capaces de gobernarse a sí mismo que dementes o incluso que bestias salvajes y animales, al ver que su comida no era más agradable y escasamente mejor que la de bestias salvajes» y su estupidez «es mucho mayor que la de los niños y dementes en otros países» (Francisco de Vitoria, uno de los mayores humanistas del siglo XVI). Por lo tanto, la intervención es legítima «a fin de que puedan ejercerse los derechos de tutela», comenta Todorov, al resumir el pensamiento básico de Vitoria.

La aplicación del mismo razonamiento en casa: durante la primera revolución democrática moderna a mediados del siglo XVII, los partidarios del Parlamento británico y del ejército en contra del pueblo, fácilmente mostraron que en la chusma no se podía confiar, como se ve en su renuncia a poner sus asuntos en manos de la pequeña aristocracia y del ejército, que eran «verdaderamente el pueblo», aunque el pueblo en

su necedad no estuviera de acuerdo. La masa del pueblo era descrita como una «multitud de baja ralea», «bestias con forma de hombres». Era correcto suprimirlas de la misma manera que es correcto «salvarle la vida a un lunático o a una persona distraída, incluso en contra de su voluntad». Si el pueblo es tan «depravado y corrupto» como para «conferirle lugares de poder y confianza a hombres malvados y desmerecedores, ellos pierden, en cuanto a esto, su poder a favor de aquellos que son buenos, aunque pocos», según declamaban los comisarios de entonces.

Cuando los guardianes de los valores tradicionales ingleses se volvieron hacia las bestias salvajes allende de sus fronteras, adoptaron la misma postura como si fuera por reflejo. George Washington describió a los objetos que les estorbaban a los probos colonos como poseedores «de nada humano salvo la forma». Eran simples «animales de rapiña», como los lobos salvo en su forma, que desaparecerían con «la extensión gradual de nuestros asentamientos». Las bestias célticas en las fronteras habían sido domadas de manera muy parecida, por ejemplo, cuando Lord Cumberland, conocido como «el carnicero», devastó las tierras altas de Escocia antes de continuar su marcha para proseguir con su oficio en Norteamérica.

En todas las ocasiones, los actos de terror y salvajismo son justificados como *defensa propia* en contra de las bestias salvajes que rechazan nuestros valores tradicionales y que tratan de evitar que extendamos nuestro dominio sobre ellos. Pensadores sobresalientes nunca han tenido dificultad en identificar a los culpables. En el siglo XVIII, el Reverendo Timothy Dwight, presidente de Yale College y un autor respetado y exponente de valores puritanos, dedicó un poema a la matanza salvaje de los Indios Pequot. Los colonos miraban a los indios con «ojo generoso» escribió, y aspiraban a ganarse su amistad, pero fueron impedidos por «desalmados canadienses infames»; por lo tanto, no tuvieron otra alternativa que masacrar a las mujeres y niños. Thomas Jefferson atribuyó el fracaso del «plan benevolente que seguíamos aquí para la felicidad de los habitantes aborígenes de nuestros alrededores» al enemigo inglés; «la política interesada y carente de principios de Inglaterra ha derrotado todos nuestros esfuerzos para la salvación de estos pueblos desafortunados»

y los ha «seducido (...) a alzar el hacha bélica en contra de nosotros». Son los ingleses, pues, quienes «nos obligan ahora a perseguir [a los nativos] hasta su exterminio, o forzarlos hacia nuevos asentamientos allende de nuestro alcance». Los ingleses, no nosotros, eran, de este modo, los responsables de «la brutalización confirmada, para el exterminio de esta raza en nuestra América (...)». En base a lo mismo, Jefferson instó a la conquista de Canadá en una carta a John Adams, que asintió y escribió que «otra conquista de Canadá callaría a los indios para siempre y sería una bendición tan grande para ellos como para nosotros».

La misma teoría fue adoptada cuando el General Andrew Jackson cruzó la Florida en un estado de furia violenta, aniquilando virtualmente gran parte de su población nativa y dejando a la provincia española bajo control estadounidense. Su campaña asesina en la Guerra Seminola fue defendida por John Quincy Adams en una carta oficial que impresionó a Thomas Jefferson por contarse «entre las más logradas que jamás he visto, tanto por su lógica como por su estilo»; un juicio en el que han coincidido historiadores modernos. Tan impresionado estaba Jefferson con esta diatriba racista que recomendó su distribución amplia «para mantener en Europa una opinión correcta de nuestra moralidad política».

El motivo real de la guerra fue el expansionismo y el uso de la Florida como refugio por los indios y esclavos estadounidenses. Pero en esta defensa de la matanza cruel, la eliminación de indios, la esclavitud, la violación de tratados y el empleo de la fuerza militar sin aprobación del Congreso, Adams justificó la agresión en los términos usuales de defensa propia contra desalmados británicos infames, que alentaban a «todos los cimarrones, todos los indios salvajes, todos los piratas y todos los traidores a su patria (...) a unir sus estandartes y librar una guerra exterminadora» en contra de Estados Unidos, de tal manera que sobre los «habitantes pacíficos» de Estados Unidos «cayeron todos los horrores de guerra salvaje» perpetrados por «hordas entremezcladas de negros y de indios sin ley». Más aún, Adams escribió, «desde el período de nuestra independencia establecida hasta el día de hoy, todas las guerras indias que nos han afligido han sido nítidamente atribuibles a la instigación de mercaderes y agentes británicos». Adams abogaba por la ejecución de prisione-

ros y otros actos semejantes en contra de «un enemigo inhumano», y observaba que «la justificación de estos principios se encuentra en su eficacia saludable para infundir terror y en su ejemplaridad». Tales medidas deberían crear «un terror vivaz», como diría más tarde Winston Churchill en lo referente al gas venenoso. Admiración por la «eficacia saludable» del terror es un rasgo notable de nuestras tradiciones y de su «núcleo de valores universales». Una vez más, debemos enfatizar que en nuestra cultura más benigna e ilustrada, el terror no es un valor en sí; tiene que satisfacer el criterio pragmático.

Cuando los desalmados e infames extranjeros no eran fáciles de encontrar, podía invocarse una vez más la inferioridad de aquellos que se encontraban en nuestro camino. En 1851, el gobernador de California, Peter Burnett, observó «que una guerra de exterminio seguirá librándose entre las dos razas hasta que la india quede extinta». Mientras que solamente podemos anticipar este resultado con «doloroso lamento, el destino inevitable de la raza está más allá del poder y la sabiduría del hombre para prevenirlo». Las tierras de México deberían ser tomadas, por el bien de la humanidad. El poeta nacional Walt Whitman escribió: «¿Qué tiene México, miserable, ineficiente (...), que ver con la gran misión de poblar el Nuevo Mundo con una raza noble?». Nuestras conquistas pueden quitar las trabas que impiden a los hombres la oportunidad justa de ser felices y buenos».

Los mexicanos eran descritos por viajeros como «una raza de hombres imbécil, pusilánime, y no apta para controlar los destinos de aquel país bello» de California, que pertenecía por derecho a los anglosajones en las fantasías racistas del siglo XIX; compartidas, entre otros, por Charles Darwin, que sentía que «Hay aparentemente mucho de verdad en la creencia de que el progreso maravilloso de Estados Unidos, así como de que el carácter del pueblo, son los resultados de la selección natural».

Cuando se asomó el siglo XX, el estratega e historiador influyente, el almirante Alfred Mahan, conocido por su devoción a los valores cristianos y a la doctrina de derecho natural, argumentó que estos derechos tenían que ser modificados en el caso de países «ineficientes» tales como China, que tendría que ser administrado «de tal manera que se garantice

el derecho natural del mundo en general a que recursos no se dejen ociosos», o mal aprovechados. Los derechos de la humanidad trascienden a los de los chinos, que son «ovejas sin pastor», cuyo país debe ser seccionado, y ellos conducidos, instruidos en verdades cristianas y por lo demás, controlados por políticas occidentales «enérgicas y justas» (*just self-assertion*); no por motivos egoístas, sino «por el bien de la humanidad».

Estas grandes ideas tienen una manera de resurgir en cada época. No solamente, por supuesto, en Norteamérica. En los anales del imperialismo británico y francés se encuentran esparcidas cantidad de contribuciones de calidad similar junto con las acciones que les corresponden. Las actitudes persisten hasta el presente básicamente sin modificaciones. Así, las potencias industriales no tenían motivo para dudar en las apreciaciones de los especialistas del gobierno israelí en 1948 de que los refugiados palestinos o se asimilarían en otra parte o «serían aplastados»: «algunos de ellos morirían y la mayoría de ellos se convertiría en polvo humano y desecho de la sociedad y pasaría a formar parte de las clases más empobrecidas dentro de los países árabes». Correspondientemente, no ha habido necesidad de afligirnos por ellos, en concordancia con el criterio pragmático.

Para cuando Mahan escribía, los defensores de la civilización habían purgado a Norteamérica de la plaga nativa y reducido a los lunáticos de 10 millones a 200.000 según algunas estimaciones recientes. Dirigieron su mirada en otra dirección, para civilizar las bestias salvajes en las Filipinas. Los luchadores contra indios a quien el presidente McKinley les había delegado la tarea de «cristianizar» y «elevar» a estas desafortunadas criaturas, libraron a las islas liberadas de aproximadamente medio millón de ellas, acelerando así su ascensión al cielo. Estaban rescatando a «criaturas perdidas» de su depravación mediante «la matanza de los nativos a usanza inglesa», como describió la prensa de la ciudad de Nueva York su dolorosa responsabilidad, añadiendo que debemos asumir «la gloria enlodada que se pueda encontrar en la matanza al por mayor hasta que hayan aprendido a respetar nuestras armas», para seguir adelante con «la tarea más difícil de hacerlos que respeten nuestras intenciones». Es una tarea onerosa tener que tratar con tribus tan incivilizadas y

degeneradas que ni siquiera son capaces de percibir nuestra nobleza y virtud.

Esto es a grandes rasgos el curso de la historia, cuando la plaga de la civilización europea devastó gran parte del mundo.

En lo que atañe a Estados Unidos, los cambios inducidos por la Guerra Fría fueron en gran medida retóricos. Desde 1917, las intervenciones han sido en defensa propia frente a la amenaza soviética; incluyendo la intervención contra Rusia misma inmediatamente después de la Revolución Bolchevique y el apoyo clandestino a ejércitos establecidos por Hitler en Ucrania y en Europa del Este hasta bien entrados los años 50. Antes de la Revolución Bolchevique, fueron tomadas acciones similares, pero por temor a otras amenazas. Cuando Woodrow Wilson invadió México e Hispaniola —donde sus guerreros asesinaron y destruyeron, restauraron virtualmente la esclavitud, demolieron el sistema político y colocaron a esos países firmemente en manos de inversionistas estadounidenses— las acciones fueron en defensa propia frente a los «hunos». En años anteriores, las conquistas e intervenciones eran llevadas a cabo en defensa de la Declaración de Independencia estadounidense, contra Gran Bretaña, España, los «inmisericordes indios salvajes» de hecho, en contra de cualquiera que estorbara.

La verdad del asunto, desde el principio hasta el fin, fue que el enemigo verdadero ha sido la población indígena de los territorios de los que éstos fueron echados o en donde permanecerían como sujetos; y otras potencias que interfirieron con nuestro derecho a tratar a estas almas desmerecidas de acuerdo con nuestros deseos. Los hechos han sido a veces reconocidos, al menos en privado, como cuando el secretario de Estado del presidente Wilson, Robert Lansing, en un documento interno, observó con el consentimiento del presidente, que:

En su práctica de abogar por la Doctrina Monroe, Estados Unidos considera sus propios intereses. La integridad de otras naciones americanas es un incidente, no un fin.

Mientras que esto pudiera parecer estar basado sólo en egoísmo, el autor de la Doctrina no tenía motivo superior o más generoso en su declaración.

El problema central, continuaba Lansing, era excluir el control europeo sobre «territorio americano y sus instituciones a través de medios financieros y otros». La práctica de Wilson se adecuaba a este principio, por ejemplo, al excluir a Gran Bretaña de las concesiones petroleras en Centroamérica; desde los primeros años de este siglo, el control sobre el petróleo ha sido reconocido como una palanca de gran poder en los asuntos mundiales, sin hablar de las ricas ganancias que fluyen.

Después de la Primera Guerra Mundial, por consiguiente, continuó el esquema tradicional de intervención, pero con dos cambios básicos. Primero, Estados Unidos se unió en esta ocasión a Inglaterra y Francia como actor principal en la arena internacional. Segundo, su intervención ya no era en defensa contra los británicos, los hunos y los españoles, sino más bien en defensa de la civilización misma frente al desafío de los bolcheviques.

Este nuevo marco ideológico, que habría de persistir durante 70 años, fue establecido por primera vez con respecto a Italia, que era considerada como ubicada en la frontera entre el mundo industrial y las colonias. La marcha de Mussolini sobre Roma en 1922 fue descrita por el embajador estadounidense como una «excelente revolución joven». Elogios crecientes a Mussolini eran acompañados por apoyo concreto y entusiasta a su régimen fascista mientras que destruía eficazmente los sindicatos y la democracia parlamentaria y restauraba a la multitud de baja ralea a su estado idóneo de servilismo. Mussolini fue descrito como «moderado» por el mundo de los negocios, funcionarios gubernamentales, la burocracia obrera estadounidense y la comunidad intelectual en general, que admiraba mucho sus logros y coincidía generalmente con la apreciación de la embajada estadounidense de que el fascismo atraía a «todos los italianos patrióticos», al pueblo sencillo que «ansía un liderazgo fuerte y disfruta (...) siendo gobernado dramáticamente». La embajada estadounidense estaba particularmente impresionada porque «no había habido ni una sola huelga en toda Italia» desde la toma del poder por el fascismo. «Los bachiches se están desbachicheando a sí mismos», escribió la revista de negocios *Fortune* con franco asombro en un número especial dedicado a la Italia fascista en 1934. Otros estaban de acuerdo. El embajador itinerante

del Departamento de Estado, Norman Davis, alabó los logros del fascismo en comentarios ante el Consejo sobre Relaciones Exteriores en 1933, al hablar después de que el embajador italiano había evocado aplausos de su distinguido auditorio por su descripción de cómo Italia había puesto su «propia casa en orden (...) una guerra de clases había sido sofocada»; por medios que aparentemente eran considerados como apropiados.

El embajador de Franklin D. Roosevelt en Italia también estaba lleno de entusiasmo por el «nuevo experimento de gobierno» bajo el fascismo, que «funciona de la manera más exitosa en Italia». Cuando los fascistas ganaron el 99 por ciento de los votos en las elecciones de 1934, el Departamento de Estado concluyó que los resultados «demostraban incontestablemente la popularidad del régimen fascista». Después de la Segunda Guerra Mundial, Henry Stimson (secretario de Estado bajo Hoover, secretario de Guerra bajo Roosevelt) trajo a la memoria que él y Hoover habían encontrado que Mussolini era un «líder digno de confianza y útil». El presidente Roosevelt compartía muchas de estas opiniones positivas sobre «aquel admirable caballero italiano», como describió a Mussolini en 1933.

Hitler también fue descrito como un «moderado» que debía ser apoyado en contra de los extremistas de ambos lados; una fórmula conocida en la propaganda reciente en lo que concierne a Centroamérica. Todo un conjunto de asesinos y torturadores también han sido elogiados como «moderados» y «caballeros admirables»; entre ellos, Trujillo, los Somoza, Duvalier, Suharto y Marcos. Otra pauta estandard es que estos caballeros admirables tienen la facilidad de ser transformados repentinamente en reencarnaciones de Genghis Khan; a saber, cuando tienen el mal gusto de interferir con los intereses de Estados Unidos. Noriega y Saddam Hussein son solamente los ejemplos más recientes. Este esquema es demasiado obvio para pasarse por alto, pero demasiado revelador para que sea posible cualquier comentario en una cultura intelectual bien disciplinada, preocupada por admirar nuestros valores tradicionales, tan distintos a los de *ellos*.

Otra pauta estandard consiste en que cuando la bestia es vencida, trabajamos para restaurar el sistema que ella gobernó antes de ofendernos. Mussolini continuó siendo un caballe-

ro admirable a través de la década de los años 30, incluso después de la invasión a Etiopía, pero sacrificó este estatus cuando apuñaló a Francia por la espalda. Pero para 1943, Estados Unidos estaba restaurando el sistema fascista y dispersando a la resistencia anti nazi al ir liberando Italia, y siguió interviniendo masivamente para socavar la democracia italiana durante muchos años, y quizás aún lo esté haciendo. Hay buenas razones para suponer que Washington se encuentra ocupado tramando un proyecto similar para Nicaragua. El esquema común es fácilmente comprensible a partir de la inspección de los fundamentos institucionales estables en los que se sustentan las políticas, y es esbozado a menudo con cierta franqueza en el registro interno de planificación. Todo esto, sin embargo, no es apto para los oídos de la multitud de baja ralea.

Volviendo al Hemisferio Occidental, para la década de los años 20, México era considerado prácticamente un puesto de avanzada bolchevique. El secretario de Estado Frank Kellog declaró que sus programas de nacionalismo económico habían colocado a México en la posición de «ser procesado ante el mundo» y creado una «situación seria» para intereses estadounidenses. Particularmente ominoso resultaba el Artículo 27 de la Constitución mexicana con su programa para la participación del Estado en el desarrollo de los recursos naturales y su llamada a la supeditación de la propiedad privada al bienestar común, un crimen particularmente nefasto. La analogía con el bolchevismo fue trazada de la manera dual acostumbrada: estas medidas eran una amenaza directa contra inversionistas estadounidenses y podrían alentar también a otros —incluso dentro de las fronteras de Estados Unidos— a pensar de manera similar (el efecto del dominó, en su variante realista). El embajador estadounidense en México, Henry Fletcher, advirtió en 1918 que el objetivo de México era el de «reemplazar a la Doctrina Monroe» de tal manera que «la hegemonía de Estados Unidos fenecería»; eran «ultra extremistas», como los hombres tribales incivilizados de Irak. Fletcher se mudaría poco tiempo después a Italia donde se convirtió en un partidario entusiasta del fascismo de Mussolini.

El artículo 27, escribió Fletcher al presidente Wilson en 1919, acabaría virtualmente con la inversión extranjera en

México. Su advertencia reflejaba el desprecio por el «México miserable, ineficiente», expresado por Walt Whitman y otros. Los mexicanos no serían «capaces de seguir adelante» sin inversiones extranjeras, opinaba él, porque «ellos no tienen el genio del desarrollo industrial, ni tampoco han recibido el entrenamiento requerido». Otro embajador ante México, James Sheffield, escribió acerca de «la inutilidad de intentar tratar con una mente latina, llena de odio contra Estados Unidos y sedienta de venganza, sobre las mismas bases con que nuestro gobierno trataría con un gobierno civilizado y ordenado en Europa». Los mexicanos tienen «un odio indio, no latino, contra todos los pueblos que no se encuentran en la reservación. Hay poca sangre blanca en el gabinete; es decir, está muy diluida». Otros funcionarios hablaban acerca de la «baja capacidad mental» que hace que los mexicanos, como los italianos, sean «completamente ineptos para autogobernarse» y «fácilmente dominados» por los «mestizos» (*half-breeds*) que controlan el gobierno. También a los venezolanos se les consideraba «indolentes» y que sufrían de «inmadurez política» y de «inferioridad racial» a la par con los demás latinoamericanos. En 1927, Elihu Root, por cuya larga carrera como estadista y líder del movimiento en pro de la paz había sido galardonado con el Premio Nobel, cuestionó el reconocimiento estadounidense de la independencia de los países latinoamericanos porque los latinoamericanos eran «reconocidamente como niños e incapaces de cumplir con las obligaciones que van junto con la independencia». El intento mexicano de democracia, comentaba Root, era tan inútil como el otorgamiento del derecho de votar a los negros después de la Guerra Civil estadounidense, «un paso funesto, un error terrible, al que seguirán los más serios males». Root le propuso a México el ejemplo de la Italia fascista, que disfrutaba de un «renacimiento de la prosperidad, satisfacción y felicidad bajo el dictador». Un diplomático estadounidense en Venezuela argumentaba que «al peón indio» debería dársele «una forma de gobierno simple y paternalista», mas no la democracia formal. El elogió al dictador venezolano Juan Vicente Gómez, quien, ante el ejemplo de México, había «decidido sabiamente que un despotismo benevolente era preferible a una democracia anárquica».

Cuarenta años después, el distinguido sucesor de Root,

Dean Acheson, le expresó pensamientos similares a los racistas blancos de Sudáfrica, advirtiéndoles que se cuidaran del «público estadounidense» que «decide que la única decisión correcta respecto de cualquier asunto tiene que ser una que favorezca el punto de vista de la gente de color», y los alentó a no «dejarse conducir por el sendero del jardín por cualquiera de nuestros clichés constitucionales –protección legal indiscriminada, etc.– que nos han causado tantos problemas (...)». Estaba particularmente molesto por el empleo que la Suprema Corte hacía de «disposiciones constitucionales vagas» que «apresuraban la igualdad racial y que han invadido el terreno político mediante la doctrina de *un hombre un voto*», que ha hecho a «los negros (...) impacientes por un progreso aún más rápido, y conducido a las técnicas nuevamente populares de manifestaciones y violencia».

Otros veían algunas esperanzas para los nativos. El banquero Thomas Lamont sentía que, «tan ignorantes como son [los mexicanos], tan tontos como son, tan indignos de confianza como son, no obstante, si uno se toma el tiempo y la paciencia, uno puede manejarlos». Sentimientos similares fueron expresados en privado también años más tarde. El secretario de Estado John Foster Dulles le recomendó al presidente Eisenhower que debería ser posible inducir a los latinoamericanos a aceptar planes estadounidenses para su futuro como una fuente de materias primas y ganancias para corporaciones estadounidenses: «hay que darles una palmadita y hacerles creer que uno les aprecia». Siguiendo el mismo razonamiento, el embajador en Costa Rica, Robert Woodward, le recomendó a Washington que la United Fruit Company fuese inducida a introducir «algunas prestaciones aparentes relativamente sencillas y superficiales de interés humano para los trabajadores, que podrían tener un gran efecto psicológico» y eliminar así problemas con los peones. Con paciencia y una variedad de maneras para apretar los tornillos, hasta los más ignorantes podrían ser inducidos a ver la luz, aunque sea sólo débilmente.

Podemos mencionar a este respecto que la prensa estadounidense fracasó en darle suficiente crédito al presidente Bush por sus logros durante su visita más reciente a Latinoamérica. México fue inducido a autorizar a compañías petroleras estadounidenses nuevo acceso a sus recursos, un objetivo

largamente anhelado de la política de Estados Unidos. Ahora, compañías estadounidenses podrán «ayudar a la compañía petrolera nacionalizada de México», que es como el *Wall Street Journal* prefiere interpretar el asunto. Nuestro deseo más íntimo por muchos años ha sido el de ayudar a nuestros hermanitos cafés, y por fin estamos en condiciones de realizar nuestros sueños, ahora que los ignorantes peones nos permiten finalmente atender a sus necesidades (*The Wall Street Journal*, 28 de noviembre de 1990).

El marco analítico ideado después de la Primera Guerra Mundial fue extendido a abarcar dominios más extensos en los años 40, cuando Estados Unidos se convirtió en la primera potencia verdaderamente global en la historia y se dedicó a la tarea de construir un orden mundial acorde a sus intereses. El capitalismo industrial habría de ser reconstruido bajo el liderazgo de Alemania y Japón, los «talleres máximos» (como los calificaba Deán Acheson), pero ahora bajo control estadounidense. Dentro del marco general del internacionalismo liberal, se esperaba que los negocios y empresas estadounidenses florecieran al encontrar amplias oportunidades para invertir y mercados para sus excedentes. Las expectativas se cumplieron en gran medida. Treinta años después, cuando en su momento, la prensa empresarial y financiera consideró la amenaza a «la estructura económica internacional bajo la cual compañías estadounidenses han florecido desde el final de la Segunda Guerra Mundial», trajo a la memoria cómo, «impulsadas inicialmente por los dólares del Plan Marshall, las empresas y negocios estadounidenses prosperaron y crecieron a base de pedidos provenientes de ultramar (...). No importaba cuán negativos fueran los acontecimientos, siempre estaba el paraguas del poder estadounidense para contenerlos (...), [para garantizar] un orden mundial estable para operaciones comerciales y financieras (...). El ascenso de la corporación multinacional fue la expresión económica de este marco político» (*Business Week*, 7 de abril de 1975).

Dentro de este orden mundial de posguerra, los hombres tribales incivilizados y las bestias salvajes tenían asignados un papel determinado que desempeñar. El Tercer Mundo habría de ser «explotado» en favor de los intereses de Occidente y habría de «cumplir con su función mayor como una fuente de materias primas y como mercado para Japón y Europa

Occidental», según las palabras del Equipo de Planificación del Departamento de Estado, dirigidos por George Kennan en 1949 (en este caso haciendo referencia específica a África y Asia Sudoriental, aunque el punto era general). Si los hombres tribales incivilizados trataran de levantar la cabeza, tendrían que ser idóneamente aleccionados por cualquier medio que fuese necesario, en defensa contra los bolcheviques. Ese es el tema principal de la historia de la Guerra Fría.

A partir de los años 70, el sistema de posguerra se ha estado moviendo hacia lo que ahora se llama el Nuevo Orden Mundial, un término que se convirtió virtualmente en un cliché después de la invasión a Kuwait. Pero el Nuevo Orden Mundial real tiene poca semejanza con las construcciones de los ideólogos, con frases lindas acerca de las perspectivas para la paz, justicia y la inviolabilidad del derecho internacional, por fin a nuestro alcance ahora que la Guerra Fría ha terminado con el triunfo para aquellos que siempre sostuvieron estos valores con tanta dedicación.

Los contornos básicos del Nuevo Orden Mundial actual se estaban perfilando hace 20 años, con el surgimiento de un «mundo tripolar» en la medida en que el poderío económico se fue dispersando dentro del dominio estadounidense. El colapso de la tiranía soviética le añade varias dimensiones nuevas. Primero, ahora existen perspectivas para la latinoamericanización de gran parte del ex imperio soviético, es decir, para su retorno a su tradicional estatus semi colonial, que suministra recursos, mano de obra barata, mercados, oportunidades para invertir y otras amenidades tercermundistas que son la norma. Esta es una evolución que puede tener consecuencias a gran escala. Estados Unidos se siente claramente inquieto frente a la perspectiva de una Europa liderada por Alemania y la toma de la delantera por Japón en la explotación de este nuevo Tercer Mundo.

Una segunda consecuencia del colapso soviético es que Estados Unidos, como única superpotencia militar del mundo, ahora es más libre que nunca para emplear la fuerza, dada la desaparición del disuasivo soviético. En cualquier confrontación, cada contendiente busca jugar sus cargas fuertes, hacer uso de sus ventajas comparativas, para trasladar la confrontación hacia un terreno donde es probable que prevalezca. Por tales motivos, Estados Unidos siempre ha considerado a

la diplomacia y al derecho internacional como una traba molesta, salvo que puedan ser utilizados como un arma ideológica. Dada la actual configuración de fuerzas y debilidades estadounidenses, la tentación de transferir problemas rápidamente al terreno de la confrontación forzada es mucho mayor. Es más, aunque Estados Unidos no puede recuperar la supremacía económica de un período anterior, está comprometido a mantener su casi monopolio de la fuerza sin que exista ningún contendiente probable para disputarle ese papel. Una consecuencia será la exacerbación de las dificultades económicas internas; otra, una renovada tentación para «jugársela solo» al apoyarse en la amenaza de la fuerza en vez de en la diplomacia.

El conflicto en el Golfo sacó a relucir estos problemas. Inglaterra aparte, que tiene sus propios intereses en Kuwait, las otras potencias industriales principales mostraron poco interés en una confrontación militar. La reacción en Washington fue ambivalente. La guerra es peligrosa; desactivar la crisis sin una demostración de la eficacia de la fuerza es también un resultado indeseado. En cuanto a los costos, sería claramente provechoso que fueran compartidos, pero no al precio de sacrificar el papel de ejecutor solitario de la ley. Estas preocupaciones que chocan entre sí, condujeron a una división aguda entre la élite acerca de la elección táctica entre prepararse para la guerra y depender de sanciones, con la administración Bush sosteniendo la primera de las posturas.

En el pasado, Estados Unidos y sus clientes se han encontrado a menudo «políticamente débiles» (es decir, careciendo de apoyo popular en alguna región puesta en la mira para ser intervenida) aunque fuertes militar y económicamente; es una fórmula comúnmente empleada por todas las partes. En tales condiciones, es natural preferir la fuerza militar, el terror y la guerra económica sobre los medios pacíficos dictados por el derecho internacional. Con su poderío económico rezagándose, la tentación para recurrir a la fuerza sólo se intensifica.

Es lógico que las primeras dos ocasiones para el empleo de la fuerza en esta era (parcialmente) nueva se hayan dado en el Golfo y en América Central, con la guerra que continúa contra Nicaragua y la invasión a Panamá. Analistas políticos y asesores hacen a menudo la distinción entre «nuestras necesidades» y «nuestros anhelos»; las primeras ejemplificadas

por el Medio Oriente con sus recursos energéticos incomparables, y los segundos por Centroamérica, de ninguna importancia estratégica o económica mayor, pero un dominio en el cual Estados Unidos rige por tradición. En el caso de simples «anhelos», las preferencias tácticas podrán variar. Nuestras «necesidades» en el Medio Oriente, se argumenta comúnmente, legitiman medidas extremas para conservar la dominación estadounidense y para asegurar que ninguna fuerza independiente indígena (o potencia extranjera, si ésta hubiere sido una posibilidad seria en la era de la posguerra) pueda ganar una influencia sustancial sobre la producción y distribución de los recursos petroleros de la región. Hasta el grado que sea factible, estos deberán ser dominados por Estados Unidos, sus aliados y clientes regionales, y sus corporaciones petroleras; una doctrina que podría ser considerada virtualmente como «el Axioma Número Uno de las relaciones internacionales», como sugerí al escribir sobre este tema a mediados de la década de los 70, en el momento de la primera crisis del petróleo.

Dentro del Nuevo Orden Mundial, los territorios del Tercer Mundo aún tienen que ser controlados, a veces por la fuerza. Esta tarea ha sido responsabilidad de Estados Unidos, pero con su declinación económica relativa, el peso se torna más difícil de cargar sobre los hombros. Una reacción consiste en que Estados Unidos tiene que persistir en su tarea histórica, al tiempo que recurre a otros para que paguen la cuenta. Al testificar ante el Congreso estadounidense, el secretario adjunto del Departamento de Estado Lawrence Eagleburger explicó que el Nuevo Orden Mundial emergente estará basado en «una especie de nuevo intento en la práctica de la diplomacia»: otros pagarán los costos de las intervenciones estadounidenses para mantener el orden. Un respetado comentarista de asuntos económicos internacionales describe la crisis del Golfo como un «evento parteaguas en las relaciones internacionales de Estados Unidos» que pasará a la historia como habiendo «convertido a las fuerzas castrenses estadounidenses en un bien público financiado internacionalmente», «una fuerza policiaca financiada internacionalmente». Mientras que «algunos estadounidenses cuestionarán la moralidad de que las fuerzas castrenses de Estados Unidos asuman un papel más explícitamente mercenario al que han desempeñado

en el pasado», añade, «en los años 90 no queda alternativa realista (...)». La suposición tácita es que el bienestar público ha de ser identificado con el bienestar de las potencias industriales occidentales, y particularmente de sus élites internas (David Hale, *Financial Times*, 21 de noviembre de 1990).

El editor financiero de uno de los principales diarios conservadores plantea las cosas de manera menos delicada: tenemos que explotar nuestro «monopolio virtual en el mercado de seguridad (...) como una palanca para ganar fondos y concesiones económicas de Europa liderada por Alemania y de Japón. Estados Unidos tiene «acorralado al mercado de seguridad de Occidente» y otros carecen de la «voluntad política (...) para desafiar a Estados Unidos» en este «mercado». Seremos, por consiguiente, «los polizontes mundiales de alquiler» y «podremos cobrar bien» el servicio; el término «matones de alquiler» sería menos halagador pero más apropiado. Algunos nos llamarán los «hesienses» *, continúa el autor, pero «esa es una frase terriblemente degradante para fuerzas castrenses orgullosas, bien entrenadas, bien financiadas y bien respetadas»; y dígase lo que se diga, «estaremos en condiciones de aporrear algunos escritorios con nuestros puños» en Japón y Europa, y de «extraer un precio justo por nuestros servicios considerables», y de demandar que nuestros rivales «compren nuestros bonos a tasas baratas, o mantengan apuntalado al dólar o, mejor aún, paguen directamente a nuestro Tesoro de contado». «Podríamos cambiar este papel» de ejecutor, concluye, «pero con ello perderíamos mucho de nuestro control sobre el sistema económico mundial» (William Neikirk, *Chicago Tribune*, business section, 9 de septiembre de 1990).

Esta concepción, si bien rara vez formulada tan contundentemente, es generalmente compartida de una manera u otra, y captura un elemento esencial de la reacción de la

*. Hesiense quiere decir literalmente, proveniente del Estado federado de Hesse, Alemania. Sin embargo, en su acepción estadounidense, «hesienses» designa peyorativamente a mercenarios, ya que alude a los mercenarios alemanes, muchos de ellos provenientes de Hesse, que fueron contratados por la corona inglesa para pelear en sus colonias contra los insurrectos durante la guerra estadounidense de independencia. Los «hesienses» vendrían a ser los *contras* a sueldo del poder imperial de entonces (Nota del traductor).

administración Bush a la crisis del Golfo. Implica que Estados Unidos debería continuar asumiendo la inexorable tarea de imponer orden y estabilidad (que significa, el respeto debido ante los amos) con el consentimiento y apoyo de otras potencias industriales junto con riquezas canalizadas hacia Estados Unidos por la vía de las monarquías dependientes productoras de petróleo.

Sucesos internos paralelos añaden otra dimensión al cuadro. Estudios del Departamento del Trabajo de Estados Unidos y otros pronostican insuficiencias serias de mano de obra calificada (desde científicos y administradores hasta técnicos y tipistas) en la medida en que se deteriora el sistema educacional; parte del colapso de la infraestructura acelerado por las políticas sociales y económicas Reaganeanas. La tendencia posiblemente pueda ser mitigada mediante procedimientos de inmigración que fomentan una fuga de cerebros, pero es probable que no pruebe ser adecuada. El resultado anticipado es que el costo de la mano de obra calificada aumentará y las corporaciones transnacionales transferirán la investigación, el desarrollo y diseño de productos, la comercialización, y otras operaciones parecidas, a otras partes. Para la subclase en aumento, aún quedarán oportunidades como he-sienses. No hace falta mucha imaginación para figurarse las consecuencias si tales expectativas —no inevitables más tampoco impracticables— ciertamente se realizan.

En concordancia con el criterio pragmático, el empleo de la fuerza y del terror es solamente el último recurso. Las armas económicas siguen siendo un instrumento mucho más eficiente para controlar el Tercer Mundo. El Fondo Monetario Internacional se prefiere a la Agencia Central de Inteligencia y a los infantes de marina, si es posible; pero no siempre es posible. Algunos de los nuevos mecanismos están siendo diseñados a la vista en las negociaciones de la Ronda de Uruguay para un Nuevo Orden Económico Mundial, ahora en desorden debido a los conflictos entre ricos. Occidente hace una llamada a la «liberalización» cuando le conviene; y a la protección intensificada de los actores económicos internos, cuando *esto* le conviene. La preocupación mayor de Estados Unidos en las negociaciones del Acuerdo General de Aranceles Aduaneros y Comercio, o GATT, no fue la política agrícola, como lo sugirió gran parte de la cobertura noticiosa, sino más bien los

«temas nuevos», como fueron llamados: garantías a los «derechos de propiedad intelectual», la eliminación de trabas a servicios e inversiones, y así sucesivamente; una mezcla de liberalización y proteccionismo, determinada por los intereses de los poderosos. El efecto de estas medidas sería la de circunscribir a los gobiernos del Tercer Mundo a una función policiaca para controlar a sus clases trabajadoras y a la población superflua, mientras que las corporaciones transnacionales ganan acceso libre a sus recursos y monopolizan la nueva tecnología y la inversión y producción a escala mundial—y, por supuesto, les son concedidas las funciones de planificación central, asignación, producción y distribución negadas a gobiernos que padecen del defecto de que pudieran caer bajo la influencia funesta de la chusma—. Estos hechos no han pasado desapercibidos para comentaristas del Tercer Mundo, que han estado protestando fuerte y elocuentemente. Pero sus voces no han sido escuchadas; de nuevo, en concordancia con nuestros valores tradicionales.

Los costos del orden mundial emergente serán obvios para cualquiera que examina las inmensas catástrofes del capitalismo en los últimos años, particularmente en la década pasada, dramáticamente evidente en los escombros de los centros de las ciudades en el país más rico del mundo y a lo largo y ancho de la mayor parte de América Latina, Africa y Asia; aunque a algunos sectores, vinculados con los hombres ricos que gobiernan al mundo, les va muy bien. Pero los ricos y privilegiados no se escaparán ilesos. El medio ambiente físico que sostiene la existencia humana está severamente amenazado en la medida en que la política es impulsada por la avaricia y armas de destrucción masiva proliferan en gran medida debido a los intereses de las grandes potencias. También hay conflictos crecientes entre los tres bloques principales de poder: 1) Europa liderada por Alemania; 2) Japón y su periferia; 3) Estados Unidos y el bloque comercial que busca construirse en el hemisferio occidental, junto con los principales recursos energéticos del mundo, que no tiene la intención de ceder. En épocas anteriores, tales conflictos conducían a una guerra global. Eso no sucederá en el presente caso por dos razones principales: la interpenetración del capital es mucho mayor, de tal manera que el poder estatal tiene intereses más amplios y más complejos que en períodos anteriores;

y los armamentos modernos son tan ominosos que solamente pueden ser contempladas guerras en contra de adversarios más débiles.

Podemos hacer esta predicción con confianza absoluta; si resulta equivocada, nadie estará allí para refutarnos, fuera de las cucarachas, a quienes parece que estamos resueltos legarles la tierra, quizás antes de mucho.

El nacimiento de la utopía

Sergio Ramírez

La trampa filosófica que proclama el fin de la historia proviene de nuevo de los centros metropolitanos de poder, como otras tantas artimañas que en el pasado han tratado de aturdir los sueños de justicia de los países marginales. Se trata de una exaltación arrogante del triunfo definitivo del capitalismo en el planeta que pretende sellar sin resquicios la entrada de la humanidad al siglo XXI, tejiendo la malla electrizada que defenderá las fronteras de la civilización alrededor de los países desarrollados, y dejando fuera a millones de seres que deberán seguir pagando los costos cada vez más altos del bienestar sin límites para los invitados al gran banquete del futuro.

Como se ve, para quienes habitamos en la periferia, las cuentas no pueden ser saldadas tan alegremente y con tanta fanfarria, precisamente porque la propuesta metropolitana de fin de la historia niega la historia, y al querer sepultar para siempre las utopías, que seguirán vivas en tanto existan las desigualdades, niega la dialéctica con una visión acabada del pasado. La dialéctica, no como una categoría filosófica

perecedera, sino como un simple mecanismo capaz de animar la realidad.

Esta es la visión de quienes quedamos fuera del círculo de tiza caucasiano, trazado por los dueños del pensamiento de la civilización excluyente, y en las décadas y siglos venideros, seguiremos en busca de la organización real de nuestras propias utopías, porque lejos de aceptar que la historia ha terminado para nosotros, creemos que apenas empieza.

Quinientos años después de la llegada de los conquistadores españoles a América, con su propia idea de civilización, se abre para nosotros, al final del presente siglo, un proceso de revisión de nuestra perspectiva de futuro. Pendiente está la consolidación de nuestra identidad latinoamericana y nuestra definición de soberanía, de unidad en medio de la diversidad, de integración, de viabilidad como pueblos que aspiran a un proyecto de bienestar común y progreso; si la historia se agota en alguna parte, es en la metrópoli, y la potencia futura de los cambios en el mundo, la posibilidad real de la realización de la utopía, tomarán cuerpo fuera del círculo.

Los latinoamericanos hemos aprendido en los libros de texto, en una lectura impuesta, que desde la conquista española ha existido una división tajante entre civilización y barbarie, y aprendimos también a oír hablar del viejo y el nuevo mundo. Aquí comienza nuestra propia lectura; el nuevo mundo, el nuestro, no termina aún de asentarse en medio de los cataclismos de la formación geológica de sus orígenes. Al viejo mundo, agotado en su perspectiva dialéctica como entidad filosófica, se suman hoy bajo el rasero del libre mercado, los Estados Unidos y la Unión Soviética en busca de un mismo paradigma de desarrollo. No es la primera vez en la historia que Rusia inicia su viaje recurrente hacia occidente, en busca de la modernización; ni es la primera vez que Estados Unidos se erige como defensor de la libertad.

Mientras el viejo mundo, que ha acumulado por siglos la riqueza, borra sus fronteras y extiende sin pudor alguno su ideología mesiánica de economía de libre mercado, único motor que habrá de mover en adelante a la humanidad, el nuevo mundo debe afrontar la crisis más pavorosa que recuerda nuestra historia de países marginales y sometidos. Pero esta no es una crisis terminal, sino que anuncia necesi-

riamente los cambios por venir, y fija, cada vez en términos más nítidos la contradicción entre el viejo mundo, dueño de la filosofía arcaica y de la tecnología agresiva, y el nuevo mundo, dueño de la pobreza y de la esperanza y por lo tanto, cuna de la elaboración de un nuevo pensamiento, cada vez más libre de modelos importados.

Hablar del fin de la historia, no es sino una excentricidad del pensamiento saciado por el exceso de bienestar, y que, como elaboración caprichosa no puede traspasar los límites de la teoría mesiánica ni las fronteras del viejo mundo. Se trata de una autocomplacencia que al proclamar la muerte de las ideologías, sólo deja en pie una ideología única, que no consulta la realidad más que en sus extremos engañosos.

Engañoso es pensar que el derrumbe de los modelos sociales de Europa del Este, organizados en base a los resultados geopolíticos de la segunda guerra mundial, y la propia crisis de dudas de la Unión Soviética, todo lo cual ha puesto fin a la división bipolar del mundo y a la guerra fría, significa un renuncia universal a la ansiedad de cambios profundos que en América Latina están más vivos que nunca, incubados en profundas desigualdades e injusticias que ninguna paz universal decretada por las superpotencias será capaz de alterar, o borrar.

El hundimiento de los modelos socialistas europeos y el cambio de papel de la Unión Soviética en el escenario de las confrontaciones mundiales, no es una responsabilidad de los países pobres. Desde el advenimiento de la revolución de octubre, se propuso con insistencia a los desheredados la aparición de un nuevo modelo que ofrecía la fijación del cambio en base a una idea organizada de socialismo, y que en base a la centralización y colectivización de la economía, sería capaz de emparejar y superar los viejos modelos capitalistas en cuestión de décadas, creando a la vez condiciones de bienestar que el capitalismo, por su propia naturaleza, no era capaz de ofrecer.

Un siglo de incertidumbre. Mientras Estados Unidos ofrecía la panacea del desarrollo capitalista a América Latina, bajo los viejos presupuestos de libertad e iniciativa individual, la Unión Soviética, lejana a nuestras fronteras, ofrecía la abolición de la explotación y el poder novedoso de los obreros y campesinos, capaz de encender por sí mismo el motor

de la historia. El choque mundial de estas dos propuestas, despertó una confrontación ideológica que hoy parece llegar a su fin, cuando las banderas de la revolución universal son guardadas en los museos del Kremlin y el rojo intenso de sus trapos está siendo sustituido por las enseñas de la MacDonalD en la calle Aravat, que ofrece hamburguesas en lugar de sueños universales de cambio.

Pero en América Latina, aprendimos nuestra propia visión del progreso americano, porque Estados Unidos también se apropió del nombre y el sueño de América, excluyéndonos en sus confines; se vistieron desde comienzos del siglo XX con el ropaje de la expoliación de nuestros recursos naturales, las intervenciones armadas, los gobiernos oligárquicos, el reinado de las castas militares; y más tarde, libertad y progreso aparecieron disfrazados de programas de ajustes monetarios, siniestros hijos de la misma filosofía que hoy proclama el fin de la historia.

Toda esa parafernalia aprendimos a identificarla bajo el nombre genérico de imperialismo, una denominación bárbara y por lo tanto ofensiva para el gusto occidental, pero que no fue nunca una proposición retórica, aunque desde los ya olvidados tiempos de Lenin, la Unión Soviética le continuara dando ese mismo nombre en medio de los fuegos fatuos de la guerra fría. La Unión Soviética ha perdido la inmensa mayoría de sus argumentos confrontativos, pero tenía razón en su apreciación del fenómeno de dominación impuesto por Estados Unidos sobre América Latina, fuera o no viable su propio modelo de socialismo; y hoy, si la Unión Soviética deja de hablar de imperialismo, el fenómeno seguirá allí, y no desaparecerá al conjuro de los entendimientos geopolíticos, salvo que Estados Unidos decida variar a profundidad la naturaleza de su relación con América Latina.

Y es de lo que se trata. América Latina habrá de consolidar su independencia real y la viabilidad de su modelo de crecimiento y desarrollo, que tenderá inexorablemente hacia la integración y la unidad, con o sin los Estados Unidos, y aun en contra de los Estados Unidos. De esta concordancia o discordancia dependerá que el progreso hacia un modelo independiente para América Latina, sea cruento o incruento. Y la plena participación democrática de millones de seres que viven exiliados en sus propios países, en Perú o en Bolivia, en

Nicaragua o en Guatemala, capaces de integrarse en el futuro a la participación en la creación de riqueza y progreso, no dependerá de la muerte de propuestas ideológicas ni de la reconciliación de intereses hegemónicos, sino de la dinámica de la historia.

Lo que no podremos aceptar es que la crisis actual en que se debate América Latina, vaya a concluir en la desintegración social de nuestros países, ni en la concesión de nuestras soberanías a los intereses de las transnacionales, ni en la pérdida definitiva de nuestra identidad bajo el signo homogeneizador de los programas de ajuste monetario que tanto crédito tienen hoy entre los prestamistas, pero que no logran seducir a los endeudados.

Por el contrario, la magnitud de la crisis, el hundimiento del viejo modelo socialista que nos fue propuesto por décadas, y la persistencia del modelo capitalista inflexible que nos expulsa de los beneficios de la civilización y frena nuestra posibilidad de desarrollo, obligará a América Latina a buscar sus propias salidas, con una fuerza emergente jamás conocida antes.

La perfección autocomplaciente del modelo capitalista, que encanta hoy a los ideólogos metropolitanos, incluidos aquellos que en el viejo mundo socialista europeo cantan en el alegre coro que entona el himno del fin de la historia y el advenimiento de la economía de mercado, nos obligará a un examen creativo de nuestras posibilidades, a profundizar la búsqueda de un modelo propio y a reforzar la visión de una América Latina despierta e integrada, capaz de identificarse a sí misma. La destrucción del mundo bipolar, impondrá necesariamente la consolidación de nuevos polos y América Latina será uno de ellos.

El proceso de forja de América Latina como una identidad viable e independiente tiene apenas cinco siglos. A lo largo de este escaso período, hemos estado sometidos a iniciativas ajenas y a propuestas de modelos también ajenos. La reconciliación de las superpotencias, que arrastra a todo el viejo mundo, no hace sino someter a revisión, desde nuestra perspectiva, todo el camino andado. La experiencia de nuestro propio fracaso inducido, no hace sino abrir de nuevo todas las interrogantes, y a mayor profundidad de la crisis, mayor la intensidad y la modernidad de nuestros planteamientos. La

contribución que estas interrogantes tendrán en la búsqueda siempre permanente de una identidad latinoamericana, son visibles desde ahora. El viejo mundo supone triunfar de manera definitiva, pero a costa de la derrota del nuevo mundo; la proclama de una armonía universal, decidida en el núcleo, no toma en cuenta a la periferia. El error fundamental está allí, en el propio código genético de la propuesta.

Se extinguen los fuegos de la contradicción en el núcleo, cuya incandescencia amenazaba con abrasar a la humanidad en las llamas de una guerra termonuclear, y eso hay que celebrarlo; quedan en paz los bancos y las catedrales, los centros de mando estratégico, otanes y pactos de Varsovia, apagan sus computadoras; descansan satisfechas del deber cumplido las ideologías, se amplían sin horizonte los sueños de consumo. Se supone que el capitalismo mundial no puede ser afectado por ninguna crisis, ni competencia de mercados, ni lucha por extensión de nuevas fronteras estratégicas, ni desbalances comerciales. Pero de pronto suena el pistoletazo en medio del concierto; otras llamas se alzan en el Medio Oriente; las fuentes universales del petróleo, un error de cálculo, han quedado fuera del círculo cerrado de la felicidad perpetua y la prosperidad sin límites. Existe entonces el Medio Oriente, existe Africa, existe América Latina.

Las confrontaciones sociales, frente al fracaso de los modelos impuestos, acarrearán hoy más que nunca en nuestro continente muchas más dudas que certidumbres, y abren de manera dramática nuestras interrogantes cruciales sobre el futuro que nos amenaza, más empobrecimiento y más marginalidad, el caos y la violencia, a menos que iniciemos con premura nuestra propia corrección de rumbo. Para nosotros, la historia está lejos de haber terminado, y la filosofía del cierre de cuentas nos muestra en carne propia su impotencia.

El alegato apresurado de que la economía de mercado es tan vieja como la humanidad misma, y por lo tanto deberá imponerse para siempre frente al fracaso consumado de la economía centralizada, resuelve el problema mal, porque acude al triunfo o a la derrota de uno de los extremos. La economía centralizada no ha fracasado en América Latina; es la economía de mercado, con todas sus consecuencias de enriquecimiento impúdico para unos cuantos, y marginación y empobrecimiento atroz para nuestras sociedades en su con-

junto, lo que ha fallado aparatosamente en nuestra historia, arriesgando la supervivencia de nuestras naciones. Analfabetismo en lugar de alta tecnología, marginación campesina en lugar de producción intensiva de alimentos; fugá permanente de capitales, en lugar de inversiones para el desarrollo; usura internacional, en lugar de apoyo sostenido para la transformación económica.

Hace poco, con motivo de los funerales del Presidente Salvador Allende en Santiago de Chile, se efectuó un panel en la Biblioteca Nacional, en el que me tocó participar con varios líderes latinoamericanos, entre ellos el ex-presidente social-cristiano de Venezuela, Rafael Caldera, quien rompió los fuegos del debate señalando dos cosas: uno, el secretario de estado de Estados Unidos, Baker, a una pregunta suya sobre la absurda crudeza de los programas de ajuste monetario del FMI, impuestos a nuestros países, había respondido que todo lo que era bueno para Estados Unidos no tenía por qué no ser bueno para otros. Dixit, lo mismo venimos escuchando desde finales del siglo XIX. Dos, el vicepresidente Quayle había felicitado a Bolivia por el éxito sin precedentes del programa de ajustes, obra del FMI, que liquidó de manera mágica la inflación; pero al mismo tiempo, las estadísticas de la ONU señalan que Bolivia se ha convertido, por efectos del mismo programa, en el país con mayores índices de pobreza en todo el continente. Obviamente, no estamos llegando en América Latina al fin de la historia, a menos que se piense en el fin de los seres humanos que habitan el continente.

Tiempo hay de sobra para que la historia prosiga construyendo sus alternativas. Cinco siglos es poco tiempo para la América Latina, y si entramos con manifiesta desventaja en el nuevo milenio, los sueños de cambio no morirán ni con el siglo XX ni en los siglos venideros. Las viejas estructuras que nos agobian, la dependencia de mercados, el atraso tecnológico, la arcaica distribución de la tierra, la marginalidad social, la extracción implacable de recursos naturales, la usura internacional, la fuga permanente de capitales, son formas de agresión permanente que deberán desaparecer para dar paso a una nueva calidad de integración social y de soberanía económica, y por lo tanto, al establecimiento definitivo de nuestra identidad.

La utopía está al final de este camino, difícil y azaroso,

pero no hay otro camino. Sociedades libres, justas y armónicas, integradas, naciones interrelacionadas, sistemas dinámicos de mercado, todo lo cual deberá conducir a la unidad económica y política de América Latina. Pero al comienzo del camino está la realidad, imposibilidades y desajustes que las actuales estructuras, reproductoras de miseria y atraso, no serán capaces de superar. Y para comenzar a andarlo, será necesaria la elaboración de un pensamiento propio, que habrá de nutrirse cada vez menos de la ideología de uno y otro signo que creamos en el viejo mundo. Dejemos que los muertos entierren a sus muertos. Para nosotros se trata de dolores de parto, no de agonía.

Al abrir nuestras interrogantes, la primera pregunta crucial es, si el viejo mundo, ahora encabezado de manera total por los Estados Unidos, la superpotencia que sobrevive en esta etapa de la historia humana, entenderá que la armonía universal no es posible sin un equilibrio en las posibilidades de prosperidad y desarrollo, más allá de las fronteras cerradas que la filosofía del fin de la historia decreta con arrogancia decadente. La consolidación de un mundo unipolar, sin contrapesos, sería solamente el signo anunciador de nuevas catástrofes y calamidades.

Quedan, por lo tanto, otras interrogantes. Si Europa, entregada exclusivamente a acelerar la integración del Este y el Oeste, acepta fatalmente que América Latina debe seguir siendo un territorio de influencia estratégica de los Estados Unidos de acuerdo a su propia visión tradicional, que no ha variado un ápice desde comienzos del siglo, los desajustes e inconsecuencias serán cada vez mayores, y la confrontación seguirá ahondándose. La sumisión de la política europea a los intereses hegemónicos norteamericanos, sólo porque la historia llegó a su fin, tornará más crudos los desbalances y dará un perfil más dramático a los conflictos.

Para que Estados Unidos altere la naturaleza de sus relaciones con América Latina, y acepte un nuevo tipo de responsabilidad, Europa deberá definir a su vez, con peso independiente, la apertura de un flanco real de cooperación y entendimiento con nuestros países, que contribuya a nuestra transformación estructural, integración y desarrollo.

Este no es un asunto de crisis del pensamiento, ni de desaliento ideológico. De nuestro continente, el nuevo mundo

ahora más que antes, habrá de surgir una nueva calidad de respuestas, largamente esperadas; la democracia real, la libertad como parámetro de la verdadera integración social, la justicia económica sin discriminaciones, el triunfo de una identidad continental, son la sustancia del aporte creativo y novedoso que tarde o temprano habremos de ofrecer a la humanidad.

La utopía latinoamericana, apenas empieza a nacer.

Perspectivas de la Liberación Nacional en América Latina

Tomás Borge

Desde que el reloj marcó el inicio de nuestra actividad armada –septiembre de 1963– en las selvas del río Coco, cerca de la Costa Caribe de Nicaragua, donde los misquitos extraían hule y levantaban casas precarias y pintorescas, el Frente Sandinista habló en voz alta de su proyecto de liberación nacional. Entendíamos este concepto como la conquista de la independencia y el inicio de transformaciones sociales profundas, radicales.

Para nosotros, combatientes empíricos, dirigentes políticos inexpertos, hijos de aquel momento histórico, la democracia sólo podía entenderse como el predominio total, absoluto de obreros y campesinos, y algún espacio –otorgado a regañadientes– a intelectuales y otros representantes de las capas medias. Es decir, la pequeñaburguesía, considerada como una familia peligrosa, inestable y con debilidades repulsivas.

Con todo y que la gran mayoría de los fundadores del FSLN proveníamos de la universidad, del sector intelectual. Pretendimos suicidarnos como pequeñoburgueses más lo cierto es que las aulas aportaron las llaves maestras para

descorrer el atraso. Obreros y campesinos no manifiestan su instinto de clase con la misma prontitud que su instinto sexual. Los sandinistas avivamos su rebeldía y ellos se introdujeron, analfabetos y desgarrados, en la corriente de la historia.

Para nosotros, la propiedad de los medios de difusión masiva, la libertad de expresión y de creación artística, el derecho al despliegue de las banderas y el canto de los himnos, eran exclusivos para obreros y campesinos. A pie juntillas y de buena fe, creíamos en la teoría y la práctica revolucionaria de la Unión Soviética y los demás países socialistas de la Europa del Este y de Asia.

Cuba era otra referencia, la más aleccionadora y cercana. Mas su actual régimen social estaba aún en proceso de formación, y su ejemplo fue lección aprendida de memoria como método para derrocar al somocismo. La lucha armada, considerábamos, era la única opción para la toma del poder. La tesis del foco guerrillero predominó aún con la oposición de algunos desconfiados, que la encontraban jactanciosa aunque bien elaborada.

La teoría del foquismo se expuso en el libro *Revolución en la Revolución*, de Régis Debray, y fue de lectura obligatoria en nuestros campamentos. Carlos Fonseca, fundador del FSLN y a la postre nuestro principal dirigente, encabezó las reservas sobre dicha tesis y lo expresaba con el ceño fruncido. Esta suspicacia influyó en nuestros posteriores intentos guerrilleros, incluido el de Pancasán y Fila Grande en 1967.

A partir de la derrota militar de Pancasán —que fue, a pesar de esto, una victoria política—, le dimos singular importancia al desarrollo de las condiciones subjetivas. Entablamos contactos estrechos con los desposeídos y, en particular, con los campesinos de las regiones donde habíamos operado. Los conocimos, aprendimos de su sencillez y sabiduría; el reloj con que despertamos sus conciencias puso también en vigilia los vasos comunicantes con ellos y otros sectores sociales.

El gran aporte de Cuba fue, en aquel momento, la mística; la fidelidad de Fidel a la audacia, al valor; la vocación por el desafío. Según nuestra lectura, para los revolucionarios cubanos las tablas de la ley son la honradez, la práctica en total armonía con el discurso político, la explícita solidaridad con los revolucionarios de todo el mundo, su atractivo enfrentamiento con el imperialismo norteamericano.

Después de la experiencia guerrillera de 1967, año terrible y seductor, iniciamos nuestro aprendizaje decisivo. Fue entonces que se acordó llevar adelante lo que llamamos «acumulación de fuerzas en silencio». Durante este período se flexibilizaron lo suficiente nuestras posiciones políticas, y dejamos de ser una secta aislada para convertirnos en el proyecto de un partido revolucionario.

Si bien creíamos aún en lo justo de cuanto se hacía en los países socialistas de Europa y de Asia, cuyo atraso económico y burocracia explicábamos con el razonamiento de que eran revoluciones recién nacidas, ya teníamos algunas tímidas objeciones que solíamos expresar entre entusiastas reconocimientos a las victorias, para nosotros resplandecientes, del llamado socialismo real.

No sólo Lenin era objeto de veneración y respeto, sino también Stalin. Había ignorancia e ingenuidad. Lo cierto es que al cabo de los años y gracias a la observación directa de la realidad de los países del hoy derruido campo socialista, el único que continúa recibiendo las velas encendidas es Lenin. Salvado, creemos, por el limpio expediente de su conducta personal y por su valioso aporte teórico y práctico a la lucha revolucionaria.

Por otra parte, tuvimos siempre enormes diferencias con la mayoría de los partidos comunistas de América Latina, diferencias que en el caso de Nicaragua llegaron a la reyerta, a la franca enemistad. Y evoco todo esto porque nuestra experiencia es, de alguna manera, una fotocopia de la de otros revolucionarios latinoamericanos, que se han debatido entre el dogma, la ventura, las riñas viscerales y la búsqueda de raíces y herejías.

Poco después de que rompíeramos el silencio con acciones audaces y carismáticas, se produjo la división interna del FSLN. Sin lugar a dudas, la dispersión y los conflictos debilitaron, durante algunos años, nuestras posibilidades de derrocar al somocismo. Esta es la enfermedad del sueño de la izquierda latinoamericana: las condiciones objetivas están dadas –siempre lo estuvieron– y, por factores subjetivos, la mayor parte de sus fuerzas y partidos está más lejos del poder que la tierra de los anillos de Saturno.

Por fortuna, hay otros movimientos revolucionarios más vitales, como los de Uruguay y Brasil, que tienden a unirse. En

la medida en que lo hagan con mayor intensidad, les crecerá el cauce de apoyo popular, que puede ser decisivo en los próximos años. La atomización de la izquierda requiere de vacunas y tratamientos antivirales.

Si bien no se ha hecho un estudio serio sobre las causas de nuestra fractura en tres tendencias, que reclamaban para sí la posesión de tácticas infalibles, lo cierto es que el movimiento creció —y esto es una excepción histórica— en medio de la represión militar y de la agresividad verbal del somocismo y los voceros de las capas sociales que hoy gobiernan Nicaragua.

Desde sus medios de difusión, los somocistas y sus aliados nos llamaban asesinos, terroristas, ladrones, sandinocomunistas. Los mismos epítetos que recibimos luego de la oposición militar y política, y que nos lanzan ahora mismo periódicos, radios y televisoras gubernamentales. Por su parte, los grupejos que se autocalificaban de izquierda nos acusaban —y su discurso tampoco ha variado— de aventureros pequeño-burgueses.

Los partidos opositores al somocismo —conservadores, liberales, demócratacristianos— no llegaron jamás a poner en riesgo el confortable poder de la familia. Eran vacilantes, conciliadores, pactistas. Los yanquis no los apoyaron porque tenían más confianza en sus incondicionales en el poder; decían que Somoza era un *son of a bitch* pero también amigo leal. Además, no había una contradicción antagónica entre gobernantes y opositores, vinculados por idénticos intereses de clase.

Cuando el FSLN se unió en marzo de 1979, elaboró y puso en práctica una estrategia insurreccional para la toma del poder. La Guardia Nacional, organismo feroz y patológico, tenía serias debilidades: sus fuerzas vivas no rebasaban los diez mil hombres; la escasa técnica de artillería, blindados y fuerza aérea, acercó la victoria de los crecientes brotes insurreccionales. Estos liquidaron, el 19 de julio de 1979, a la dinastía Somoza.

Una vez en el gobierno, el FSLN —en medio del desorden y la inexperiencia— intentó poner en práctica su programa histórico, inició ambiciosos programas sociales como la alfabetización, distribuyó con infinita ternura y torpeza la ayuda ex-

terior, que fluyó en abundancia subsidiando la normalidad. Transporte, salud y educación consumieron grandes recursos; se desarrollaron varios proyectos estratégicos de índole económica.

A todo este esfuerzo se enfrentó la contrarrevolución organizada, casi a raíz del triunfo, por la administración estadounidense. La guerra se prolongó por más de ocho años, erosionando el proyecto sandinista. Llegamos a las elecciones del pasado 25 de febrero en condiciones desventajosas, y los resultados son de sobra conocidos.

Después de la derrota electoral el FSLN ha crecido con el ímpetu de la adolescencia: decenas de miles de nicaragüenses se han sumado a nuestras filas. Además, en nuestro partido ha ingresado, como un ciclón, la democratización interna. Tarea clave del Frente ha sido evitar el caos social, el estallido de proporciones volcánicas que puede derivarse de la política económica del actual gobierno y de la represión contra trabajadores, campesinos, maestros y estudiantes. Ojalá pueda evitarse el conflicto; eso depende de la sensatez de todos. La confrontación en Nicaragua es diáfana expresión de la lucha de clases, de los instintos de participación de los grupos y comunidades étnicas, y del singular protagonismo de los movimientos sociales, como la lucha de las mujeres que no se resignan a la discriminación, como el combate de los ecologistas contra la basura y la asfixia del hombre y los bosques. La esencia del enfrentamiento es nuestra voluntad de exigir respeto a las conquistas populares puestas contra la pared y reiterar la liberación nacional.

Esta lucha es asunto serio tomado poco en serio por la mayoría de los europeos. América Latina se apresta a dar batallas que en nada se parecen a ese juego de niños inocentes, a esa basura en el ojo que fue el Muro de Berlín. Lo sucedido en la Europa del Este es poca cosa si se compara con el estruendo que será la caída del muro que separa el Norte del Sur, el colesterol de la anemia. En nuestros países se tiende al uso y abuso de las metáforas y de los baños de sangre.

La violencia en Colombia es un refrito de otras contiendas, que los lectores de Europa atribuyen a la imaginación desbordada de nuestros escritores. Y yo no quiero ni pensar en lo que algunos aseguran que ocurrirá, si no cambian las cosas

como deben cambiar en Perú y México, para sólo mencionar a dos de nuestros volcanes al borde del vómito y del fragor.

En el viejo continente poco se habla hoy del nuevo mundo, de esas tierras dolidas que Martí llamó «Nuestra América», la patria del «hombre natural». Y cuando por aquí se habla de nosotros, es con cierta lástima, con algún remordimiento, o por solidaridad casi caritativa. En muchos casos, predomina la autosolidaridad: ocuparse de los hambrientos de aquellos mundos lejanos y olvidados de Dios es la forma más idónea y hermosa de saturarse la conciencia con las más elevadas virtudes.

Europa constituye una realidad cada día más lejana para los propios habitantes de este continente; a veces sospecho que somos los latinoamericanos quienes hemos descubierto Europa sin propósitos coloniales; es decir, sólo con el recóndito anhelo a la socialización de la libertad y el pan nuestro de cada amanecer.

Los europeos se esmeraron en construir un enorme escenario, en el cual los actores pueden ser observados desde muy lejos pero carecen de la posibilidad de reconocerse y de comunicarse entre sí. El telón debe caer, para que esa pieza de teatro que llamamos historia sea vista por sus propios actores, con el fin de cambiar los diálogos y el previsible final, y sobre todo para que nuevos intérpretes de otras partes del mundo suban a escena.

Durante siglos los ciudadanos de Europa se dedicaron, amamantados por las colonias, a confeccionar una soledad de lujo. Levantaron monumentos de hierros y palabras, conquistaron continentes y sinfonías, inventaron máquinas y sistemas filosóficos. Como dije hace poco en Madrid, tienen todo y de sobra, incluidas la soledad y la siesta demográfica más larga de la historia.

Mientras en América Latina nos multiplicamos como panes, caracoles y gatos ariscos, en Europa —la de los grandes lechos, los anticonceptivos infalibles y los orgasmos mecánicos— la población decrece. Allí corremos como gacelas, aquí como osos en climaterio; allí construimos clínicas de obstetricia, aquí de geriatría; allí intentamos crear el hombre nuevo —rescatándolo del desprecio y la agonía, poniéndole una corona de laureles, convirtiéndolo en dios—, aquí se hace la apología de lo postmoderno.

No quiero ser cruel. En el peor de los casos, no hago más que desahogar un resentimiento de quinientos años, e invitarlos a la comunión con los hombres y a creer en los ángeles que orinan. Los esperamos allá, entre pájaros y tigres, para que descubran por primera vez que somos seres humanos.

Nuestras tierras han estado abiertas al humanismo, a todas las teorías identificadas con los sueños felices; seguirán así siempre que esas ideas no nos amenacen con bastones de mando, camisas grises y grilletes fabricados en las empresas del centralismo y la dictadura contra todas las clases. Me refiero, claro está, al marxismo. Y digo esto a sabiendas que en este mundo —hambriento de dogmas y enlatados, fascinado ante el sensacionalismo y la desfachatez— defender el marxismo significa incurrir en pecado mortal.

La lógica que nos recetan es un purgante endulzado con sacarina. Quieren convencernos de que el marxismo —instrumento de conocimiento, ciencia social— se ha convertido en pieza de museo. Y que el socialismo —proyecto de una sociedad nueva, sin explotación y sin desigualdades— fracasó con el derrumbe, en última instancia positivo, de los regímenes de la Europa del Este.

Ni el marxismo ni el socialismo han fracasado; fracasaron el dogmatismo, la burocracia, el autoritarismo, el terror a la creatividad. El socialismo y su guía, el marxismo, mantienen plena vigencia. El marxismo no se limita a ser un índice acusador sino, sobre todo, algo parecido a una estrella polar. El tercer día, cuando el hombre sane de estos granos infectados, el socialismo resucitará.

Pecado mortal también es hoy defender a Cuba, su derecho a la vida y a decidir con permiso de nadie. Sin escándalos y con cautela, en ese hermano país —en mi opinión, el último e invulnerable reducto del socialismo sin sonrojos, ya que en Europa el socialismo es vergonzante—, se trabaja hoy en la elaboración de un modelo que intenta la germinación del hombre nuevo —por cierto, bien nutrido pese a las limitaciones y siempre disponible para ganar torneos deportivos y culturales—, del hombre con ánimos para seguir siendo socialista, es decir, ejemplar.

En medio de esta polvareda habrá quien piense que la revolución ha sido derrotada en América Latina. O sea, que los guerrilleros salvadoreños y guatemaltecos golpearon sus

cabezas contra la pared en inútil sacrificio; que Argentina, Venezuela y Bolivia son campos de experimentación exitosa del FMI; y que las privaciones actuales de los pobres son el preludio del desarrollo o la extensión de la retaguardia logística del capitalismo europeo y norteamericano.

La izquierda con sus diferentes matices tiende a crecer en América Latina, y obtuvo excelentes puntajes en las últimas elecciones de Uruguay y Brasil. A pesar de las divisiones kafkianas, presentes en sus filas en casi todos los países de la región, el movimiento revolucionario acrecienta su tamaño y coherencia. Y si se iniciara un aliento de unidad, sus opciones de poder se multiplicarían en progresión geométrica.

En algunos países de Centroamérica hay un considerable retraso. Son, considero que no por casualidad, los vecinos inmediatos de Nicaragua: Costa Rica y Honduras, naciones compartimentadas de la apoteosis revolucionaria en la región, que tuvo su momento cumbre el 19 de julio de 1979.

En Costa Rica coexisten la democracia formal con el auge del SIDA y del descontento económico y social. Y la burguesía, que ayer descartó con sabiduría los tanques y aviones de combate, hoy mantiene decenas de miles de hombres empuñando armas de infantería, suficientes para mantener a raya a las clases trabajadoras.

La sociedad costarricense consume, con insaciable apetito, el escándalo y las mentiras piadosas o crueles de sus medios de difusión masiva. No hay opinión pública en el mundo donde se le hagan tantas reverencias al mal recuerdo de Reagan, y donde se odie con tanto entusiasmo a la Revolución Popular Sandinista. Además, los oligarcas ticos se creen europeos e infalibles y de alguna manera lo son, como lo demuestra haber ganado un Premio Nobel de la Paz. El pueblo costarricense es, en esencia, solidario y sensible con las desgracias de América Latina.

Honduras es, según algunos, uno de los países más atrasados del planeta; creo por mi parte que es tierra de gente noble y valiente. La oligarquía ha desplegado allí la gran telaraña de la represión y de la insidia. Con el pretexto de maniobras militares que no terminan nunca, el territorio permanece ocupado por tropas yanquis; incluso hasta hace poco el ejército contrarrevolucionario nicaragüense tenía allí sus casa de campaña y la total alcahuetería del ejército hondureño.

El movimiento popular de Honduras es exiguo y heroico. Por estos días dio algunas muestras de vida con la organización de varias huelgas. En lo fundamental, se conforma en pequeños núcleos con pocas perspectivas inmediatas de desarrollo. La política neoliberal y fondomonetarista ocupa, con cierta comodidad, la agreste geografía del país. En realidad, la revolución Sandinista ejerció allí, como en Costa Rica, poca influencia.

El movimiento de liberación nacional en América Latina tiene, entre sus múltiples desafíos del presente, uno que está en la primera línea de fuego: la lucha por una democratización profunda, de contenido, que reavive la letra de nuestras constituciones y leyes —emitidas, al son de pitoretas y parloteos insaciables, para no cumplirse jamás—.

Si bien estas constituciones y leyes son, en la mayoría de los casos, de los tiempos de la corneta y, por consiguiente, están marcadas por el fierro de las oligarquías, hay que luchar para que, por lo menos en esta etapa —en que la historia, a primera vista, nos ha dado la espalda— sean aplicadas en la búsqueda de un Estado de Derecho.

Las administraciones de Reagan y Bush, después que se hastiaron de los derechos humanos, cacarean hasta por los codos la democracia. Palabra que, como se sabe, significa poder popular o fuerza del pueblo, y que en vez de erizar los pelos a banqueros y generales, hoy es retomada por ellos con inaudito desplante y capacidad admirable de persuasión. Acostumbrados estamos a que se vea sólo en sus rasgos formales, al margen de la vida social.

Se dice que la democracia está determinada, en último término, por las relaciones de producción de una sociedad concreta, es decir, que está sujeta al devenir histórico. Cuando se sienten seguros y les conviene, los capitalistas en América Latina se enorgullecen de la democracia y la utilizan como instrumento quirúrgico o agujas de acupuntura para ejercer el dominio político.

Sobrevienen entonces las euforias constitucionalistas, la defensa retórica de las instituciones representativas, la apología del voto y de las libertades políticas formales. Por regla general, la posibilidad de utilizar estos mecanismos es, para los desposeídos, negada de una forma enérgica y sutil. Y detrás de las promesas de reconstruir la democracia, está la

abundancia de los mendrugos y los vestidos desteñidos y rotos.

Todo el aparato democrático de nuestras repúblicas está estructurado para paralizar la actividad política de las masas y limitar la participación de los trabajadores en la toma de decisiones. En Nicaragua éste es un anhelo insatisfecho de las clases gobernantes pues los trabajadores siguen teniendo voz y son poseedores de la fuerza que da la razón. Y se niegan a practicar la razón de la fuerza para respetar el logro histórico de una democracia que existe a pesar de la bilis y el salivazo.

A partir de semejantes insistencias se habla de democracia desde Bagdad hasta Tegucigalpa, desde Amsterdam hasta el Parque de Las Palmas de Managua. *The New York Times*, *El País*, *Pravda* y hasta el diario de la señora Barrios torturan sin piedad el desdichado término. Los señores del mundo, como se ve, se ponen en sus cabezas el birrete, el sombrero de fieltro y hasta la gorra deportiva de la democracia: tienen una asombrosa capacidad de renovación.

Los revolucionarios tuvimos —¿tuvimos?— una gran desventaja: hemos sido conservadores. Nos asustan los cambios y nos miramos sorprendidos y hasta molestos cuando el calor derrite nuestras decisiones inmortales. Por mucho tiempo nos opusimos a los cambios formales que, si se saben manejar, no afectan los contenidos. ¿Qué democracia más completa puede existir en ninguna época y lugar que la democracia revolucionaria?

Mas ese concepto fue congelado en la Europa del Este sin que se permitiera los cambios que le darían frescura y novedad a esos regímenes sociales. El aparato de órdenes y gavetas repletas de alambradas y posposiciones irritantes fue estremecido y derribado por el espasmo de la perestroika. Ya esa voluntad de cambios, defendiendo la esencia, se había producido en Nicaragua. Y no en forma lineal y simple, sino en medio de la tormenta atroz recibida de viejas concepciones que no desaparecerían por decreto.

Los barones del capital no le temen al cambio y reordenamiento de liderazgos, ni a las presentaciones —con visos de aparente renovación— de programas y colores políticos. Es que han tenido la habilidad de mantener untado el sistema con la magia de vestiduras que se cambian según sean los días señalados, laborales o turbulentos.

Los revolucionarios no tuvimos la capacidad de sostener el sistema respetando el derecho a la diversidad y al relevo de las mismas banderas. Y hoy la bandera de la democracia que hemos logrado mantener en vilo es disputada, con audacia, por los reaccionarios y hasta los traidores. En Nicaragua fuimos los sandinistas quienes conjugamos la democracia formal y la democracia de contenido, mas se nos niega ese mérito histórico con mezquindad e intransigencia.

A diferencia de Cuba y, en alguna medida, de lo que se logró en Nicaragua durante corto tiempo, en América Latina abundan los niños harapientos y desconcertados. Con todo y la penuria, en nuestro país se redujo la mortalidad infantil y se le dio un golpe casi mortal al analfabetismo, y se repartieron tierras como pan caliente a los campesinos.

Pero lo que más nos enorgullece es que se derrotó una agresión extranjera dispuesta, con todos los hierros, a reducirnos a polvo, y se logró preservar un partido revolucionario que ahora crece en el tamaño de su coherencia y su militancia. Pregunto a los dueños del mundo y a sus pequeños y contradictorios representantes locales, ¿qué dirán cuando el FSLN gane las próximas elecciones? ¿Seguirán defendiendo entonces la democracia? Desde ahora lo prevengo. Para los magnates y sus soldaditos de chocolate la democracia es cualquier cosa: sermón, retórica, justificación. Como ayer sucedió con otros términos —mundo libre, derechos humanos— hoy democracia es víctima de la hiperinflación del lenguaje. Cuando el voto popular nos devuelva el gobierno, gritarán histéricos que ha terminado en Nicaragua la democracia.

Otro de los desafíos que se interpone en las avenidas del movimiento de liberación nacional en América Latina es la lucha por la integración. Sin ella, el porvenir de nuestros pueblos estará colgado de un cuerno de la luna; es una cuestión de vida o agonía. Y no sólo para los pequeños como Nicaragua sino también para los grandes como Brasil: todos necesitamos compartir el oxígeno, la colaboración, la solidaridad mutua. Sólo unidos podemos descifrar problemas cuya solución está más allá de los algoritmos y de nuestros deseos.

La desunión, la balcanización, la incomunicación: este es nuestro drama. Nos ha estado prohibido, ya se sabe por quién y por qué, el acercamiento, el intercambio de miradas, la simple conversación. Esto llega al extremo de que nunca ha

habido, en casi 200 años de vida independiente al menos en la forma, una reunión de todos los presidentes latinoamericanos que no haya sido convocada y en donde no estén presentes los Estados Unidos.

Los dirigentes europeos se reúnen casi todos los meses; los árabes, cada vez que surge un conflicto, no vacilan en encontrarse; los mandatarios africanos suelen dialogar en conjunto cuando menos dos veces al año. Y nuestros líderes no se atreven a tener una organización propia, como la Liga Árabe o la OUA, ni a reunirse sin la compañía yanqui.

Al vacío parece haber caído aquella advertencia de Martí: *«¡los árboles se han de poner en fila, para que no pase el gigante de las siete leguas! Es la hora del recuento, y de la marcha unida»*.

De esta realidad ya existe cabal conciencia en nuestro continente e, inclusive, se han dado algunos pasos hacia adelante y algunos hacia atrás en la búsqueda de la integración. No voy a reseñarlos siquiera porque más vale que analicemos la respuesta que, hace sólo unas semanas dio Bush ante nuestros pucheros de unidad latinoamericana. Esto demuestra —aunque los axiomas no necesitan demostración— que no es posible la liberación nacional sin verle el rostro despiadado al imperialismo.

Me refiero a la llamada iniciativa para las Américas, que en lo político parece una nueva versión de la Doctrina Monroe y en lo económico una caricatura de la Alianza para el Progreso. Con ella Estados Unidos nos propone —y estando como estamos esa proposición es imposición— que, en vez de integrarnos con el resto de América Latina en un marco de igualdad y beneficio mutuo, nos integremos a ellos.

El objetivo último de la iniciativa es crear un sistema de libre comercio en el área, sobre todo con México, Centroamérica y el Caribe. El estímulo, la cáscara de plátanos: hacer préstamos a las naciones que eliminan trabas a las inversiones extranjeras, reducir la deuda externa a quienes implementen la reforma económica neoliberal.

De esta manera, además de coartar nuestra integración natural, Estados Unidos aprovecha su propio entorno inmediato para que su control sea menos remoto. Mientras ellos recuperan la hegemonía un tanto extraviada, los latinoamericanos quedamos a la espera del desarrollo como un coche de

antigua data frente a un semáforo en rojo que no está autorizado a recuperar el color de la esperanza. La integración con nuestro endiosado vecino sería el último debate entre la liberación definitiva o la muerte.

Vengo de aquella tierra que cometió homicidio contra el hastio y los protocolos, que incurrió en la bigamia de contraer matrimonio con la imaginación y la liberación nacional; vengo de aquella tierra en acecho, parapetada en sus escandalosos amaneceres, para defenderse de distribuciones injustas y propuestas indecorosas; vengo de aquella tierra a decirles a ustedes, hermanos europeos: somos optimistas, actores de nuevos registros y cambios.

Estamos persuadidos de que los filisteos tienen cada día menos discípulos. Ustedes mismos forman parte de los Escuadrones de la Vida, combaten contra el nihilismo, el soliloquio y la ridícula creencia de que Europa es el centro del Sistema Solar. Es falso: no ha llegado el fin de las ideologías, somos apenas testigos del último capítulo de la prehistoria. En este decenio, alegrémonos, se inicia la historia del hombre.

América Latina ante el «fin de la historia»

Agustín Cueva

I

Los grandes cambios ocurridos en la correlación mundial de fuerzas en el segundo quinquenio de la década de los 80 no constituyen, desde luego, el «fin de la historia», como pretenciosamente los ha denominado Francis Fukuyama. Pero los neoconservadores –y el capitalismo desarrollado en general– tienen razones suficientes para considerarse victoriosos: es un hecho innegable que los países capitalistas avanzados, con Estados Unidos a la cabeza, han inflingido, en dicho lapso, una severa derrota al «campo socialista»: para ser más precisos, al bloque constituido por la Unión Soviética y los «socialismos realmente existentes» de Europa del Este. La derrota (no necesariamente definitiva) ha sido además en todos los planos: económico, político, ideológico, cultural, tecnológico y militar. En todo caso, la correlación mundial de fuerzas, que hasta mediados de los 80 se caracterizaba por la *paridad estratégica* entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, se ha convertido en una obvia *disparidad estratégica*, tal

como el conflicto del Golfo Pérsico, por ejemplo, lo ha puesto en evidencia. En la actualidad, existe *una sola superpotencia en el mundo, que son los EE.UU.*

Es verdad que los socialismos de la «periferia» siguen en pie, englobando a una población de por lo menos mil trescientos millones de personas; pero, *pobres y aislados*, tienen por ahora poco peso en el escenario mundial (esto es válido incluso para la inmensa China) o apenas poseen fuerzas para defenderse del sistemático acoso estadounidense (caso de Cuba, sobre todo). *En general*, la izquierda mundial está en reflujó.

II

El fin de la llamada «guerra fría» y de la confrontación Este-Oeste es un hecho positivo en la medida en que parece haber alejado (ojalá que para siempre) la posibilidad de una guerra nuclear que habría marcado, ella sí, el fin de la historia. La nueva coyuntura va a permitir, además, nuevas formas de cooperación internacional, en principio beneficiosas para ambos, entre el «primero» y el «segundo» mundos.

Pero la forma *asimétrica*, desbalanceada, en que tal proceso ha tenido lugar (con la consagración de la hegemonía estadounidense), es un hecho *negativo* en cuanto permite que la *confrontación mundial* continúe, simplemente centrada sobre otro eje. En efecto, tal eje ya no es más el Este-Oeste, sino, ahora, el *Norte-Sur*. Liberados de las tensiones en su flanco «oriental», los países imperialistas disponen hoy, de mayores fuerzas para enfrentarse con el «Sur», es decir con el Tercer Mundo (al que de hecho ya habían declarado la guerra en la década de los 80), que en general ha dejado de contar, además, con el apoyo de varios tipos (desde económico y tecnológico hasta militar) que antes le proporcionaban los países socialistas.

III

Otro hecho digno de tomarse en consideración es que el reordenamiento del campo capitalista en los veinte últimos años ha desembocado en una situación que nosotros denominaríamos de *hegemonía fragmentada*, en el sentido siguiente:

Hay, de una parte, una supremacía económica cada vez mayor de países como Alemania y Japón (para no hacer generalizaciones a toda Europa Occidental o el Sudeste Asiático), frente a un declive relativo, pero al parecer irreversible de la economía estadounidense, afectada, entre otros males, por su baja productividad, la poca competitividad de su industria, el retraso no sólo en la investigación científica y tecnológica, sino también en el sistema educativo en general; el abultado déficit fiscal, la cuantiosa deuda externa, la debilidad de las inversiones, el elevado endeudamiento empresarial e incluso familiar.

Por otra parte, en la década de los 80 se consolida la *absoluta supremacía político-militar de Estados Unidos*, sin que ninguno de sus aliados pueda competir con ella, ni de lejos (por razones de diversa índole). Esta supremacía constituye, por lo demás, una de las pocas «ventajas comparativas» de Estados Unidos sobre sus aliados; por lo mismo, es muy grande la tentación de utilizar tal poderío para mantener, si es que no para incrementar, la *renta imperial* que Estados Unidos obtiene del dominio y la explotación de inmensas zonas del Tercer Mundo, renta vital para él. Dicho poderío militar le sirve incluso para transgredir, en sus relaciones con el Tercer Mundo, aquellas reglas del mercado (precios determinados por el *libre* juego de la oferta y la demanda, por ejemplo) que en teoría dice siempre respetar. En el caso de Estados Unidos, el *empleo de fuerza* en las áreas dependientes ha pasado a ser, por eso, un *elemento constitutivo de su modelo de acumulación*.

IV

¿Cuáles son, en estas condiciones, las consecuencias para América Latina del fin de la guerra fría? Muchos pensaban, hasta el tercer trimestre de 1989, que ello nos dejaría un mayor margen de autodeterminación en la medida en que nuestras decisiones políticas ya no aparecerían encuadradas en el marco de la confrontación Este-Oeste, razón permanentemente esgrimida por Estados Unidos para violar nuestra soberanía. Parecía, por añadidura, que si la Unión Soviética permitía ahora la libre determinación de los países del Este europeo, hasta entonces considerados «satélites» suyos, Esta-

dos Unidos estaría moralmente obligado a proceder de igual manera con sus «clientes» latinoamericanos (una especie de «*fair play*» o de «*noblesse oblige*», en definitiva).

Sólo que esta ilusión se derrumbó cual castillo de naipes con la invasión de Panamá, en diciembre de 1989. Ciertamente las reglas del juego eran diferentes en Europa del Este y en Latinoamérica: nos había tocado, una vez más, el lado oscuro de la historia.

La invasión de Panamá fue la primera intervención *contemporánea* de Estados Unidos en Latinoamérica para cuya justificación el gobierno de Washington no invocó la «lucha contra el comunismo», y también la primera en que se destruyó a toda la fuerza armada nacional (sustituida por el ejército invasor) y se entregó la presidencia del país a un hombre traído *ex professo* por las fuerzas de ocupación.

Y hay un dato que no cabe olvidar, ya que él ubica la invasión de Panamá en su verdadera dimensión de enfrentamiento Norte-Sur: la comunidad de países desarrollados y Occidente no halló nada escandalosa esta violación de la soberanía panameña y latinoamericana: al contrario, la *apoyó* (con excepción de Suecia y España); reacción que contrasta con la producida por la ocupación de Kuwait por Irak.

V

La «lección» impartida en Panamá sirvió de «advertencia» a la Nicaragua sandinista. Y dio sus frutos: triunfó la candidata de la administración Bush, doña Violeta Chamorro, gracias a dos «señales» claramente inteligibles: «como soy la aliada de la potencia agresora, les prometo terminar con la guerra», y, «como soy la candidata del país más rico del mundo, les ofrezco disminuir nuestra miseria». Lo cual tuvo impacto en amplios sectores de la población nicaragüense (no hay ningún pueblo del mundo compuesto exclusivamente por héroes y mártires), atemorizados ante la eventual repetición de una «operación Panamá», en Nicaragua, cansados de una guerra interminable de desgaste, azotados por la consecuente crisis económica y sin duda escépticos, a estas alturas, frente a un campo socialista que venía perdiendo mucho de su vitalidad.

Lo que sin embargo llama la atención —y demuestra hasta qué punto puede llegar la hipocresía de Occidente— es que las democracias más desarrolladas hayan dado por válidas unas elecciones realizadas en un país cercado por un ejército mercenario, armado y asesorado por una potencia extranjera, *de manera pública y notoria*; elecciones en las que resultó triunfadora, para mayor sospecha, la candidata de dicha potencia. ¿Puede llamarse a esto elecciones *limpias y libres*? Pareciera que no; que se trata, más bien, de un episodio más de la guerra «de baja intensidad», de otro triunfo del Norte sobre el Sur.

VI

Los elementos justificativos de la invasión de Panamá fueron dos: la lucha contra el narcotráfico y la necesidad de implantar la democracia. En cuanto al primer argumento, sólo cabría hacer una pregunta: ¿es lícito invadir, entonces, todos los países del mundo en donde existe un fuerte tráfico de drogas o en los que se practica el «lavado» del dinero procedente de esta actividad, negocios en los cuales Panamá no ocupaba, por cierto, el primer lugar? Los motivos sin duda fueron otros, que tienen que ver con el valor estratégico del Canal de Panamá para Estados Unidos, sobre todo con miras al control político, económico y militar de América Latina.

En cuanto al segundo argumento, referente a la implantación de la democracia, hay que decir que la ocupación de un país por tropas extranjeras no parece ser la vía más idónea para establecerla: así se crean colonias o semicolonias, pero no democracias. Además, ¿era el Panamá de Noriega menos democrático que el de Haití de Avril o incluso que la Guatemala de Cerezo? No trato ni de lejos defender a Noriega; simplemente hago notar hasta qué punto la *democracia*, que es una legítima aspiración nuestra, es *instrumentalizada* por Estados Unidos para sus fines imperiales.

En el momento presente, tal instrumentación juega un papel muy importante en el cerco tendido contra Cuba. Una vez más preguntaríamos: ¿por qué tanta preocupación «occidental» con lo que sucede en Cuba y tanto olvido con respecto a Haití y Guatemala o El Salvador? Cuba necesita, no lo

dudo, flexibilizar su sistema político; pero tiene que hacerlo autodeterminándose, es decir, por la propia decisión de sus ciudadanos, y no por imposición externa. Si Cuba es vencida por el cerco imperialista, no es verdad que la democracia se habrá extendido «por fin» a todo el Continente —como argumenta la Casa Blanca—; es la dominación de Estados Unidos la que se habrá consolidado en toda Latinoamérica.

VII

Si los ejemplos de Panamá y Nicaragua muestran el rápido deterioro de la soberanía latinoamericana (en función directa de la prepotencia estadounidense y de nuestras débiles, casi nulas respuestas a ella), el ejemplo de Cuba ilustra, además, algunos de los efectos del resquebrajamiento del antiguo «campo socialista» en nuestra región. No se olvide, por ejemplo, la militante participación del gobierno checoslovaco en el cerco ideológico-político a Cuba y —lo que a mediano plazo podría ser aún más grave— las severas repercusiones sobre la economía cubana de la crisis del «socialismo» del Este Europeo y de las dificultades por las que atraviesa la propia URSS.

Los efectos *indirectos* de las transformaciones ocurridas en Europa del Este se hacen sentir también en América Latina, y no precisamente de un modo favorable. Es bien conocido el temor, expresado por los propios círculos de poder latinoamericanos, de que los capitales occidentales que eventualmente hubieran podido invertirse en nuestra región, ahora estén siendo «desviados» hacia Europa del Este. Temor bien fundado, por lo demás: los países de esta área son más atractivos que los nuestros para los inversionistas por una razón muy sencilla: por grande que haya sido, allí, el fracaso económico del socialismo, mal puede compararse con el fracaso económico del capitalismo en América Latina. Polonia, a pesar de todo, no es Perú, ni la RDA era comparable con Argentina.

VIII

El declive de América Latina en el escenario económico mundial, es innegable. Pesa sobre la región aquello que la

CEPAL ha denominado el «decenio perdido para el desarrollo», es decir, el retroceso de diez años (o más, según el país de que se trate) en el nivel de vida de la población. Además, el subcontinente tiene una deuda externa superior a los 400 mil millones de dólares, absolutamente *impagable* por razones que ahora son de sobra conocidas y admitidas por todos. Frente a tal situación, ¿existe alguna posibilidad de renegociación de esa deuda, en términos favorables a nosotros, en las actuales condiciones de predominio omnímodo de Estados Unidos?

Comencemos por señalar que el propio declive económico (relativo) del país del Norte, señalado en el numeral III de estas notas, hace que para él sea absolutamente indispensable exigirnos el pago de la deuda. Por ello, Estados Unidos ha manifestado reiteradamente que *no tolerará* la formación de un club de deudores latinoamericanos, ni nada que se parezca. Dicho «veto», respetado hasta ahora al pie de la letra por los gobernantes de la región, nos coloca en una situación de debilidad, inherente a cualquier negociación *bilateral* con Estados Unidos. Desde el momento en que tal regla de juego es aceptada, nuestro destino queda librado a las iniciativas de la potencia el Norte, llámense «plan Baker», «plan Brady», «iniciativa para las Américas», o lo que fuese. Los gobiernos latinoamericanos no hacen más que plegarse a dichas propuestas, o regatear, en el mejor de los casos, *dentro* del marco fijado por el país hegemónico.

¿Qué persiguen tales iniciativas? En primer lugar un efecto ideológico: mostrar que entre el vecino del Norte y América Latina existen relaciones de cooperación y buena voluntad. Lo demás, depende de las distintas coyunturas. El «plan Baker», por ejemplo, no pasó de ser letra muerta: jamás se concretó en ningún lugar. El «plan Brady», en cambio, se ha aplicado hasta ahora en tres países: México, Costa Rica y Venezuela. ¿Con qué resultados? En principio, ha consistido en una reducción de entre el 10 y el 20 por ciento del monto total de la deuda, gracias a lo cual la administración Bush ha conseguido revendernos nuestra propia deuda *muy por encima de su valor de mercado*, y bastante por encima, también, de nuestra capacidad de pago (que no ponga en peligro nuestro desarrollo). Recuérdese que, en promedio, la deuda latinoamericana se cotiza en el mercado internacional apenas por arriba

del 40% de su valor nominal. La renegociación auspiciada por el «plan Brady» es, pues, un típico ejemplo de cómo Estados Unidos consigue, mediante presiones políticas y chantajes de todo orden, transgredir las leyes del mercado que tanto dice venerar.

Además, estas «reducciones» se realizan con la condición, previa y posterior, de que nuestros países apliquen, sin desviaciones, las normas impuestas por el Fondo Monetario Internacional: venta de las empresas públicas más lucrativas, para con el dinero así obtenido pagar lo más que se pueda de la deuda exterior; reducción de empleos y salarios para por ese lado ahorrar también para el mismo fin, etcétera.

¿Añade algo nuevo la «iniciativa para las Américas»? En primer lugar, hay una *ayuda* de Estados Unidos para Latinoamérica del orden de los 100 millones de dólares, suma que, dividida para una población de 400 millones de habitantes de la región, equivale a 25 centavos de dólar per cápita, si se prefiere una referencia más concreta, a una botella de Coca Cola, tamaño individual, por persona. Ni más ni menos. Luego, la «iniciativa» insiste en la obligación nuestra de aplicar una política ortodoxamente neoliberal, y finalmente propone la creación de una «zona de libre comercio». pero que de tal tiene muy poco: se parece más a un conjunto de acuerdos *bilaterales* (Bush ha insistido en ésto). Una vez más, el gobierno estadounidense busca sacar ventaja de la inevitable *asimetría* de las negociaciones «a solas» entre el grande y el chico, para obtener el máximo beneficio para su país.

IX

Los comentarios procedentes nos colocan, obligadamente, ante una pregunta crucial: ¿es posible una unidad latinoamericana o, por lo menos, un mínimo de acuerdos que nos permitan enfrentar conjuntamente los retos planteados por la reestructuración de la economía mundial y de las relaciones internacionales a todos los niveles?

Una primera observación va en el sentido de señalar que la década de los 80 fue un período de desintegración *práctica* y *teórica* de nuestro subcontinente. Autores como Alain Rouquié han llegado a preguntarse si no estaremos asistiendo al

«final de América Latina», y algunas observaciones de especialistas como Alain Touraine van en el mismo sentido. Inmensa paradoja: en esta época de formación de los grandes bloques mundiales (Comunidad Económica Europea, Países de la Cuenca del Pacífico, Estados Unidos-Canadá), América Latina pareciera marchar a contrapelo de la historia: deviene un verdadero archipiélago.

¿Hacen algo nuestros gobiernos para superar tal situación? Todo parece indicar que no, más allá de cierta retórica. La política del «garrote» estadounidense genera en ellos temores de ser «desestabilizados», mientras, por su lado, la «zanahoria» hace lo suyo: crea espejismos, ilusiones. Cada gobernante latinoamericano procura complacer lo más que puede a la administración americana de turno, primero para evitar ser «perturbado» y luego —máxima esperanza— para tratar de convertirse en el aliado privilegiado. La formación de un mercado común con Estados Unidos o, al menos, de una zona conjunta de libre comercio, es el sueño de todos. Nadie, hasta ahora, ha conseguido gran cosa (ni siquiera el panameño Endara o la señora Chamorro), pero la ilusión persiste. En todo caso, los gobiernos de la región parecen haber aceptado, como algo ya dado y normal, como un hecho «natural», la pérdida de nuestra soberanía y la imposibilidad de tener cualquier iniciativa histórica.

No hay posibilidad alguna, por el momento, ni siquiera de conformar una asociación de deudores latinoamericanos (simplemente para negociar de igual a igual con nuestros acreedores y, menos todavía, de dar los pasos conducentes a la constitución de un mercado común latinoamericano o alguna forma parecida de integración. El futuro de América Latina no se decide aquí, sino en el Norte y en ultramar.

X

En semejante contexto, lo que parece más probable a corto plazo es una continuación de la crisis, una especie de «putrefacción de la historia», con el deterioro cada vez más acentuado de las condiciones de vida de la población.

En primer término, todo indica que seguirá incrementándose el espacio de la *pobreza absoluta*, es decir, el de quienes

viven en condiciones infrahumanas. En segundo lugar, parece también fuera de duda que continuará creciendo el sector llamado «informal», o sea, esa inmensa franja de economía subterránea, marginal, a la que por algo ensalza tanto la «nueva derecha». En tercer lugar, resulta inevitable que el proceso de *lumpenización* social, ya muy visible en urbes como Río de Janeiro, Bogotá, Medellín, Lima, Panamá o Guayaquil, tienda a agravarse y generalizarse, con sus expresiones de criminalidad, drogadicción, tráfico ilegal de todo tipo (incluyendo el rapto y venta de niños, el comercio de ojos extraídos a la fuerza), etcétera.

En cierto modo, las sociedades latinoamericanas son ya, desde la base hasta la cúspide, sociedades marcadas por las figuras del delincuente y el mendigo: o se trafica con drogas o se apela a la caridad del Norte. En cuarto lugar, la degradación ambiental va a continuar, ya que hoy, más que nunca, carecemos del dinero necesario para la preservación ambiental (gasto «no redituable», según las esferas del poder). En quinto lugar, los retrocesos en campos como los de la educación y la salud proseguirán, amenazando con ello no sólo el presente sino también el futuro de América Latina.

Todo ello no impedirá, por supuesto, el que simultáneamente se produzca la «modernización» de ciertos sectores de punta de la economía y la sociedad: serán los sectores verdaderamente «internacionalizados» de Latinoamérica. Sólo que su efecto de difusión del progreso sobre el conjunto de la sociedad será mínimo, convirtiéndose más bien en polos ilustrativos de una nueva y muy acentuada *heterogeneidad estructural*. Es el tipo de inserción en el mercado mundial que nos espera.

XI

Queda por averiguar las posibles repercusiones de todo ello en el plano político interno, comenzando por lo que es más importante saber: ¿sobrevivirá la democracia en tales condiciones?

En principio y en la mayoría de países, la respuesta parecería ser afirmativa por más de una razón. En primer término, porque la mayor parte de la población esta cansada de las

aventuras inciertas, escarmentadas por las pasadas dictaduras y, además, bastante escéptica —por el momento al menos— con respecto a la búsqueda de soluciones anticapitalistas aun en América Latina, donde ha fracasado rotundamente como fórmula de progreso y bienestar, el capitalismo tiene aires de triunfador. Al no sentirse amenazado, el *establishment* no tiene mayor razón en promover golpes de Estado como los de las décadas pasadas. En fin, los medios de comunicación colectiva, hoy como nunca controlan los corazones y las mentes de gran parte de la población: son máquinas productoras de conformismo, de ilusión.

Todo lo cual no quiere decir que el futuro inmediato vaya a estar caracterizado por una calma chicha, ni mucho menos. La inconformidad va a seguir expresándose, por ejemplo, cada vez que haya un nuevo *shock* de tipo fondomonetarista (que los hay permanentemente en América Latina), a través de paros, huelgas, manifestaciones, saqueos, etc. Y los brotes de violencia armada van a proseguir, aunque muy probablemente de manera localizada, sin articulación nacional ni perspectivas de toma del poder (en el cercano plazo al menos). En las situaciones de mayor deterioro, ello puede conducir a la «peruanización» de ciertos países, con una generalización de la violencia de diverso tipo, brotando por todos los poros de la sociedad.

La democracia que persista, en cualquier caso será de tipo *restringido*, como la que vivimos actualmente, e incluso más limitada. Como quiera que sea, parecerá la pieza suelta de un rompecabezas histórico que en América Latina nunca hemos logrado armar. La *democracia política*, la *soberanía nacional*, el *desarrollo económico* y la *justicia social*, que las democracias avanzadas han llegado finalmente a juntar aunque de manera relativa y con sus fallas y fisuras, entre nosotros siguen presentándose como una mera aspiración, muy lejana y difícil de alcanzar. En la década de los 80, por ejemplo, hemos conseguido avanzar en dirección de la democracia política, pero hemos retrocedido, sin la menor duda, en los otros tres campos: hoy tenemos menos soberanía nacional, menos desarrollo económico, mucho menos justicia social que hace diez años. Lo que es peor, los propios avances en el terreno de la democracia política han sido usados como una especie de «valor de cambio», para no decir como una pieza

de chantaje: «ahora ya tienen democracia política, no insistan en reclamar lo demás, porque los gobiernos dictatoriales pueden volver y poner orden en el país...» Signo elocuente de estos tiempos, la propia socialdemocracia ha sido trasladada a América Latina sin su contenido social, y su modelo económico poco se diferencia, entre nosotros, del modelo neoliberal.

XII

¿Cuadro exageradamente pesimista de la situación? Pienso que no. Lo que pasa es que la izquierda no puede autoengañarse; no debe perder la lucidez. En América Latina, desafortunadamente, la década de los 80 no fue solamente «*el decenio perdido para la izquierda*». Esta no supo detectar a tiempo el obvio proceso de derechización de Occidente y prepararse para luchar contra él; tampoco consiguió ver que tras la fraseología democratizante de Estados Unidos y sus más próximos aliados, se ocultaban el antitercermundismo, el racismo, y, en general, un proyecto de reconstrucción imperialista de todo el orden internacional. En fin, la izquierda de este lado del mundo no percibió a tiempo los límites de nuestras propias democracias subdesarrolladas, y consiguientemente no buscó la manera de profundizarlas, confiriéndoles un contenido social (parecería haber asumido, más bien, la consigna neoderechista de democracia «sin adjetivos»). El desarme ideológico fue muy grande. En diciembre de 1989, cuando Panamá fue invadido, las protestas (de masas y de las otras) fueron realmente mínimas; era como si la noción misma de dignidad y soberanía continentales hubiera desaparecido de la conciencia latinoamericana.

Nos espera, por eso, un largo camino por recorrer en dirección de la reconstrucción de una nueva conciencia de izquierda, nacional y continental, con miras a la unidad de América Latina y a su rescate histórico. La creación de amplios frentes antiimperialistas es como nunca necesaria, puesto que la gran superpotencia intenta apoderarse de la totalidad del planeta, por cualquier medio y a cualquier precio. Como necesario es reelaborar un proyecto propio de socie-

dad y de cultura, de *identidad*, no para aislarnos del resto del mundo, sino para incorporarnos *activamente* a él, como sujetos históricos de verdad; y no para dar las espaldas a la modernidad, sino para definir el perfil de la que nosotros queremos, de acuerdo con nuestro proyecto y nuestros intereses.

El Tercer Mundo y el fin del socialismo

Roberto García

Hay poca duda de que el proceso de disolución del socialismo europeo es irreversible. En la RDA, Polonia, Hungría y Rumania el poder *de facto* ya ha escapado de las manos del partido comunista y ni al precio de una guerra civil éste podría volver a recuperarlo.

Aún en la URSS, el único país europeo donde el socialismo nació de una revolución popular, es difícil ver cómo podrían detenerse las dinámicas centrífugas nacionalistas y pro-burguesas. Y es de dudar que los proyectos de los demás países socialistas sean viables sin el circuito económico del anterior Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME).

Paradigmas de dominación

El *roll back* del socialismo a escala europea (por ahora) viene acompañado por la creciente hegemonía político-cultural del capitalismo occidental, plasmada básicamente en el paradigma economía mixta-democracia parlamentaria-sociedad pluralista. El avance de este paradigma, junto con la

omnipotente ideología del consumismo y, a nivel intelectual, las trivialidades reaccionarias de los «nuevos filósofos», los «pos-modernistas» etc., ha llevado a una re-subjetivización de los procesos mundiales que imposibilita su comprensión adecuada.

La creciente hegemonía de las *Weltanschauungen* (ideologías) de dominación metropolitanas está atrofiando y sustituyendo uno de los más grandes avances espirituales de la humanidad: la des-subjetivización de la razón, tal como fue lograda en los grandes sistemas de la historia universal del siglo XIX. Sustituir estas magnas ontologías de la realidad histórica, y por ende de la contemporánea, por el pensamiento superficial-positivista de lo inmediato, ha sido una de las principales tareas acometidas por las metrópolis occidentales en la última década. Contrarrestar estas «*Weltanschauungen* de dominación» es, por consiguiente, una de las tareas más importantes de las fuerzas progresistas. De ahí la necesidad de una nueva ontología histórica.

La necesidad de una nueva ontología histórica

Habría diferentes posibilidades de estructurar esta ontología. Podría guiarse por la lógica de la filosofía de la historia universal hegeliana, es decir, la dialéctica entre el sujeto particular y el Estado como proceso de verdadera conciliación entre la libertad subjetiva y lo universal. Asimismo, el principio cognoscente podría derivarse de Marx: la relación entre diferentes sujetos sociales (clases) analizada bajo el criterio de la explotación y dominación (en este orden) y su eventual superación; o, también podría dimanar de Sartre: el hombre como sujeto, praxis, historia no terminada quien desde el punto arquimédico del «nada ideal» pretende trascender el *statu quo*.

Sin embargo, esta nueva ontología histórica ha de asumir como principio político-moral los intereses de los pueblos latinoamericanos (y, por extensión, del Tercer Mundo) y como principio cognoscitivo la «auto-determinación»: la auto-determinación del pueblo-nación frente al sistema mundial impuesto a partir de 1492.

La Génesis revisada

Al terminar el siglo XV había tres grandes fuerzas mundiales comparables en términos de poder: la cristiana-occidental, la islámico-oriental y las potencias de Extremo Oriente. Era posible la autodeterminación «nacional» o regional, basándose cada potencia en su propio modo de producción y forma de gobierno.

Esta situación cambia cuando las potencias coloniales europeas conquistan América y África, constituyen el mercado mundial y realizan la transición del feudalismo hacia el capitalismo. La correlación de fuerzas se inclina decisivamente hacia las metrópolis europeas, las cuales aprovechan la coyuntura para imponer un nuevo orden mundial dominado por ellas. Este nuevo orden ya no es policéntrico, sino monocéntrico. La fuerza «gravitacional» radica en Europa.

Continentes enteros (África y América) e inmensos territorios asiáticos (la India, Indonesia) se vuelven colonias cuyo «destino manifiesto» consiste en enriquecer a las élites coloniales europeas. Las fuerzas que controlan este sistema internacional no renuncian a obligar al 80 por ciento de la especie humana a trabajar para ellas, y para justificar ese hecho bárbaro excluyen a esa enorme proporción de la humanidad: convierten a africanos, americanos y asiáticos en seres infrahumanos denominados «negros», «indios», «kulis» e «indígenas».

Así nacen el Primer Mundo y el Tercer Mundo. El derecho a la autodeterminación de los pueblos y sus derechos humanos son pisoteados por los europeos: se vuelven inexistentes. Al mismo tiempo, las vías de evolución social de la especie humana se reducen a una sola: el capitalismo. Sociedades y naciones que no se adaptan a este nuevo modo socioeconómico —vastamente superior en su capacidad tanto productiva como destructiva a todos los anteriores— están condenadas a desaparecer o volverse dependientes. Las posibilidades de formas de desarrollo no-capitalistas (por ejemplo, feudales o esclavistas) se cierran.

La primera gran crisis de este sistema internacional de explotación y dominación impuesto por las élites coloniales europeas se produce en América Latina: con las guerras de Independencia. Sin embargo, la libertad que se gana en 1825

es básicamente formal. El sistema internacional se adapta. Permite la independencia política formal, cambian las metrópolis de turno, pero el hecho mismo de la expoliación económica y del control cultural-político se perpetúa mediante nuevas formas y relaciones de dependencia neocoloniales.

Cuando los pueblos y gobiernos americanos tratan de substanciar su derecho de autodeterminación formal, las potencias europeas y Estados Unidos los reprimen militarmente —como en tiempos de la colonia—. Decenas de invasiones militares en nuestra América durante el siglo XIX atestiguan que para los dueños del sistema internacional, la independencia y el derecho a la autodeterminación de nuestros pueblos no valen más que el papel sobre el cual están escritos. Todos los intentos son sofocados a sangre y fuego, siendo quizás el ejemplo más trágico —por destruir el proyecto más exitoso de desarrollo autóctono— la Guerra del Paraguay.

El reino de los quinientos años

El sistema internacional, el *Reino de los quinientos años*, se mantiene estable hasta 1917. Pero la revolución rusa le presenta un doble problema: por primera vez desde 1492 se concreta en la historia un proyecto alternativo de desarrollo para los pueblos. La reducción monolítica de las vías de desarrollo de la especie humana se supera, la historia se vuelve plural.

Asimismo, la revolución rusa desata una ola de pensamiento, sentimiento y actividad anti-colonial que hace temblar al neocolonialismo, particularmente en Asia. Queda debilitado el imperio del Primer Mundo y el socialismo se vuelve esperanza orientadora para miles de millones de seres humanos.

La tercera gran crisis que sacude el sistema se presenta al terminar la segunda guerra mundial y dura hasta fines de los años 60. A semejanza de lo sucedido a finales de la primera guerra mundial, el desafío para el *Reino de los quinientos años* es doble: a) garantizar que las antiguas colonias, al volverse Estados independientes, no salgan de su esfera de influencia, control y explotación y b) «contener» a los pueblos que quieren ejercer su derecho a la autodeterminación, escogiendo ya sea un camino de modernización nacional-bur-

gués, como Jacobo Arbenz en Guatemala, o bien una evolución socialista, como Cuba a partir de 1961.

Mientras que las naciones de la primera categoría se hunden en el abismo del «Tercer Mundo», las de la segunda sufren la embestida militar del imperio. Los gobierno-pueblos que tratan de evolucionar por la vía de modernización nacional-burguesa sucumben todos. Ahí están la Argentina de Perón, el Brasil de Vargas, la Guatemala de Arbenz, la República Dominicana de Bosch, la Indonesia de Sukarno, etc.

Los pueblos-gobiernos que escogen la vía socialista de desarrollo logran defenderse militarmente, pero el precio de defender el derecho al destino propio se vuelve una hipoteca que virtualmente imposibilita la construcción de una sociedad mejor o, como en el caso de Vietnam, la reconstrucción de un país totalmente devastado por el imperio.

Esta política de 1945-1970 llega a su paroxismo en la guerra de Vietnam, donde el *Reino de los quinientos años* sufre la primera derrota real de la posguerra; hecho que merma su capacidad de agresión e intervención en el Tercer Mundo. Es bajo la «protección» de esta derrota profunda que pueblos como el de Nicaragua, Angola, Mozambique, Guinea-Bissao, Granada y, en cierto sentido también, el de Chile con Allende, pueden volver a tratar de ejercer su derecho a la autodeterminación.

Pero a finales de los años 70 comienza a desaparecer el trauma de la derrota en las élites del sistema, y a partir de la década de los 80, los antiguos dueños del planeta avanzan para recuperar el terreno perdido en los 60 y 70. Con Ronald Reagan a la cabeza, la agresión se desata a nivel mundial.

Sobre los países socialistas se cierne el peligro de una guerra nuclear preventiva (*star wars*). Los demás países que no quieren someterse a la lógica del sistema internacional sufren la agresión militar: Nicaragua, Granada, Libia, Argentina, Irán (virtualmente bloqueado por una flota de la OTAN), Panamá, etc.

Las centenares de intervenciones militares del *Reino de los quinientos años* en Nuestra América y en el resto del Tercer Mundo, (así lo muestra la historia de medio milenio), se dirigieron mayoritariamente contra regímenes conservadores, liberales, autócratas, socialdemócratas, pero pocas veces contra regímenes socialistas. Trataron de derribar por igual go-

biernos evolucionarios (Arbenz, Allende) que revolucionarios (Nicaragua), teocráticos (Irán) que seculares (Cuba).

Obviamente podemos descartar que el carácter político particular de un régimen tercermundista es el factor que destaca la invasión militar del Primer Mundo. ¿Cuál es, entonces, la razón de ser de las continuas intervenciones? La respuesta es clara y el récord histórico de los últimos quinientos años la revela: es el intento de nuestros pueblos de auto-determinar su vida. Reclamar el derecho de autodeterminación en Nuestra América es, desde 1492, *a priori* un delito y un *casus belli* para los dueños del sistema internacional de dominación y explotación. Fue a partir de esta fecha trascendental que la gran mayoría de la especie humana perdió la libertad de decidir su propio destino, ya que su destino —tal como fue definido por los vencedores del Primer Mundo— sería en adelante el de enriquecer al Primer Mundo. Así ocurrió en 1492 y así sigue siendo hasta hoy.

¿Consummatum est?

Con la disolución del socialismo europeo el mundo regresa al siglo XVI: las libertades de opción filogenética se reducen a una sola. La especie humana se queda organizada en forma dicotómica (Primer/Tercer Mundo) y jerarquizada, desde las cúpulas del poder mundial hasta el último poblado.

Tal como lo intuyó Orwell en 1984, hay tres «cumbres» dentro de este sistema global dicotomizado y jerarquizado, en el cual actúa la especie *in concreto*: Japón, Estados Unidos y Alemania. *In rigor* pueden distinguirse ya tres esferas de poder en este sistema.

La cabeza del Leviatán la forma el grupo de los Siete, compuesto por las tres potencias mencionadas y, en un segundo nivel, por Inglaterra, Francia, Italia y Canadá. Este grupo, a través de su poder económico, político y militar particular y su control de las instituciones internacionales más poderosas (el Consejo de Seguridad de la ONU, el FMI, el Banco Mundial, la Unesco, etc.), determina hoy en día la vida de todas y cada una de las personas en la tierra. Está sometido a un sólo amo: las leyes de su sistema económico.

La segunda esfera de poder la forman las potencias secundarias del Primer Mundo, como Suecia, Suiza, Noruega, etc.

Las dos esferas juntas abarcan alrededor del 15 por ciento de la humanidad, y son los principales benefactores del sistema internacional existente.

La tercera esfera está constituida por el Tercer Mundo. La mayoría de los ex-países socialistas europeos ingresará con toda seguridad a esta esfera, volviéndose el «patio trasero» de la Comunidad Europea. En efecto, los políticos polacos, por ejemplo, hacen aparecer ante los ojos de su pueblo la visión de una riqueza similar a la de la RFA. Quieren vivir como en las metrópolis. ¿Y quién no quisiera vivir así?

Su falacia está en que confunden el *statu* de una de las metrópolis del imperio con el de un país periférico. Con una deuda externa de 40 mil millones de dólares, su relación con la RFA será como la de México con Estados Unidos. *Quod licet Jovi, non licet bovi*.

En términos generales, la gran demagogia del actual paradigma hegemónico occidental consiste en sugerirle a las masas del Tercer Mundo que mimetizando a las metrópolis del sistema podrían llegar a vivir como la población de aquéllas: el aguila sugiriendo a la gallina que puede ser igual, con tal de sólo imitarla.

La trágica verdad es que el nivel de vida de los países del Primer Mundo es *inalcanzable* para las masas del Tercer Mundo, ya que las riquezas naturales del planeta y sus limitaciones ecológicas hacen imposible la generalización del *standard* de vida primermundista con su corolario de democracia política y cultural. Por ejemplo, Estados Unidos, con tan sólo el 5 por ciento de la población mundial consume el 26 por ciento de toda la energía producida en el mundo. Con esta tasa de consumo, las fuentes energéticas del planeta sólo pueden abastecer a cerca de 950 millones de seres humanos. Sin embargo, la población mundial consta de cinco mil millones y de ahí la necesidad de que exista el «Tercer Mundo».

El sistema internacional impuesto a partir de 1492, que está llegando a su punto de desarrollo máximo con su actual modalidad de capitalismo industrial-cibernético, cambió el plan bíblico de la creación. Descubrió efectivamente un «nuevo mundo», pero no en el sentido de las cínicas celebraciones oficiales del V Centenario, sino en el del *brave new world* de Huxley: que el 15 por ciento de la humanidad podría vivir bien, si lograra poner al resto a trabajar para ellos.

Esto sí se ha logrado. De ahí que haya motivos de sobra para que el 12 de octubre de 1992 se descorchen las botellas de champán en Washington, Bonn, Madrid y Tokio. La batalla de los quinientos años ha terminado. Se cierra con «broche de oro» la hazaña iniciada por el almirante hace quinientos años. Y la filosofía de la historia desciende de las alturas iluminadas del optimismo hegeliano al valle de las lágrimas de Schopenhauer... *¿Consummatum est?*

La crisis del mundo actual y las ciencias sociales en América Latina

Pablo González Casanova

I

Me parece que tenemos que hacer la sociología de los que tienen la razón y no saben cómo expresarla y menos cómo alcanzarla. En las polémicas del día deberíamos redescubrir algunas verdades elementales y a partir de ellas aclarar el debate actual entre el pensamiento neoconservador y lo que queda o lo que va a nacer del marxismo, del pensamiento socialdemócrata, del nacionalismo revolucionario y del leninismo. La lucha ideológica del momento que vivimos tiene un grado de dificultad especial porque no es, como en el pasado inmediato, entre los partidarios de la democracia y los del socialismo. Hoy se diría que todos luchamos por la democracia, y hay neoconservadores que también dicen luchar por el socialismo.

El pensamiento neoconservador tiene como nuevo el haber reafirmado las viejas ideas de Hayek, y de realmente nuevo el atacar al socialismo con argumentos socialistas, e incluso marxistas, mezclados a otros de corte democrático. Estos he-

chos y la crisis de los llamados países socialistas y de las estrategias marxista-leninistas han dado la hegemonía ideológica a un pensamiento que se presenta como científico y técnico, moderno y hasta un poco absoluto, y que en su carácter conservador defiende sus utopías a partir de los intereses creados del capital trasnacional. La confusión de la polémica actual se acrecienta porque la crisis de los países del Este de Europa y de la Unión Soviética coloca a una parte importante de las fuerzas en pugna del lado de la restauración del capitalismo. Muchos defienden la democracia como esencialmente ligada al dominio del mercado monopolístico.

La complejidad del debate obliga a aclarar cuál es la diferencia entre las críticas progresistas y revolucionarias a la socialdemocracia, al populismo, al marxismo-leninismo, y las de los conservadores. ¿Cuál es nuestra diferencia en relación a la democracia? ¿Qué democracia defienden ellos y cuál nosotros? Si algunos dizque elogian al socialismo, ¿de qué socialismo hablan, cómo dicen que hay que luchar por él, con quién y cuándo? ¿Qué posición toman en relación a la explotación, a la guerra contra el Tercer Mundo? Todas éstas y otras precisiones son fundamentales, y se deben hacer a partir de una verdad elemental que es la que quiero destacar y la que aclara las posiciones que tomamos en la pugna ideológica. La verdad es que la explotación de unos hombres por otros no sólo continúa siendo una realidad abrumadora, sino que ha aumentado y tiende a aumentar en sus dos formas principales, la que se impone a los pueblos a base de tributos y la que se impone a los trabajadores a base de reducciones en la masa de salarios directos o indirectos. La explotación, por el servicio de la deuda externa e interna y de los trabajadores por distintos medios que hacen recaer sobre ellos el pago, ha aumentado enormemente en la década de los ochenta y tiende a aumentar en términos proporcionales y absolutos y también en términos geográficos a nivel mundial o global. *Este hecho* es el importante desde el punto de vista de la realidad social y de las ciencias sociales. En la realidad social va a definir las posiciones no solamente en favor de la democracia y en contra de las dictaduras, sino también en favor de un sistema social mundial en que desaparezca la explotación. En tal sentido las polémicas ideológicas sobre la democracia se irán aclarando en la realidad por las organi-

zaciones e ideólogos de los oprimidos y explotados, y darán *necesariamente pie* a proyectos y experiencias muy distintos a los neoconservadores o neoliberales que hoy dominan el panorama político e ideológico.

El hecho es importante también desde el punto de vista del estado actual de las ciencias sociales. Nos coloca en una situación paradójica: al tiempo que el marxismo entra en una especie de declive hegemónico, la explotación aumenta. Es más, al aumentar la explotación tributaria de la deuda externa y recaer sobre las 4/5 o 5/6 partes, sobre todo de los trabajadores de los antiguos países coloniales, pero también de una proporción creciente de los metropolitanos, no solo se da un incremento de la explotación que estudió el marxismo-leninismo, ambos en crisis intelectual orgánica y en crisis de sus estrategias. Lo que quiere decir que el estudio de un fenómeno esencial como la explotación de los trabajadores y de las regiones subdesarrolladas vive la crisis de sus propios marcos teóricos y muchas de sus hipótesis. Y eso no sólo ocurre mientras la explotación aumenta y se extiende, sino cuando ya no se le puede estudiar como en la época clásica, sin incluir en un primer plano un fenómeno que ha cobrado una importancia real y teórica en este siglo que jamás alcanzó en épocas anteriores, me refiero al problema de la democracia, como fin en sí, y también como medio para acabar con las estructuras de la explotación. Ambos problemas —el de la explotación y el de la democracia— son los que le dan a nuestra tarea una originalidad y una creatividad notables, no solo teóricas sino políticas y revolucionarias.

Ese es un punto que quiero destacar: que hoy vivimos bajo la dominación universal de una ideología neoconservadora y neocapitalista que dice no ser ideológica, que se presenta como verdad universal sin alternativa, que se transmite como imagen televisiva de *la crítica a los dogmas del otro, del pobre*, en que el otro, el pobre, no aparece nunca como sometido y explotado, ni los países pobres como dependientes y explotados y en que se habla de una democracia *muy atractiva* en términos abstractos. Lo que quiero destacar también es que la ideología dominante no sólo nos plantea el reto de redescubrir la explotación y sus formas actuales, sino de descubrir la democracia como mediación y como utopía contra la explotación. Pero antes de analizar lo que podríamos

llamar nuestra utopía, quisiera precisar la utopía de los neoconservadores. Porque ellos también tienen su utopía como su corazoncito, y no sólo intereses y eficientismo.

II

El problema al que nos enfrentamos con la utopía neoconservadora es que sus autores han construido una creencia tecnocrática de base científica estructural-funcionalista, y no sólo con la mejor tradición sociológica del control de generalizaciones, o con la de origen cibernético que mejora decisiones con la modelación matemática, sino, también, con la combinación de la rica sociología weberiana sobre el capitalismo, con el análisis histórico-político del más alto nivel al estilo de un Raymond Aaron, o con el análisis político mitológico y muy realista de Brzezinski y la Trilateral.

Tamaño disposición y el poder financiero y transnacional que la apadrina, dan a la creencia en la utopía neoconservadora una gran fuerza como «falsa conciencia». La utopía neoconservadora pasa de los planes de la buena fe a los de la mala, como se pasa de la emoción humanitaria o democrática a la «documentira», y de los sentimientos apenados a las decisiones de tipo terrorista individual o colectivo. Desde una perspectiva epistemológica, la utopía neoconservadora corresponde a hipótesis muy poco confiables y cuya validez como generalización y explicación fácilmente disconfirman los datos empíricos sobre todo en lo que se refiere a la política neoliberal. Desde el punto de vista de la realidad, los neoconservadores registraban hechos tales como el incremento de la pobreza absoluta, o de las desigualdades sociales; pero ni en la interpretación de esos hechos ni en los factores que los determinan, ni en las políticas que dicen van a resolverlos tienen la menor base científica. En particular los técnicos y políticos neoconservadores son muy poco atendibles cuando pretenden respetar los valores de la sociedad moderna, de libertad, igualdad y fraternidad. Alcanzarlos de acuerdo con el modelo económico que impulsan no sólo es improbable. Lo que es más, el modelo neoliberal acentúa los problemas de la falta de libertad para la mayoría insegura de la humanidad, aumenta la presencia de ejércitos y policías terroristas que hacen la guerra contra los miserables del Ter-

cer Mundo, como lo prueban todas las estadísticas en la materia, muchas de ellas por cierto publicadas por las mismas corporaciones del pensamiento neoconservador que no se reconocen para nada en la relación que existe entre las políticas que preconizan y los hechos que producen. El abobamiento causal es dogma y utopía.

Enunciar las proposiciones principales de la utopía neoconservadora es muy importante para nuestra propia investigación sobre las nuevas hipótesis del pensamiento progresista y revolucionario. La primera proposición de la utopía neoconservadora es que se asiste al fin de la historia en el sentido de que el capitalismo trasnacional va a dominar por siglos y siglos, sin ningún problema realmente grave, y sin alternativa. Es falsa. La segunda proposición de la utopía neoconservadora es que la deuda externa y la creciente transferencia del excedente de Africa, Asia y América Latina a los países industrializados no constituye una explotación de los países periféricos y de los trabajadores y pueblos de esos países. Es falsa. La tercera proposición de la utopía neoconservadora es que las libres fuerzas del mercado van a resolver de manera natural los problemas económicos y sociales de la humanidad. Es falsa. La cuarta proposición utópica neoconservadora es que todas las conquistas patrióticas y revolucionarias de los trabajadores y los pueblos para que el Estado colabore en la solución de los problemas nacionales y los problemas sociales deben ser eliminadas y que el mercado resolverá los problemas de pueblos y trabajadores. Es falsa. La quinta proposición es que la anexión de territorios y naciones a las grandes potencias —como de Puerto Rico y México, Ecuador y Panamá— a Estados Unidos va a ser beneficiosa para Estados Unidos, Puerto Rico, México, Ecuador y Panamá. Es falsa. La sexta proposición es que planes como el Brady o el Baker van a disminuir la deuda externa. Es falsa. La séptima, es que la caridad trasnacional organizada por el Banco Mundial y los gobiernos endeudados van a disminuir la extrema pobreza. Es falsa. Como dijo un personaje de Dostoievski, la caridad aumenta a los pobres, no los disminuye. La octava proposición es que la modernización trasnacional va a beneficiar a nuestros países y a nuestras juventudes en una nueva civilización universal. Es enteramente falsa. (Esto no lo digo porque las otras no sean también enteramente falsas, sino para rom-

per la monotonía). La novena proposición es que la desnacionalización y la privatización del Estado van a hacer efectiva la llamada «soberanía del consumidor», proposición utópica que por cierto es muy popular en las masas que luchan por la libertad y el consumo en el Este de Europa y la Unión Soviética. Pero todos sabemos que la publicidad es la soberana de la sociedad de consumo y no el pobre consumidor, todos los que no vivimos en el Este de Europa y en la Unión Soviética. La décima esperanza utópica neoconservadora y neoliberal es que la «democracia limitada» de la Trilateral va a ser la mediación eficaz para que los pueblos sean libres y felices. Es falsa. La undécima, o decima primera, esperanza conservadora es que una vez terminada la guerra fría entre la URSS y las grandes potencias occidentales, unas y otras se unirán para imponer el orden mundial, sin más choques que los diplomáticos, y sin bloques que se enfrenten entre sí para dominar el mundo. Es falsa y de ello dan testimonio las nuevas teorías sobre la llamada estrategia de proyectos globales. La duodécima proposición es que, dado «el fin de las ideologías» la lucha contra los inconformes es una lucha contra delincuentes o «deviant» que pueden ser narcotraficantes enemigos y terroristas de la sociedad, a los que habrá de combatirse con intervenciones policiales y militares, con presidentes colaboracionistas, con dictadores amigos, y hasta con un terrorismo de Estado que se conoce como «guerra de baja intensidad» que ataca en el terreno económico, psicológico, político y militar y que es altamente eficaz. Esta última forma de razonamiento no debilita la utopía: la defiende con inteligencia y energía.

Tal vez para un buen perfil de la utopía neoconservadora habría que añadir algunas proposiciones más, y elementos de la antigua y nueva retórica que no son desdeñables. Baste aquí decir que la falsedad de esta utopía se puede probar con todas las evidencias habidas y por haber estadísticas, históricas y sociológicas, atendiendo los más altos niveles de rigor y de información científica. También están probando –y en carne propia– esa falsedad de la utopía neoconservadora millones de hombres del Sur del Mundo, del propio occidente y ahora también del Este. La reciedumbre de la utopía neoconservadora es sin embargo notable si se advierte que muchos de los que se comprometen con ella creen efectivamente que

los ricos y los países ricos van a resolver los problemas de los pobres y el mundo. Esa creencia, esa fe los hace privatizar y desnacionalizar cuantas empresas y propiedades estatales existen, incluso las de la defensa nacional y social.

La innegable crisis del pensamiento socialdemócrata y socialista fortalece las creencias neoconservadoras, las hace invulnerables a cualquier autocrítica, e imposible pensar que quienes las sostienen, por su fe o sus intereses, cambien de rumbo. Los que sí están cambiando de rumbo son muchos dirigentes y teóricos del socialismo autoritario, del nacionalismo aburguesado y populista y del socialismo que colabora con el neocolonialismo y neocapitalismo: hoy clausuran proyectos o ideales largamente abandonados.

III

En tan difícil situación surge también una nueva ideología y una nueva utopía de las fuerzas progresistas y revolucionarias, a la vez democráticas y socialistas, partidarias de la liberación del Tercer Mundo y de la democracia, «así, entre los individuos como entre las naciones...». A ellas me quiero referir en tanto nos plantean los nuevos problemas de las ciencias sociales y de la investigación de «esta América», como decía Morelos o de «Nuestra América» como decía Martí. Pero sigo sintiendo esa necesidad que todos sentimos de plantear los problemas a nivel mundial, como latinoamericanos, y al de nuestra conciencia, como individuos.

Lo primero que tenemos que enfrentar es la retórica de la nueva *propaganda fide* neoconservadora y sus sistemas de evaluación del pensamiento. A los fenómenos de «seducción ideológica» de que habla Günter Grass se añade un sistema de premios y castigos que es parte de la lucha y no es nuevo; pero que resulta más eficiente por la crisis de algunos de nuestros grandes proyectos y por las ambigüedades conceptuales de la nueva polémica sobre la democracia. Nosotros tenemos que precisar nuestros proyectos históricos de democracia como poder de la mayoría. Tenemos que hacer un esfuerzo por precisar nuestros proyectos de democracia como pluralismo religioso e ideológico, como equilibrio de poderes, como respeto de autonomías y como predominio de la

representación electoral de la mayoría en la toma de decisiones sobre economía, deuda externa, privatización, desnacionalización, libre comercio, ingresos y gastos públicos, zonas de libre comercio o articulación con Estados Unidos, salarios directos e indirectos a exportadores, banqueros y especuladores, o sobre educación de alta calidad para unos cuantos o para la mayoría. Es decir, nosotros tenemos que precisar que nuestro proyecto democrático es parte de la lucha contra la explotación como tributo a través del servicio de la deuda externa, y que nuestro proyecto de modernización no cree en la utopía de que un mundo dominado por los monopolios privados vaya a resolver los problemas de la humanidad y menos la recuperación de los niveles de vida de la mayoría. Tenemos que precisar que nuestra lucha por la democracia con poder del pueblo supone también el control del mercado por las fuerzas de la mayoría, y la toma de decisiones, en última instancia, por la mayoría soberana. Si ese proyecto plantea soluciones inexploradas sobre el papel de los especialistas en sociedades complejas y democráticas, debemos estudiar cómo resolvemos esos problemas sin caer ni en una democracia oligárquico-tecnocrática, ni en una «democracia-colonial», ni en una democracia transnacionalizada en que dominan pequeños grupos, como el de «los trescientos» a que se refirió el banquero mexicano Legorreta. Tenemos que precisar el proyecto histórico de una democracia sin marginales, de una democracia en que las elecciones no se hagan después de una guerra como la de la «contra» en Nicaragua, una guerra apoyada por la gran potencia que se dice democrática, o con «escuadrones de la muerte» en el Salvador, o con «aldeas modelo» como en Guatemala, o con candidatos a los que elige el pueblo para que no apliquen la política neoliberal y cuando ganan la aplican dictatorialmente como Fujimori en Perú, o como cantidades manifiestas de trampas micro y macropolíticas como en México, o con los candidatos de la oposición asesinados como en Colombia, o con cambios de regímenes militares a regímenes civiles en que éstos siguen las mismas políticas monetaristas que enriquecen a los ricos y empobrecen a los pobres como en los países del Cono Sur. Tenemos que precisar cómo alcanzar el proyecto histórico de una democracia sin economía subterránea de cocaína y órganos vitales, y de niños en venta y de destrucción de la natura-

leza. Tenemos que precisar cómo es un proyecto de democracia sin deterioro creciente de la educación, de la salud, de la vivienda, de las fuentes de trabajo. Tenemos que ver en qué consiste esa dizque democracia de quienes se suman al asedio contra Cuba de acuerdo con el Imperio y sus aviones que en picada violan el espacio aéreo de La Habana, tras treinta años en que la potencia más grande del mundo no cesa de atacar a un gobierno apoyado por su pueblo, que se atreven a llamar dictatorial o tiránico con un descaro de vendidos a la *National Endowment for Democracy*, o de pícaros pomposos a los que Dios les dio con el libre arbitrio de ser sinvergüenzas, talentos naturales que debemos reconocer. En ese sentido, tenemos que precisar los problemas de la argumentación que ignoran el dolor que expresa Eduardo Galeano, o las pruebas irrefutables del terrorismo de Estado yanqui que desde el MIT presenta el científico Noam Chomsky; o las denuncias fundadas de grandes poetas, escritores y periodistas como Luis Cardoza y Aragón, Carlos Fuentes, Gabriel García Márquez, Mario Benedetti, Gregorio Selser y Carlos Martínez Gutiérrez, entre muchos más.

No quiero extenderme demasiado. El problema central de las ciencias sociales hoy es que tras la vieja crisis de la socialdemocracia europea como proyecto de justicia social y de democracia universal, tras la más reciente del nacionalismo revolucionario como proyecto de liberación de los pueblos de origen colonial, vivimos hoy la crisis del marxismo-leninismo como estrategia simultánea de lucha por la liberación tanto de las naciones como de las clases oprimidas. Y esta última crisis es la que a mi entender abre *la nueva etapa de la historia*, y de nuestras tareas y compromisos históricos en ciencias sociales. Dentro de ellos quiero destacar tres que parecen fundamentales:

1.º Cómo conservar y democratizar el Estado y la sociedad *en todos los órdenes de la vida* allí donde los pueblos tienen los aparatos del poder o una cuota de los mismos, como en Cuba o Nicaragua y cómo buscar la máxima solidaridad con ellos frente a la ofensiva imperialista que pretende aniquilarlos.

2.º Cómo luchar por un orden jurídico mundial en que las leyes también se apliquen a las grandes potencias, y que con la retirada de todas las tropas iraquíes de Kuwait, de acuerdo

con la resolución del Consejo Ejecutivo de Naciones Unidas del 2 de agosto de 1990, (cito a Ben Bella y a Roger Garaudy), exija la retirada de las tropas de ocupación de Jordania, de Gaza y del Golán, (Resolución unánime del Consejo Ejecutivo número 267 del 2 de julio de 1969); haga efectiva la interdicción de las colonias israelíes implantadas en los territorios ocupados (Resolución del 20 de julio de 1979 y Resolución 465 del Consejo de Seguridad); lleve a la práctica la resolución 1514 de descolonización, en todas sus formas y manifestaciones; practique la recomendación de la Comisión de Descolonización de la ONU ratificada año tras año desde 1972 en el sentido de que Puerto Rico debe obtener lo antes posible la independencia, y, en fin, se ocupe de legislar en igual sentido para la desocupación militar y político-colonial de la República de Panamá, por citar solo algunos de los casos *críticos* que amerita la puesta en práctica del orden jurídico mundial o su ampliación universal donde existen graves ausencias hasta de forma como ocurre con el Panamá hoy ocupado. Luchar por el proyecto histórico de la legalidad mundial con la hipótesis de que es una utopía necesaria para la supervivencia, y probar o desconfirmar la hipótesis rigurosamente por todos los medios a nuestro alcance es una tarea científica de primer orden, que no descarta la necesidad de construir los escenarios en trópicos alternativos.

3º. En tercer lugar se plantea una nueva lucha de gran magnitud que sucede a la de «el socialismo como un fenómeno nacional-popular» de que habla Samir Amin. Si es cierto que continúan y van a continuar —como en El Salvador— los proyectos históricos, populares y democráticos de toma del poder del Estado Nación, y que ameritan el apoyo —hoy reducido— de las fuerzas progresistas y revolucionarias, es evidente también que a los setenta años de la Revolución de Octubre, Mijail Gorbachov y todo lo que él representa, optaron por una estrategia de lucha *completamente* distinta de las que diseñara la corriente Leninista. Cuando en su discurso conmemorativo de 1917 Gorbachov formuló varias preguntas sobre el imperialismo y el capitalismo, y sobre la posibilidad de que uno y otro no nos lleven a la guerra, se liberen del militarismo, dejen de ser neocolonialistas, se limiten a «la confrontación honesta de los valores espirituales» y no arrasren al mundo a una catástrofe, desde que hizo esas preguntas

y él mismo contestó textualmente que «la vida decidirá» se abrió una historia desconocida y nueva en que parece que las luchas emergentes por la igualdad y la libertad se van a juntar con algunas de las antiguas del socialismo clásico, o del leninista, pero sin el eurocentrismo de aquéllas y sin el autoritarismo de éstas, en un proyecto histórico inédito, global o ecuménico, variado y único, universal, que va a plantear problemas muy serios a las ciencias sociales; en que las ciencias sociales tendrán que serlo para multitudes pensantes, para democracias de millones. Ese proyecto histórico de una democracia universal será nuestra utopía con la junta de socialdemocracia, nacionalismo revolucionario, marxismo clásico y de soviets, todos usando y controlando a sus administradores, especialistas y técnicos como ciudadanos, y también como enterados o expertos. El proyecto no es nada más un sueño salido de las aulas con estudiantes despiertos y profesores encantados, o tramado por intelectuales ilusos que gozan del «inmenso placer de olvidarse de sí mismos», a que se refirió el Che Guevara. Parece que sale también de los condenados de la tierra de que habló Fanón, y de los pobres de la tierra con los que echó su suerte Martí. Y para esas luchas multitudinarias y pensantes, con muchedumbres críticas de connotación inesperada, que en la democracia lucharán contra la reconquista silenciada, por la preservación de los recursos naturales y la defensa de nuestras conquistas sociales, del consumo de bienes elementales como el pan o la tortilla, por nuestra autonomía de naciones y nuestra soberanía, o por la supervivencia de la tierra, para esas luchas se necesitará transformar la utopía en proyecto histórico real, la demagogia en vida que se iguala con el pensamiento, y la retórica en un recurso del conocimiento de lo que se crea. No sé si me explico bien; la investigación en ciencias sociales de América Latina —a fines del siglo XX— entrañaba problemas ideológicos y utópicos distintos, problemas de hipótesis y también de experiencias que no se pueden traer con descuido intelectual del pasado, sin ver en ellos lo nuevo que nace y el nuevo modo de nacer, la creación, original en lo que crea y como crea. El problema amerita muchos quebraderos de cabeza y exige de nosotros un triple abordaje que yo entreví hace poco en una conferencia de Tomás Borge sobre «América Latina como mito y realidad». En ella el poeta comandante alternó tres recursos: el

texto de la comprensión de la pobreza y de la política de los pobres, la escritura que expresa el dolor de los pueblos y sus esperanzas de felicidad, y el discurso de la voluntad de lucha que permite entender al mundo para transformarlo.

Nuestra tarea en ciencias sociales parece inmensa en busca de la alternativa y de la esperanza. Yo creo que podemos estudiar científicamente las utopías, no sólo como Manheim en relación a las ideologías, sino como proyectos estratégicos en relación a las experiencias.

Los intelectuales y la emancipación de las Américas

James Petras

Introducción

Existe un mito que emana de varias fuentes, de que los intelectuales representan un tipo de inteligencia crítica y aún revolucionaria, marginal al sistema de propiedad y por lo tanto es un «antagonista natural». Frecuentemente blanco de diatribas, en el pasado de terratenientes clericales y hoy en día provenientes del mundo de los negocios y los medios de comunicación del «norte», los intelectuales se han identificado a sí mismos en muchos casos como los portadores de causas populares progresistas de acuerdo a sus propias interpretaciones e ideologías. De hecho, el término «intelectual», por lo menos en Latinoamérica se asoció con el «ala izquierda» —y frecuentemente ideólogos de derecha (Vargas Llosa, Octavio Paz) al calor de la polémica, adoptaron posturas «anti-intelectuales», culpándolas de todos los males de la sociedad desde las empresas estatales mal administradas a regímenes autoritarios y el descrédito del capitalismo—.

Ni los polemistas de derecha, ni la propia imagen de

muchos intelectuales concuerdan con la experiencia histórica: el intelectual como portador de tradiciones revolucionarias es en gran parte un mito de las imaginaciones calenturientas de los extremistas conservadores. En cualquier caso, las relaciones históricas de los intelectuales con las grandes transformaciones en Latinoamérica revelan una *herencia ambigua*: desde la lucha de independencia hasta la actualidad, encontramos intelectuales distribuidos a través del espectro político, más a menudo en el campo conservador. Aún más, su identidad en el movimiento «revolucionario» revela otra ambigüedad, una doble lealtad: sus corazones están con el interior (con las luchas populares) mientras que sus mentes —e ideologías— están formadas por la experiencia europea y estadounidense.

La doble ambigüedad de los intelectuales, sus lazos horizontales con la propiedad —a pesar de carecer de ella— y su integración en las redes ideológicas internacionales, aún cuando participan activamente en las luchas populares, son un indicio de los *patrones contradictorios del compromiso político y de los cambios históricos en las alianzas políticas*.

Atrapados en el estira y afloja entre intereses de propiedad y luchas populares, entre las atracciones de conexiones internacionales y compromisos locales, los intelectuales han cambiado sus orientaciones ideológicas de un período histórico a otro, dependiendo de la correlación de fuerzas externas, así como de la calidad del liderazgo moral y político al interior de la clase intelectual.

El poder y las atracciones del poder, el ascenso y descenso de las clases dirigentes o movimientos populares son un determinante importante de las orientaciones intelectuales. El ascenso de movimientos de masas ciertamente influyó a muchos intelectuales a virar hacia la izquierda durante los años 60. De igual manera, los triunfos militares de los regímenes neo-liberales de los años 70 sentaron las bases para el giro de los intelectuales a la derecha, hacia la democracia liberal de los años 80. En muchos casos, los ideólogos de izquierda y las guerrillas de los 60 se convirtieron en los ministros y funcionarios públicos de los regímenes neo-liberales de los años 80 y 90.

Para comprender el papel potencial de los intelectuales en la emancipación de las Américas hoy en día, este ensayo

examinará brevemente la herencia ambigua de los siglos diecinueve y veinte, localizando los papeles contradictorios en diferentes contextos históricos y concluirá con una discusión sobre la función de una «minoría comprometida» en las luchas presentes y futuras.

La Herencia Ambigua

El primer lugar para eliminar el mito de la *intelligentsia* revolucionaria es la lucha de independencia, donde un sector importante de las clases educadas, bajo la tutela de la iglesia se alió al imperio. Los pocos sacerdotes y maestros que se pusieron del lado de las fuerzas revolucionarias independentistas eran la excepción a la regla.

Aún en el campo revolucionario, la división entre liberales y conservadores fue encubierta por su oposición común a cualquier expresión de poder popular organizada autónomamente. Entre la jerarquía paternalista de los intelectuales conservadores y los discursos libertarios de mercado libre de los liberales, las luchas de la gran mayoría de gente indígena contaba con pocos aliados dentro de la clase intelectual dispuestos a defender la integridad de sus comunidades. La libertad universal proclamada por los liberales significaba en la práctica, la libertad de enajenar tierra de los indios y de la iglesia, iniciando así un nuevo ciclo de gobierno autoritario, enclavado en las plantaciones de exportación relacionadas al mercado mundial. La libertad de la autoridad tradicional, predicada por los intelectuales liberales se convirtió en la base para imponer la tiranía de los terratenientes propietarios sobre los indios sin tierras y los pequeños propietarios. Esta revolución liberal dio lugar a esas perversiones del lenguaje que son cosa común en el siglo XX: la gente fue forzada a ser libre.

La filosofía de la Ilustración, transportada por los intelectuales liberales a las Américas e insertada en un contexto de apropiación al mayoreo de las tierras comunales, se convirtió en la base para el control elitista autoritario de la propiedad, el trabajo y los procesos electorales.

El proceso de cambio político e intelectual en Latinoamérica en los siglos XIX y XX no puede ser entendido como un proceso de desarrollo lineal hacia el apoderamiento popular,

sino como un proceso clínico, la circulación de las élites (tan bien descrita por Roberto Michels), alterada en momentos excepcionales cuando las clases populares entran en escena y desplazan, no sólo a los aliados clericales y militares conservadores, sino que no muestran ningún respeto a sus antagonistas intelectuales liberales, enviándolos también a empacar muy a su pesar y disgusto.

La historia intelectual latinoamericana ha estado dominada por variantes de lucha e ideologías liberal-conservadora: científicos retando a mandarines clericales al servicio (conscientemente en mayor o menor grado) de diferentes fracciones de las clases dominantes. Más allá de estos polos, la élite intelectual define las propuestas alternativas como «utopía», «anarquía», «caos», mientras que describe las suyas como «realistas», «pragmáticas», hasta que la crisis y levantamiento siguiente definan una nueva realidad.

A lo largo del siglo XIX, pequeños grupos de intelectuales, muchos de ellos auto-didactas, formaron «sociedades de iguales», promovieron la educación popular y foros públicos sobre la «cuestión social», así como sobre temas más amplios de filosofía e historia. Excluidos de la iglesia, universidades y publicaciones y periódicos respetables, marginados de las batallas electorales importantes de los partidos históricos de las élites contendientes, ayudaron, en el exilio y en casa, a establecer las tradiciones e instituciones que serían portadoras de ideas populares democráticas, nacionalistas y socialistas.

El Siglo XX: Contradicciones de los intelectuales progresistas

El incremento en los movimientos populares, crisis económicas mundiales en una creciente sociedad urbanizada, semi-industrializada, sirvieron como el trasfondo para la formación de una nueva hegemonía intelectual, que combinaba elementos de liberalismo y radicalismo del siglo XX. Esta mezcla de liberalismo y radicalismo a la que me referiré como progresivismo, tiene en sus formulaciones ambiguas y «elásticas» inclinaciones en varias direcciones, dependiendo de desarrollos políticos fuera del ámbito de la política intelectual. Sin embargo, el punto que se debe enfatizar es que los «intelec-

tuales progresistas» continúan siendo hasta la actualidad el mayor símbolo de la clase intelectual. La ambigüedad de los intelectuales progresistas dominantes se encuentra en los diversos componentes que conforman su equipaje ideológico y en aquellos elementos que están excluidos de él. Las «dos caras» de los intelectuales progresistas son reflejo de su situación de clase —preponderantemente de la clase media— particularmente el estrato profesional. Los progresistas combinaron las posiciones dictatoriales anti-oligárquicas, nacionalistas y anti-militares de los radicales y las posiciones revolucionarias elitista, anti-igualitaria, anti-social de los liberales del siglo XIX.

A lo largo del siglo XX la *intelligentsia* progresista ha sido alternadamente «revolucionaria» o «contrarrevolucionaria», dependiendo del alcance y profundidad de la lucha revolucionaria. La manifestación masiva inicial de la «faceta revolucionaria» de los intelectuales progresistas se encuentra en el movimiento reformistas universitario de todo el continente, que se inició en Córdoba, Argentina, en la segunda década del siglo XX y continuó a lo largo del resto del siglo en las luchas contra los regimenes militares pro-imperialistas de la región (Gómez, Odria, Jiménez, Batista, Uriburu, Pinochet, etc.). Los intelectuales progresistas estaban unidos entre sí y con el movimiento popular mientras que las luchas buscaban limitar el alcance del poder de las élites agro-mineras, terminar las concesiones extranjeras y abrir canales legales para la clase política electoral.

Sin embargo, cuando el proceso revolucionario fue más allá de cambios políticos legales y cuestionó a las élites agro-mineras, infringiendo en el poder, prestigio y prerrogativas de las clases medias, surgieron serios conflictos en el interior de la clase intelectual y se dieron profundos rompimientos con el movimiento popular. Fue cuando las revoluciones políticas se convirtieron en sociales, cuando importantes medidas socio-económicas igualitarias reemplazaron conceptos legalistas liberales de «igualdad de oportunidades», cuando las rupturas con el imperialismo reemplazaron los parlamentos electorales dominados por las clases electorales profesionales, que la mayoría de los intelectuales progresistas desertaron o cuanto mucho permanecieron como espectadores críticos pasivos, esperando a que el proceso se revirtiera.

Los levantamientos revolucionarios en El Salvador en 1933; Nicaragua bajo Sandino; el movimiento zapatista y el período cardenista en México; el primer régimen peronista en Argentina; la revolución boliviana de 1952; y particularmente la revolución cubana y el régimen de Allende en Chile, presenciaron la divergencia de la mayoría de los intelectuales progresistas con la lucha popular revolucionaria. La salida de los intelectuales progresistas de Cuba es resultado de la «traición» de su revolución —una revolución de los obreros y campesinos, bajo la hegemonía de las clases profesionales democráticas liberales.

Los intereses compartidos de intelectuales y clases populares en desplazar a los regímenes oligarcas corruptos de derecha cedió el paso, en el período subsecuente, a la división sobre el significado de «emancipación». Para los intelectuales progresistas la práctica liberal del siglo XIX de «circulación de las élites» llegó a ser la regla: las élites militares oligarcas serían reemplazadas por las élites electorales de profesionales «progresistas», y los movimientos populares, inmovilizados y reemplazados por el orden político dominado por la nueva clase media. Los intelectuales progresistas, una vez agotado su radicalismo al reemplazar al régimen político autoritario, se apresuraron a acomodarse a los grupos terratenientes existentes, a los inversionistas extranjeros y sus patrones hegemónicos y a la jerarquía militar democrática. Y es ahí donde se ha dado la ruptura: Los movimientos populares buscaban institucionalizar su poder a través de consejos populares, milicias y extender la revolución, infringiendo en los límites de la propiedad privada o por lo menos en los de sus componentes extranjeros.

En esta polarización entre intelectuales progresistas y fuerzas revolucionarias populares, una minoría de intelectuales progresistas permaneció firme, rompió con su medio y proveyó de liderazgo político a los procesos de transformación.

Anomalia histórica: los 60 y el intelectual revolucionario

Muchos de nosotros, que alcanzamos la madurez política en los años 60 y fuimos parte de las luchas políticas revolucionarias dábamos por seguro que los intelectuales eran parte

de la vanguardia revolucionaria. Compramos el mito: carentes de una perspectiva histórica más amplia, inmersos en nuestro grupo generacional, no nos dimos cuenta, que aquello que percibíamos como una norma política era en verdad una anomalía histórica. La revuelta de los intelectuales en los años 60 fue un fenómeno mundial –desde Tokio a París, de Berkeley a Praga, pero particularmente en Latinoamérica– intelectuales y estudiantes respondieron al reto de la revolución tanto en la práctica como en la teoría, desde la acción guerrillera a la inmersión en la lucha popular, en las aulas y en las calles, en escritos y en discursos públicos. Ni antes ni después ha presenciado el mundo un mayor compromiso de los intelectuales con las luchas populares, ni ha habido tantos intercambios y polémicas intelectuales públicas, ni un cuestionamiento de tantos a los privilegios de las vacas sagradas de la sociedad «institucional», del sistema electoral elitista, de las teologías consagradas, de las relaciones cívico-militares, de las formas de propiedad, de las relaciones del mercado mundial, de las relaciones entre partido, estado y sociedad civil, del nacionalismo y socialismo y particularmente del papel y responsabilidad del intelectual en el proceso revolucionario en marcha. Algunos de los debates eran más polémicos que fundamentados en análisis sistemáticos, había corrientes sectariales y dogmáticas, pero más que nada, existía un reto a las prácticas institucionales y abundaban los intercambios libres y la búsqueda constante por relacionar la teoría con la práctica, por puentear la brecha entre intelectual y militante, entre investigación y aplicación. Si en algunos casos el nuevo pensamiento se inclinaba demasiado en una dirección (activismo) en detrimento de otra (trabajo científico), muchos de los movimientos, a través del intercambio abierto fueron capaces de corregir por sí mismos los excesos. La visión pragmática estrecha que caracterizó la práctica intelectual progresista antes de los años 60 fue reemplazada por retos audaces e imaginativos a los centros de poder existentes: lo impensable e imposible se hacía. La revolución cubana a 60 millas escasas de Estados Unidos era un emblema de los tiempos. En los años 50, al igual que a finales de los años 80, los intelectuales progresistas arrollados por el poder de los centros imperiales se oponían a las revoluciones en pequeñas (o grandes) sociedades periféricas –y sin embargo, éstas suce-

dían, sobrevivían y contraatacaban—. La gran división entre intelectuales progresistas en los años 60, al igual que en la actualidad, era entre esos «pragmatistas» que materializan el poder existente y esos que lo ven dependiente de luchas y relaciones cambiantes.

La «anomalía de los 60», que comprometió a intelectuales revolucionarios, reflejó varios factores, principalmente el surgimiento de movimientos autónomos de masas y su creciente poder y capacidad de sostener una lucha de clases contra el imperialismo y la clase capitalista local. Segundo, la nueva burguesía ascendente era capaz de controlar el estado, pero incapaz de establecer su hegemonía sobre la sociedad civil. Tercero, las luchas anti-dictatoriales de los años 50 abrieron espacio político en el contexto de expansión económica y polarización social, proveyendo a los intelectuales con un electorado radical y oportunidades de expresión política. Más fundamental aún, la ruptura posterior de los sistemas electorales y la primera ronda de regímenes militares asociados con el capital extranjero dio gran credibilidad a la crítica de Castro de la democracia burguesa y sus limitaciones, dentro del liderazgo del estrato intelectual. Finalmente, convergiendo con estos cambios «externos», se dieron cambios substantivos dentro del medio intelectual que fortalecieron aún más las tendencias revolucionarias entre los intelectuales progresistas. Particularmente, la «masificación de la educación» y la estratificación de oportunidades de empleo para los graduados universitarios reprodujeron un tipo de «lucha de clases» entre los emergentes de la clase media baja y los tradicionalistas de la clase alta.

En el contexto de la percepción general de que las clases dirigentes existentes ya no eran capaces de gobernar y las nuevas clases populares no habían desarrollado aún una «vocación de clase dirigente» muchos intelectuales de abajo y de la élite se jugaron la suerte, con lo que ellos pensaron sería la «ola del futuro».

Regreso a la Normalidad: El Intelectual Progresista como «pragmático»

Entre los intelectuales revolucionarios de los años 60 y los intelectuales institucionales pragmáticos de los años 80 y 90

están las tumbas (marcadas y sin marcar) de miles de intelectuales activistas, líderes populares auto-didactas que proveyeron el liderazgo, relaciones, lazos personales que unieron al estrato intelectual con los movimientos populares. La violencia masiva desatada por el bloque de poder contra-revolucionario neo-liberal burgúes-militar-imperialista, diezmó al factor principal, creando la «anomalía» de los años 60 –los movimientos de masa con conciencia de clase de entonces–. El ascenso del aparato estatal altamente militarizado, el nuevo papel clave desempeñado en la economía por la clase burguesa orientada a la exportación, establecieron la nueva correlación de fuerzas dentro de la que los intelectuales progresistas hicieron su decisión política, formaron sus afiliaciones institucionales y elaboraron su investigación e ideología. En un sentido, la violencia y poder de la clase dirigente «domesticaron» a los intelectuales, permitiendo a las agencias extranjeras patrocinadoras «capturar» al electorado vulnerable existente. El papel modelo del intelectual cambió del Che Guevara a Max Weber, el prototipo que los intelectuales idealizaban eran los eunucos que separaban la política de la investigación, los pragmáticos que combinaban la investigación con la política, aconsejando a los gobiernos neo-liberales y a los profesionales de los partidos burgueses y el *jet-set* intelectual que cambió su información interna latinoamericana por donativos lucrativos.

El «regreso a la normalidad» es esencialmente el ascenso de la «cara liberal» con maquillaje intelectual del intelectual progresista y el eclipse del radical. Hoy en día, los ex-marxistas convertidos en neo-liberales o pragmáticos progresistas hacen un ritual de desasociar y difamar el pasado revolucionario, con el fin de inhibir a la nueva generación para que no cuestione sus nuevos nichos en el *establishment*: críticas sociales amplias de los 60 tachadas de «visiones apocalípticas»; transformaciones sociales son tachadas de «utopías». Esta técnica de etiquetar y falsificar intencionadamente el pasado, refleja el vacío intelectual y el conformismo político de los intelectuales pragmáticos que fracasaron en demostrar un solo caso en todo el continente latinoamericano, durante una década completa de experiencias exitosas. La reiteración de fórmulas pragmáticas ante una evidencia tan avasalladora de fracasos pone de manifiesto la faceta doctrinaria de crite-

rio estrecho de los intelectuales progresistas liberales. Quizás sea tiempo de dejar de referirnos a ellos como intelectuales progresistas, ya que existe otro movimiento de intelectuales más prometedor esperando en la antesala para ocupar su lugar en el escenario de la política latinoamericana y vida intelectual.

La Minoría comprometida

A través de la historia de Latinoamérica, una minoría de intelectuales comprometidos con los movimientos y luchas populares ha estado activa diseñando un programa de liberación. Desde los intelectuales laboristas auto-didactas del movimiento anarco-sindicalista del siglo XIX, Argentina, Chile, Uruguay y Paraguay, hasta el núcleo contemporáneo de intelectuales importantes ubicados a lo largo y ancho del continente, se ha librado y libra una continua «lucha de clases» entre conservadores, liberales (y neoliberales) e intelectuales socialistas quienes compiten por los corazones y mentes de los pueblos oprimidos.

Los intelectuales revolucionarios contemporáneos comprometidos, al igual que en el pasado, no vienen de una sola corriente de pensamiento ideológico-filosófico. Más bien, vienen de una variedad de tradiciones políticas y sociales: algunos de la «teología de la liberación» cristiana; otros de la teoría y práctica del movimiento marxista; otros han sido educados dentro de grupos de estudio y luchas prácticas de los sindicatos y organizaciones comunitarias; finalmente los «sobrevivientes» individuales de los años 60 y 70 han unido fuerzas con un creciente núcleo de académicos radicales de los 80 para retar la ortodoxia dominante de la *intelligentsia* neo-liberal ubicada en los centros de investigación patrocinados por el extranjero.

Los intelectuales no son ni la «vanguardia» de los movimientos de emancipación ni factores irrelevantes en su formación y trayectoria. Son «personal de apoyo» decisivo que proveen el análisis estratégico crucial para los desarrollos globales. Las clases trabajadoras, las mujeres que trabajan y los pueblos indígenas y campesinos saben lo que son la explotación y condiciones locales, no necesitan intelectuales que les enseñen sus condiciones cotidianas. Lo que piden de los

intelectuales es que les den explicaciones del contexto mundial más amplio, de los cambios estructurales y configuraciones de poder que actúan sobre su mundo, así como soluciones y estrategias viables para tratar con sus adversarios y poder transformar la sociedad hacia un orden social más equitativo e igualitario. En una palabra, piden que los intelectuales promuevan el liderazgo político e intelectual responsable que rinda cuentas a los movimientos populares democráticos y socialistas.

El «regreso a la normalidad» —la retirada de los intelectuales hacia su papel histórico como abogados del electorado liberal— ha creado una gran demanda por intelectuales racionales y comprometidos. La *contradicción fundamental* de la América Latina contemporánea está entre una *realidad objetiva de crisis capitalistas sin precedente* y la *debilidad subjetiva* de las fuerzas políticas que la confrontan. Los intelectuales tienen la responsabilidad de llenar esta brecha: de traducir los descontentos particulares y populares en temas públicos; de llegar a las raíces —trasladarse de ofensas inmediatas a sus fundamentos estructurales más amplios—. Prover el vínculo entre las crisis económicas y un movimiento revolucionario poderoso.

Es evidente, aun al observador más miope, que la crisis latinoamericana de más de una década ha revertido 50 años de legislación social nacional, ha deshecho un siglo de formación del mercado nacional, ha desmantelado los servicios públicos de gran escala y el aparato productivo. Mientras que el nivel de vida cae por debajo de los niveles de los 60 y la desnutrición intensa ataca el campo, los culpables neo-liberales de este cruel experimento ideológico sobre los pueblos de la región sólo pueden aconsejar una continuación de esto para la próxima década.

Las políticas estatales que promueven el pillaje de los bancos extranjeros y de las élites exportadoras locales son descritas como «reformas económicas»; las medidas estatales que redistribuyen el ingreso hacia arriba y hacia afuera, se llaman «ajustes». Los intelectuales tienen un papel vital en desenmascarar estos eufemismos y de cuestionar la noción de que en el mundo sólo son realistas las políticas que reconcentran la riqueza. Este «realismo de crack-pot» como lo catalogó C. Wright Mills ha encontrado muchos simpatizantes entre

los ex-marxistas. El mayor problema está en que es incapaz de proveer un mundo vivible para la gran mayoría de los pueblos latinoamericanos. Después de diez años de empobrecimiento absoluto, lo único que Enrique Iglesias, presidente del Banco Inter-Americano de Desarrollo, puede aconsejar a Latinoamérica es más de lo mismo: «Latinoamérica debe continuar en el curso» por otra década de miseria y empobrecimiento, de «ajustes» y pillaje.

Y ahora con la profundización de la recesión mundial, guerras comerciales latentes e incrementos en los precios de petróleo, las «economías abiertas» promovidas y construidas por los regímenes neo-liberales y sus asesores son vulnerables a un colapso catastrófico. En la eventualidad que esto suceda, ¿quién va a recoger los pedazos? ¿Un resurgimiento de «nacionalistas» militares, que actúan en representación de una clase dirigente postrada; autoritarios rabiosos que atacan tanto a los liberales como a socialistas para proteger su nido? ¿O podrán los intelectuales radicales emergentes crear un lenguaje común, un programa forjado en la lucha compartida con los movimientos sociales, marcando así una ruptura decisiva con sus colegas liberales electorales?

El primer paso es un rompimiento con los discursos globales que divorcian las agencias humanas de los cambios históricos. No existen «sistemas mundiales» o «mercados mundiales» que dicten inexorablemente procesos sociales; existen gentes y relaciones sociales que son cambiantes de arriba a abajo. Las luchas no son para cambiar lugares en algún sistema capitalista abstracto; las personas no son objetos que se mueven para arriba y para abajo en elevadores sociales imperialistas, sino que son sujetos que crean familias, comunidades, solidaridad y movimientos revolucionarios. Los intelectuales tienen un papel en diseñar las redes internacionales y los lazos regionales entre los movimientos populares para que confronten y derroten un enemigo, que también es «internacional». Las tareas son inmensas, los adversarios son formidables. Pero los intelectuales comprometidos tienen ante ellos una gran masa de humanidad que no va a aceptar ser empujada al abismo. El núcleo existente puede ganarse el derecho de ser parte de un proceso de transformación histórica y emancipación social si logra dividir la cultura dominante,

minar su validez entre sus seguidores, y acercar a la nueva generación de intelectuales racionales.

Finalmente, los intelectuales pueden desempeñar un papel decisivo en la reconstrucción de las luchas y movimientos sociales, recuperando y forjando una memoria colectiva en la batalla por la emancipación: los movimientos de poder popular en Chile (1971-73); la asamblea popular en Bolivia (1981); los movimientos de liberación en Argentina (1972-73); y numerosas instancias de poder popular paralelo a través del continente y a lo largo de décadas. Los intelectuales en los movimientos tienen la responsabilidad de estudiar y aprender las lecciones de las victorias y derrotas pasadas como el preludio al avance desde los puntos altos del pasado hacia la consumación de una emancipación más perdurable y definitiva.

Esas Yndias equivocadas y malditas

Rafael Sánchez Ferlosio

1. El requerimiento

Ignoro si en el año 1525, o sea 12 años después de su primera aplicación, la práctica, tan escandalosamente formalista, del «requerimiento» había caído en tal descrédito que hubiese precipitado en el desuso. Sea de ello lo que tuere, Hernán Cortés era mucho más escrupuloso y concienzudo que sus predecesores, y es difícil pensar que se contentase con cumplir formalmente, aun a sabiendas de que los destinatarios no lo oían o no lo entendían, el mandato del requerimiento. Cortés hacía las cosas con cuidado y con rigor, así, en la carta V, donde da cuenta de su expedición a las Hibueras, nos relata un caso que, de hecho, comporta un ejemplo de aplicación del requerimiento por parte de Cortés.

Transcribo sus palabras: «Y ofrecióse que un español halló un indio de los que traía en su compañía, natural destas partes de Méjico (extranjero, por tanto, en la región que atravesaban), comiendo un pedazo de carne de un indio que mataron en aquel pueblo cuando entraron en él y vínomelo a

decir, y en presencia de aquel señor (un pequeño cacique maya que se había presentado a los expedicionarios) le hice quemar, dándole a entender la causa, que era porque había muerto (esto no concuerda con lo de más arriba: 'que mataron en aquel pueblo cuando entraron en él', donde parece tratarse de una muerte en combate) aquel indio comido dél, que era defendido por vuestra Majestad, u por mí en su real nombre les había sido requerido y mandado que no lo hiciesen, y que así, por lo haber muerto y comido dél, le mandaba quemar, porque yo no quería que matasen a nadie, antes iba por mandato de su majestad a ampararlos y defenderlos, así sus personas como sus haciendas, y hacerles saber cómo habían de tener y adorar un solo Dios, que está en los cielos, criador y hacedor de todas las cosas, por quien todas las criaturas viven y se gobiernan, y dejar todos sus ídolos y ritos que hasta allí habían tenido, porque eran mentiras y engaños que el diablo, enemigo de la naturaleza humana, les hacía para los engañar y llevarlos a condenación perpetua, donde tengan muy grandes y espantosos tormentos, y por los apartar de conocimiento de Dios, porque no se salvaran y fuesen a gozar de la gloria y bienaventuranza que Dios prometió y tiene aparejada a los que en él creyeren, la cual el diablo perdió por su malicia y maldad, y que así mismo les venía a hacer saber cómo en la tierra está vuestra majestad, a quien el universo, por providencia divina, obedece y sirve, y que ellos asimismo se habían de someter y estar debajo de su imperial yugo y hacer lo que en su real nombre los que acá por ministros de vuestra majestad estamos les mandásemos, y haciéndolo así, ellos serían muy bien tratados y mantenidos en justicia y amparadas sus personas y haciendas, y no lo haciendo así se procedería contra ellos y serían castigados conforme a justicia»(hasta aquí, la cita).

Cortés encarece el cuidado y la paciencia con que se extendió en éstas y otras consideraciones, y no hay duda de que puso todo el escrúpulo del mundo en que el cacique se enterase bien de todo a través de los intérpretes, pero bien puede apreciarse en lo citado con qué astucia y qué sutileza Cortés usa la religión como instrumento de dominación: primero, el preámbulo aterrador del indio quemado vivo en presencia del cacique, enseguida la explicación del motivo de un castigo semejante y la doble subrogación por la que Cortés

se subroga en el emperador, y éste, a su vez, en la divinidad, en cuanto a qué o «a quien el universo, por providencia divina, obedece y sirve», de suerte que los «muy grandes y espantosos tormentos» que amenazan a los que no se avienen a dejar los ídolos y ritos que hasta allí han tenido, como ha hecho el indio quemado vivo al practicar el rito de comer carne humana, vienen a confundirse, por una doble subrogación paralela con el tormento de morir quemado que ha padecido el indio.

La infracción del mandato de Cortés contra la antropofagia es infracción del mandato del emperador en quien Cortés se subroga e infracción del mandato de Dios en quien, a su vez, se subroga el emperador. La astuta coordinación subrogatoria de las tres autoridades confunde en uno el mandato contra la antropofagia, y así el castigo de morir quemado vivo a que Cortés condenaba al infractor aparece a los ojos del cacique confusamente relacionado o identificado con los «muy grandes y espantosos tormentos» que aguardaban a quienes no «dejan los ídolos y ritos que hasta allí han tenido».

La deliberación con que Cortés urde y dirige todo el episodio de forma tal que la religión le rinda el máximo provecho como instrumento de dominación viene ya sugerida por la palabra con que empieza al relato: «y ofrecióse». El verbo *ofrecerse* indica bien a las claras que el caso es considerado como ocasión oportunamente aprovechable para un propósito en principio ajeno a él. El pecado de antropofagia del indio ha venido *ello por ello*—como se dice en Extremadura y podría haber dicho el propio Hernán Cortés—, o sea, como molde para lograr la sumisión del cacique maya y de su pueblo, y Cortés, con toda la agudeza y todo el tino del más perverso instinto de dominación, improvisa exactamente el espectáculo que conviene a sus designios, apurando hasta la última gota la posibilidad del caso que tan oportunamente se le ha *ofrecido*.

Naturalmente, no pretendo en modo alguno que esta descripción del uso de la religión como instrumento de dominación se corresponda con la representación patente a la conciencia de Cortés. Aunque no pueda pensarse que no fuese consciente de su pragmatismo—tal como lo evidencia la palabra «ofrecióse»—, de su orientación de las cosas con arreglo a unos fines, lo demás apenas llegaría tal vez a

sospecharlo, tal como es propio de lo que me he limitado a llamar *perverso instinto*, que no precisa ninguna clara conciencia racional para alcanzar, certero como un tiro de ballesta, la diana del designio.

2. El mal sin malo

He establecido, por consiguiente, una dualidad de planos, esto es: el plano de lo claramente manifiesto a la conciencia de Cortés, como sujeto empírico, y el plano de una realidad ultraindividual, el universal histórico de la dominación, superior y oculto a esa conciencia, pero que dirigía, no obstante, el puro instinto ciego —especialmente receptivo en un hombre como Hernán Cortés—, de suerte que acertase en cada caso exactamente con *lo que había que hacer*.

Es esta dualidad de planos lo que el nominalismo del positivismo histórico se niega a reconocer, aceptando tan sólo la realidad del sujeto empírico y rechazando —tal como el dogma nominalista obliga— cualquier posible realidad u operatividad que no sea pura metáfora al universal.

No cabe duda de que, acostumbrados como estamos a unas instituciones de justicia que, contra la clamorosa evidencia estadística del condicionamiento sociológico de las conductas delictivas, inculpan y condenan como si el libre albedrío no fuese uno de los recursos más escasos entre los humanos; acostumbrados, digo, a este infantil reparto de papeles, bueno y malo, comprendo que a muchos pueda resultar tan arduo como turbador cualquier punto de vista que disminuya en algún grado la responsabilidad de los autores de tan tremendos e incontables crímenes como los que constituyen la trama dominante en la conquista y colonización de América, pero esto consiste justamente el mayor espanto de la historia universal.

Para lo que trato de decir puede resultar ilustrativa la anécdota de aquel que le reprochaba a otro la ferocidad de su anticlericalismo, diciéndole: «¡Pero hombre! ¿Cómo puedes envenenarte hasta tal punto la sangre con los pobres curas? Tendrán todas las puñeterías y mezquindades que tú quieras, las deformaciones de su ya de por sí deforme profesión, pero es injusto y cruel condenarlos como monstruos de maldad, porque ellos no son al fin más que unos infelices

mandatarios; el único que es verdaderamente malo es Dios». El mismo cuento puede aplicárseles a los que frente a la famosa «historia escrita desde el punto de vista de los vencedores» pretenden oponer una «historia escrita de los vencidos».

Esta sería, en cuanto historia, tan falsa e ingenua como la primera, a la que trataría de confutar, pues el nominalismo positivista igualmente implicado en las palabras «vencidos» o «vencedores», que entendería las cosas como si los sujetos empíricos fuesen los únicos protagonistas efectivos, escamotearía la percepción teórica fundamental: que el verdaderamente malo es Dios, o, lo que viene a ser lo mismo, la historia universal.

«La mediación dialéctica de lo universal y particular –dice Adorno en su *Dialéctica negativa*– no autoriza a una teoría que opte por lo particular, para pasarse de rosca, tratando lo universal como si fuese una pompa de jabón. La teoría se haría así incapaz de comprender tanto la funesta hegemonía de lo universal en lo establecido, como la idea de una situación que, haciendo descubrir a los individuos de verdad, despojaría a lo universal de su mala particularidad»(fin de la cita).

La cosa es, pues, mucho más execrable y más fatídica que si pudiese dársele rostro y nombre humanos. Lo que, en cuanto representación consciente, llegó a ser incluso para los más perspicaces de sus sujetos empíricos nada llega a expresar lo más agudamente que el siguiente pasaje de sir Walter Raleigh, capaz de hacer –por una vez acaso con razón– las delicias de cualquier psicoanalista: «La Guayana es una tierra que tiene todavía intacta su virginidad; jamás saqueada, arada o trabajada; la faz de la tierra sin romper; la virtud y la sal del suelo sin gastar por el abono; las tumbas sin abrir para sacar el oro; las imágenes de los dioses aún por derribar de lo alto de los templos» (hasta aquí la cita).

Como puede apreciarse, un desencadenamiento de los peores instintos de profanación, de ultraje, de depredación. Pero el factor desencadenante, capaz de responder satisfactoriamente a la pregunta: «¿De dónde sale de pronto tanta abyección?», o sea, la esencia de lo que se pretende festivamente conmemorar en la Disneylandia sevillana del 92, como una efemérides que tuviese algo que ver con lo que desearía-

mos que se considerase humano, tiene los rasgos informes de un mal sin malo, sólo sin despreciables mandatarios, enajenados y como arrebatados de sí mismos por el furor de la dominación.

En una palabra, la pérdida, imperiosa para quien atienda al ruido de fondo de los testimonios, la pérdida de un sujeto empírico como último responsable a quien recriminar de tan ancha y tan larga tragedia –conforme a la confiada versión con que el nominalismo había logrado quitársela de encima– ha de encontrar tanto en apologetas como en detractores del descubrimiento, la conquista y la colonización la comprensible resistencia de quien se ve ante la turbadora situación de que todo sin dejar de ser igualmente horrible y doloroso, es mucho más inexplicable, sobrehumano, infrahumano, gratuito amén de mucho más sórdido, rastrero y miserable de cuanto pueda serlo incluso una leyenda negra, que, cuando menos, podría vanagloriarse por el mérito, ciertamente dudoso y discutible, de ostentar el tenebroso resplandor de la maldad.

3. Dos actitudes

Respecto de la historia universal, empieza uno por tropezarse con dos actitudes de principio, que casi parecen psicológicamente determinadas por el carácter personal. La una es la que llamaré actitud estética, cuyo criterio o categoría principal es la de la grandeza de las hazañas de la historia y de sus creaciones. Antropológicamente inmersos en una historia en que el impulso de dominación hunde sus raíces en un ayer inmemorial, todos seguimos siendo sensibles a los valores de la dominación, pues al mismo tiempo que una voluntariosa ética se esfuerza por negarlos boquilla, como cuando a los niños se les predica en la iglesia o enseña en las escuelas la mansedumbre, la condescendencia, la amistad, la generosidad, etcétera, terminada la clase, la sinceridad estética los llevará a los sangrientos goces predatorios de películas del oeste y, en general, el más manso de los hombres se recreará en las bellezas de la predación, y los animales más prestigiosos y admirados seguirán siendo los que tengan pico de rapaz, colmillos de carnívoro, garras de halcón o zarpas de felino.

Tan honda parece ser tal preferencia estética primaria

hacia los carnívoros depredadores que no ha de faltar quien diga que los hombres descubren a través de ella la envidia hacia lo que ellos, al menos en algún rincón de su alma y a despecho de todas las admoniciones pedagógicas, siguen queriendo ser. De modo, pues, que la mentalidad estética, que juzga de la historia según el criterio de valor de la grandeza, estaría, a tenor de esto, bien distante de ser superficial, hasta el punto de parecer antropológicamente prehistórica.

Tenga lo que tuviere de cierto esta sospecha, lo indicado, por sí o por no, respecto del otro criterio de valor que rige la mirada hacia la historia, será tal vez abstenerse de toda consideración de antigüedad, arraigo o fundamento antropológico, pues quienes optan por él juzgan, implícitamente, que no tienen obligación alguna de legitimar su opción en antiguallas o en sinceridades anímicas, ni menos pedir disculpas por su índole represiva o heterónoma, pues en cuanto a represión y heteronomía supera a lo que tal punto de vista toma por criterio frente al de la grandeza, esto es, al dolor en relación con quienes lo padecen.

Así que, no hay que amedrentarse cuando el que lo sabe todo acerca de las almas viene a decirnos: «La compasión que dices sentir por los esclavos bajo el palo del esbirro no es en tu alma más que efecto de la represión de un superego heterónimo e impostor que invierte en compasión por los esclavos la admiración y envidia que en el fondo sientes por el esbirro que tú quisieras ser».

A lo que bien se puede contestar: «En cualquier caso, nunca tan represivo y heterónimo como el palo que se abate sobre las espaldas de esos hombres». No necesitan ni merecen una respuesta más circunstanciada los que impugnan como inautenticidad anímica el criterio del dolor.

4. Totalitarismo diacrónico.

Pero al criterio de valoración estético no parece gustarle en muchos casos confesar el predominio total del sentimiento de *grandeza* que le inspiran las sangrientas hazañas en que se recrea, sino que lo escuda a menudo detrás de coartada de la funcionalidad política, convalidando los más feroces atropellos como procedimientos dolorosos pero necesarios para las grandes creaciones de la historia; creaciones que para Menéndez Pidal serían por excelencia los imperios.

«Los imperios», dice textualmente, «a pesar de las vitandas injusticias y calamidades de muerte inherentes a toda vida, son en la Biblia y en la teología cristiana el grandioso instrumento con que la providencia divina gobierna a los pueblos». Frase que, ciertamente, plantearía las más serias dificultades si hubiese que decidir quién acarrea mayor descrédito a la gran epopeya histórica de los españoles, si sus apologetas o sus detractores.

Es curioso cómo para Menéndez Pidal por encima de lo que, con pintoresca expresión, llama «vitandas injusticias» y de lo que, con expresión, todavía más pintoresca y hasta retorcida, llama «calamidades de muerte inherentes a toda vida», donde se diría que alude a lo que de vida, de realización vital, tendría, según él, la creación de un imperio. De ser así participaría a su manera de las concepciones hegeliana y marxista de violencia y la muerte producida por unos hombres a otros hombres; para Hegel, la violencia es una necesidad del espíritu en la grandiosa epopeya de su autorrealización objetiva; para Marx, la violencia es la comadrona de la historia; o sea, la que ayuda a toda vieja sociedad a dar a luz —se supone que por un parto mortal para la madre— a la nueva sociedad que lleva en sus entrañas, o el «instrumento», según versión de Engels, «por medio del cual el movimiento se abre camino y hace saltar, hechas añicos, las formas políticas fosilizadas y muertas».

Aunque piense, indudablemente, en bien distinta clase de engendros de la historia, Menéndez Pidal concede, sin embargo, a la violencia, a la muerte de unos hombres por mano de otros hombres, un papel análogo al que se le concede en las concepciones de Hegel y de Marx; el de instrumento de creación histórica. Para Menéndez Pidal ya hemos visto que esa creación se encarna bajo la forma de los grandes imperios. Y la grandiosa tachunda wagneriana, que, a tenor de su concepción inconfesadamente estética (como en el fondo lo eran la de Hegel y, en alguna medida, incluso la de Marx), venía a ser para él la Historia Universal no podía detenerse ante las «calamidades de muerte», que por ser «inherentes a toda vida» tenía que acarrear para dar vida a sus grandes creaciones.

Es curioso observar cómo incluso quienes condenan el totalitarismo como forma de Estado, incriminándolo de estar

dispuesto a sacrificar al individuo en beneficio de la totalidad, no sientan el mismo escándalo ni adviertan lo oportuno de análoga incriminación cuando no es en la sincronía de un régimen político estatuido, sino en la diacronía de un proceso histórico de formación de una entidad política, imperial o no, donde sin el menor reparo se llevan al matadero de la historia todos los individuos que requiera la construcción de la totalidad, en una especie de auténtico y más feroz totalitarismo histórico diacrónico.

No hace falta ser demasiado malicioso para sospechar que el criterio, inconfesadamente estético, de la *grandeza*, como categoría dominante en la valoración de los hechos de la historia, necesita del estruendo de las armas y de la efusión de sangre como imágenes sin las cuales permanecería en el limbo incoloro de lo abstracto el espíritu de dominación, que constituye el verdadero vino de quienes se embriagan en sentimientos de grandeza. Quiero decir que el referente real de la categoría emocional y estética de la grandeza al fin no es otro que el de la dominación y del poder.

5. Apologetas descarados y vergonzantes.

Entre la vasta fauna de los apologetas de grandeza histórica tampoco faltan quienes conceden, con solicitada generosidad, que ciertamente hubo grandes abusos, donde ya el mero empleo de la palabra *abuso* comporta un apartar a un lado lo que hubo de sobrante innecesario en el esfuerzo, lo que éste tuvo de excesivo; pero en el reconocimiento de algo que sobró se refrenda la necesidad de todo lo restante; en la condena de la parte correspondiente del abuso se absuelve, legitima y santifica la contraparte implícitamente aludida como *uso*, porque sólo se habla de *abuso* donde se presupone un *uso* de cuya justa y plausible medida sobresalga.

Otros, más avisados, ni sienten necesidad alguna de coartadas ni incurren en la ingenuidad de hablar de *abusos*, porque los reconocen tan inherentes al estilo de acción de la Historia Universal, tan necesariamente consustanciales a la señorial generosidad de su epopeya, que les parecería hasta indigno de ella el detenerse en la mezquindad de escatimar esfuerzos; sus sentimientos de grandeza se avergonzarían de una Historia Universal atenta a calcular, como un tendero, el

minimum de destrucciones, de laceraciones, de estragos, de tormentos y de muertes necesario para alcanzar sus altos fines; antes, por el contrario, gustan de imaginarla excesiva, desbordante, sobrada de virulencia y energía, de suerte que el abuso le sea connatural, como la única forma posible de concebir el uso de una manera acorde con su dignidad. Pocos han acertado a expresar esta concepción estética de la historia, como historia del impulso de dominación, como Ortega y Gasset en su clásico ensayo *El origen deportivo del Estado*.

«Por esto», escribe don José, «la palabra que más sabor de vida tiene para mí y una de las más bonitas del diccionario es la palabra *incitación*. Sólo en biología tiene este vocablo sentido. La física lo ignora. En la física una cosa no es incitación para otra, sino sólo su causa. Ahora bien: la diferencia entre causa e incitación es que la causa produce sólo un efecto proporcionado a ella. La bola de billar que choca con otra transmite a ésta un impulso, en principio, igual al que ella llevaba: el efecto es en la física igual a la causa. Mas cuando el aguijón de la espuela roza apenas el ijar del caballo pura sangre, éste da una lanzada magnífica, generosamente desproporcionada con el impulso de la espuela. La espuela no es causa, sino incitación. Al pura sangre le bastan mínimos pretextos para ser exuberadamente incitado, y en él responder a un impulso exterior es más bien dispararse. Las lanzadas equinas son, en verdad, una de las imágenes más perfectas de la vida pujante y no menos la testa nerviosa, de ojo inquieto y venas trémulas del caballo de raza (...) ¡Pobre la vida, falta de elásticos resortes que la hagan pronta al ensayo y al brinco! ¡Triste vida la que, inerte, deja pasar los instantes sin exigir que las horas se acerquen vibrantes como espadas! ¡Da pena cuando uno piensa que le ha tocado vivir en una etapa de inercia española y recuerda los saltos de corcel o de tigre que en sus tiempos mejores fue la historia de España! ¿Dónde ha ido a parar aquella vitalidad?».

Como puede observarse, el biologismo orteguiano, que, con el gusto perfectamente hortera de un aristocratismo dandy y deportivo —al que parece hacérsele la boca agua cada vez que repite «pura sangre»—, se entusiasma con la arrancada del caballo al acicate de la espuela como la imagen más perfecta de la pujanza vital, proyecta esta idea ya estética de vida o de vitalidad biológica sobre las representaciones de la

historia, transfigurando en la imagen de los saltos del tigre o del corcel los arrebatos históricos del furor de sojuzgamiento y predominio, convalidando como generosa efusión y hasta eclosión de vida respecto de la historia precisamente lo que en ésta no es sino el más tenebroso y asolador desencadenamiento de la muerte. ¡Tan mala sombra puede llegar a proyectar la imagen de la biología sobre la historia!

Así, mientras los apologetas de escuela orteguiana encarecen la grandeza de la Historia Universal como suprema manifestación de la vitalidad más excelsamente humana, recargando desafiadamente las tintas de engreimiento, virulencia y afán de predominio de sus epopeyas, y poniendo así el acento más en el ejercicio, el esfuerzo y el empeño que en el logro, los otros, más cobardemente, se contentan con salvar a la Historia Universal por la bondad y la dignidad de sus últimos designios, sin perjuicio de ir pidiendo a diestro y siniestro las más rendidas disculpas por la indudable enormidad de los abusos que aun la más alta y más noble empresa humana se halla siempre abocada a perpetrar.

Estos son los que incurren en la abyección de echarles a indios, negros y otras cualesquiera gentes de color el brazo por la espalda, tratando de venderles su propio pasado de martirio y el reconocimiento de la legitimidad de sus autóctonos valores culturales a cambio de recabar su beneplácito para la común Historia Universal, como en aquel repugnante material serial televisivo norteamericano que llevaba por título *Raíces* y recogía la secular historia de una familia negra desde el ancestro capturado, puesto en cadenas y estibando en la sentina de un navío negrero, que lo arrancaba para siempre del Africa natal, hasta el descendiente finalmente libre, con su familia modesta, pero honrada y feliz, ya en los años de Martin Luther King, pretendiendo mostrar cuán inscrutables son los designios del Señor y por qué insospechables caminos y a través de cuántas fatigas, humillaciones y sacrificios había llegado finalmente a cumplirse en este último vástago, desde aquella mañana inmemorial de la captura en una remota playa de Guinea, el orgullo de haber contribuido a lo largo de diez generaciones a la creación de la gran nación americana.

6. Cortés y Soto

Pero si éstas son las ideologías hoy vigentes, junto con una literatura escolar de auténtico tebeo, sobre el descubrimiento y la conquista, veamos cuáles eran las opiniones de la época. Para lo cual nadie mejor que Gonzalo Fernández de Oviedo, cronista oficial, detractor de los indios, partidario de la conquista y, finalmente, víctima de Las Casas, que, siempre rencoroso con sus contradictores, logró con su enorme influencia que la publicación de la gran obra de Oviedo no pasase del primer tomo. Sin escatimar elogios a la conquista de Nueva España y a la persona de Hernán Cortés, a Oviedo no deja de desconcertarle y hasta turbarle el hecho de que quien, como Cortés, se ha alzado como titular de un mando delegado, al independizarse de Velázquez, quien ha «mañeado» —según las propias palabras del cronista—, usado de «halagos enforrados» y «disimulación», quien no ha vacilado en violar cualquier lealtad humana, haya sido coronado por el triunfo y por la gloria. Y así Oviedo se siente forzado a violentar su turbación con un penoso acto de humillación y acatamiento de la divina prepotencia: «Yo veo», dice, «questas mudanças e cosas de grand calidad semejantes no todas veces anda con ellas la razón que a los hombres parese ques justa, sino otra definición superior e juicio de Dios que no alcançamos (...) e de la providençia de Dios no nos conviene platicar ni pensar sino que aquello conviene».

Desde luego, hay sujetos empíricos tan especialmente dotados para la depredación y el predominio que han causado en algunos la impresión, por lo demás perfectamente mítica y supersticiosa, de que la propia Historia Universal los ha elegido para sus más altos designios, como le pasó a Hegel cuando, en la más vergonzosa clarividencia de su vida, creyó ver en Napoleón al Espíritu Universal a caballo. Uno de esos sujetos podría ser, desde luego, Hernán Cortés. Y nada mejor que el «ofrecióse», que él mismo emplea para empezar a contar el episodio recogido al principio, nos descubre en toda su medida la rigurosa funcionalidad de una perspicacia permanentemente alerta a lo que en cada situación pueda *ofrecerse* como algo aprovechable para sus propósitos. Al instante advierte la posibilidad de explotar la falta cometida por el indio y la manera de montar sobre ella el espectáculo que le conviene. Es la penetrante mirada instrumental del pragmáti-

co perfecto: agudísima para captar al vuelo cuanto en las cosas pueda incidir en el sentido de sus intereses, ciega para cuanto haya en ellas de ajeno o indiferente a sus designios. Esa misma pragmática amoralidad puede advertirse también en su actitud hacia la antropofagia. Así, demostrándonos de paso cómo las tres grandes abominaciones: sacrificios humanos, antropofagia y sodomía, por las que los españoles justificaban su saña hacia los indios, incluso considerando que Dios mismo los castigaba a través de sus espadas, no eran más que pretextos o coartadas para el frenético ejercicio de la dominación, en la tercera de sus *Cartas de relación*, como guiñándole el ojo a Carlos V, a quien se dirigía, se permite al respecto de la antropofagia un cierto tono sutilmente festivo, cuando son sus aliados tlascaltecas los que la practican: «De manera que desta celada se mataron más de quinientos (entiéndase aztecas), y todos los más principales y esforzados y valientes hombres; y aquella noche tuvieron bien que cenar nuestros amigos (entiéndase tlascaltecas), porque todos los que se mataron tomaron y llevaron hechos piexas para comer». Ni siquiera debió de pasársele por la imaginación la idea de que un desenfado semejante, hablando de la antropofagia, podía tal vez escandalizar u ofender los oídos de Carlos V, o parecerle irreverencia hacia su Católica Majestad tanta franqueza en tan delicada materia, de puro obvia que, en su incondicionado pragmatismo, debía de reputar Cortés la opción de permitir la antropofagia en unos aliados que, de habérsela prohibido, le habrían retirado un apoyo absolutamente indispensable para la conquista de la capital azteca. Así, Cortés subordinaba la proscripción o el consentimiento de la antropofagia a la estricta conveniencia ocasional de la conquista, sin mayor sentimiento de escándalo moral. En una palabra, era o llegó a hacerse una prodigiosamente capacitada bestia predatoria, un perfectísimo instrumento de dominación, o sea, un hombre espeluznantemente monstruoso.

Pero si Cortés puede representar tal vez, frente a los demás conquistadores, el extremo de capacidad funcional para los empeños del poder (si bien no hay que olvidar que, entrando con buen pie, la fortuna cabalga ya en parte sobre sí misma ni que el éxito exagera siempre los prestigios y los méritos), Hernando de Soto, por elegir alguno, podría ponerse como paradigma de lo opuesto, esto es, de la inhabilidad y

del fracaso (siempre teniendo en cuenta el efecto de éste en el sentido simétrico contrario de exagerar de forma análoga el demérito); ambos son, sin embargo, desde uno y otro extremo, idénticos en cuanto encarnaciones de un único y el mismo impulso. Con respecto a la expedición de Soto, que, subiendo desde Florida, parece que alcanzó hasta la actual Carolina del Norte, la crónica de Oviedo dice así: «Preguntando el historiador a un hidalgo bien entendido que se halló presente con este gobernador e anduvo con él todo lo que vido de aquella tierra septentrional que a qué causa pedían aquellos tamemes o indios de carga ni porqué tomaban tantas mujeres, y éstas no serían viejas ni las más feas; y, dándoles lo que tenían, porqué detenían los caciques y principales, y adónde iban que nunca paraban ni sosegaban en parte alguna: que aquello no era problar ni conquistar, sino alterar e asolar la tierra e quitar a todos los naturales la libertad e no convertir ni hacer a ningún indio cristiano ni amigo, repondió e dijo: que aquellos indios de carga o tamemes los tomaban por tener más esclavos o servidores, e para que los llevasen las cargas de sus mantenimientos e lo que robaban o les daban; e que algunos se morían e otros se huían o se cansaban; e así habían menester renovar e tomar más; e que las mujeres las querían también para se servir de ellas e para sus sucios usos e lujuria e que las facían bautizar para sus carnalidades más que para enseñarles la fé; y que detenían los caciques i principales, que así convenía para que los otros sus súbditos estoviesen quedos e no les diesen estorbo a sus robos e a lo que quisiesen hacer en su tierra de los tales. Y que adónde iban ni el gobernador ni ellos lo sabían». En otro capítulo anterior sobre esta misma expedición, Oviedo escribe de Soto lo siguiente: «Este gobernador era muy dado a esa montería de matar indios, desde el tiempo que anduvo militando con el gobernador Pedrarias Dávila en las provincias de Castilla del Oro e Nicaragua, i también se halló en el Perú y en la prisión de aquel gran principe Atabáliba, donde se enriqueció, e fue uno de los que más ricos han vuelto a España, porque él llevó e puso en Sevilla sobre cien mil pesos de oro y acordó de volver a las Indias a perderlos con la vida, y continuar el ejercicio ensangrentado del tiempo que había usado en las partes que es ducho...». Hasta aquí Oviedo, que unas líneas más abajo nos explica lo que ha querido decir con

lo del «ejercicio ensangrentado» y por qué ha usado la palabra *montería*; dice, pues, así: «Ha de entender el lector que aperrear es hacer que perros le comiesen o matasen, despedazando el indio, porque los conquistadores en Indias siempre han usado en la guerra traer lebreles e perros bravos i denodados; e por tanto se dijo de suso montería de indios» (hasta aquí la cita).

De modo que digo yo que juzgaban mal a los conquistadores quienes los incriminan indistintamente de vil materialismo de la codicia del oro; el oro fue en contados casos un móvil real; generalmente fue un pretexto para la hazaña por la hazaña y a lo sumo su trofeo, como lo prueba el que fueran muy pocos los casos de quienes, en vez de jugárselo y despilfarrarlo al día siguiente, supiesen apartarlo y acumularlo por despreciable amor hacia el dinero y la riqueza; lo que movió a la gran mayoría de los conquistadores fue, por el contrario, la pura inquietud espiritual de continuar el ejercicio ensangrentado de esa montería de aperrear indios.

7. Los perros

Ya que ha salido esta cuestión, diré que me extraña el hecho de que, frente a tanto como se ha encarecido la importancia de los caballos en las conquistas españolas —animales, al menos al principio, muy escasos, por su difícil transporte marítimo, útiles sólo en determinados terrenos—, se haya desdenado, inexplicablemente, el papel que tuvieron que tener los perros, las jaurías de lebreles o de alanos (cruce de dogo y mastina), animales todo terreno, insuperables para la persecución, menos dóciles que los caballos, pero portadores de sus propias armas y, por tanto, capaces de actuar solos, más dúctiles al adiestramiento y, en fin, mucho menos vulnerables, de modo que su importancia en las conquistas pudo ser a menudo muy superior a la de los caballos, como lo prueba la presencia de perros en todo tiempo y lugar, ya desde el segundo viaje de Colón, si no recuerdo mal, según testimonio de su hijo Don Fernando, que sólo sabía de oídas, siendo aún muy niño en la ocasión del hecho que relata: una batalla en La Española, en la que un ala la llevaron los caballos y la otra las jaurías. Pero el uso de perros no se limitaba en modo alguno a las batallas —siendo, obviamente, ineficaces en las huestes

muy numerosas—, sino muy a menudo para dar caza a indios fugitivos (a los que, por ser esclavos o encomendados de propietarios españoles, los perros solían volver a traer —según se les tenía enseñado— mordidos por la muñeca hasta sus amos, despedazando al fugitivo sólo cuando se resistía), ya sea para ajusticiar, lo mismo a prisioneros cogidos en combate, sin que mediase juicio previo alguno, que a caciques o señores indios condenados formalmente por sentencia, ya en fin, para arrancar informaciones sobre oro, probablemente aterrorizando a los que asistían al despedazamiento de uno de sus compañeros entre las fauces de los perros procedimiento preferido por Juan de Ayora, aunque para estas averiguaciones era más usual el tormento del fuego aplicado, generalmente, a las plantas de los pies, para que la información la diese el propio torturado.

Vasco Núñez de Balboa tuvo en Castilla del Oro un perro de nombre *Leoncito*, famoso por su denuedo, que le ganaba en las batallas la parte de un soldado y a veces hasta dos partes, que Balboa cobraba en oro o en esclavos, y tal vez fuese el jefe de la jauría con la que el mismo Vasco Núñez, tras la batalla de Cuareca, en que murió su cacique Torecha con 600 de los suyos, aperreó sin más ni más «cincuenta putos» —como dice Gómara, por invertidos—, que, al no haber combatido, se habían quedado en el poblado. Más tarde ya de vuelta de la mar del Sur, a un cacique llamado Pacra, sospechoso de pecado nefando aunque heterosexual, tras someterlo a tortura para que confesase su pecado y para que revelase el lugar de los yacimientos de oro, una vez que hubo confesado el cacique lo primero y contestado que ignoraba lo segundo, pues ya se habían muerto los criados de su padre que lo sabían, y a él no le importaba el oro ni lo necesitaba, Balboa le echó los alanos, que en un momento lo despedazaron.

Pasando someramente la mirada por las crónicas antiguas, el rastro de los perros españoles se sigue desde La Pampa hasta la actual Carolina del Norte; en Cubagua, la islita de Cumaná famosa por sus perlas, en Venezuela, introducidos por los alemanes, merced a la concesión hecha por el emperador a los banqueros Welzer y en las expediciones de Alfinger, Vasuña, Von Spira y Federman, que los introdujo desde el Oeste, en 1539, en el Nuevo Reino de Granada —la

Colombia actual—, poco después de que Balcázar, teniente de Pizarro, a quien pronto traicionó, hubiese subido al menos hasta Calicon perros del Perú; en Santa Marta, en una expedición de Pedrarias de 1514, en Cartagena, en la expedición de Heredia de 1533, cuando ya era gobernación independiente de Castilla del Oro, y no digamos nada, para cualquier tiempo en el Darién, Panamá y Nicaragua; y, en fin, si por el Este llegaron a subir hasta la actual Carolina del Norte, por el Oeste, llegaron más arriba de Guadalajara, ya en tiempos del virrey Mendoza, a raíz de la guerra de Mixtón, donde se aperrearon indios ya apresados, en el mismo campo de batalla, al tiempo que se inauguraba un procedimiento harto económico de ejecución sumarisima mediante arma de fuego que consistía en atravesar con cañón cuantos indios dispuestos en hilera tuviese la bala la fuerza de ensartar.

8. «Becerrillo»

El más famoso de los perros de indias fue *Becerrillo*, padre del *Leoncito* que Balboa se llevó al Darién. Criado en La Española fue llevado a la actual isla de Puerto Rico, «de color bermejo», nos cuenta Oviedo, «y el bozo de los ojos adelante negro, mediano y no alindado, pero de grande entendimiento e denuedo (...) porque entre doscientos indios sacaba uno que fuese huído de los cristianos(...) e le asía por un brazo e lo constreñía a se venir con él e lo traía al real (...) e se ponía en resistencia lo hacía pedazos (...) E a media noche que se soltase un preso, aunque fuese ya una legua de allí, en diciendo: 'Ido es el indio' o 'búscandolo', luego daba en el rastro e lo hallaba e traía». (...) «La noche que se dijo», sigue Fernández de Oviedo, «de la guazabara o batalla del cacique Mabodomoca(...) acordó el capitán Diego de Salazar de echar al perro una india vieja de las prisioneras que allí se habían tomado; e púsole una carta en la mano a la vieja, e díjole el capitán: 'Anda, ve, lleva esta carta al gobernador, que está en Ayamaco', que era una legua pequeña de allí; e decíale esto para que así como la vieja se partiese y fuese salida de entre la gente, soltasen el perro tras ella. E como fue desviada poco más de un tiro de piedra, así se hizo, y ella iba muy alegre, porque pensaba que por llevar la carta, la libertaban; mas, soltando el perro, luego la alcanzó, y como la mujer le vido ir tan denodado para ella, sentóse en tierra y en su lengua

comenzó a hablar, y decíale: 'Perro, señor perro, yo voy a llevar esta carta al señor gobernador', e mostrábale la carta o papel cogido, e decíale: 'No me hagas mal, perro, señor' Y de hecho el perro se paró como la oyo hablar, e muy manso se llegó a ella e alzó una pierna e la meó, como lo perros suelen hacer en una esquina o cuando quieren orinar, sin le hacer ningún mal. Lo cual los cristianos tuvieron por cosa de misterio, según el perro era fiero e denodado; y así el capitán-vista la clemencia que el perro había usado, mandóle atar e llamaron a la pobre india, e tornosé para los cristianos espantada pensando que la habían enviado llamar con el perro, y temblando de miedo se sentó, y desde a un poco llegó el gobernador Juan Ponce; e sabido el caso, no quiso ser menos piadoso con la india de lo que había sido el perro, y mandóla dejar libremente y que se fuese donde quisiese, y así lo fizo» (hasta aquí el relato de Oviedo).

De esta manera fue, pues, como la costumbre india de sentarse en el suelo ante un superior a quien se teme coincidió por azar con la actitud precisa para que la vieja india lograra salvar su vida frente al perro, y cómo los resortes instintivos que inhiben en los cánidos el impulso de agresión llegaron a dar una inopinada lección de piedad a las conciencias de hombres que se decían cristianos.

9. Fusión de razas

Resulta asombroso y hasta cínico que todavía haya quien sostenga la falacia histórica de que en América hubo fusión de razas y culturas. En lo que toca a la fusión de razas, a raíz del exabrupto de Fidel Castro, que tanto escandalizó, Carlos Robles Piquer (según citaba entre comillas el *Diario 16* del 17 de septiembre de 1985) no tuvo empacho en replicar lo siguiente: «Como es sabido, la empresa de España es una obra de mestizaje y cruce de sangres y, por tanto una obra de amor y no de odio, como le gusta predicar a Fidel Castro» (hasta aquí la cita).

En un sentido étnico, sólo se puede hablar de amor cuando hay *connubium*, es decir, simetría o bilateralidad en las uniones sexuales permitidas entre dos etnias o tribus, digamos A y B, o sea, tanto en el sentido varón de A con mujer de B, como en el sentido varón de B con mujer de A. El *connubium* es la

relación fundamental que establece el reconocimiento de la igualdad étnica o tribal entre A y B. La asimetría, esto es la unicidad de sentido de las uniones sexuales permitidas (soló varón de A con mujer de B, nunca varón de B con mujer de A), se opone explícitamente al *cannubium*, como negación de la igualdad entre dos etnias o tribus consideradas e indica además el orden jerárquico Superior-Inferior de la desigualdad, al coincidir siempre –salvo remotas excepciones de sociedades matrilineales– con el orden Varón-Mujer de las únicas uniones sexuales permitidas.

El mestizaje americano se atuvo a una relación rigurosamente asimétrica; las únicas uniones sexuales que se dieron fueron las de varón blanco con mujer india. Y por mucho que en 1514 autorizase el matrimonio entre españoles e indias (sin duda mucho más por reconciliar con la Iglesia y poner en paz con Dios a esos españoles en pecado de barraganía, que por dar alguna protección legal a sus indias y a sus hijos frente a irresponsabilidades o abandonos de los amantes blancos), tal sacramentalización tuvo escaso éxito, pues el casarse con indias fue socialmente tenido por deshonroso, de modo que el mestizaje no puede recibir, étnicamente hablando, otro nombre que el de violación de los conquistados por los conquistadores, de los dominados por los dominadores, de los siervos por sus amos.

La hembra blanca permaneció, étnicamente, virgen. ¿Dónde está, pues, la «obra de amor» de que habló Robles Piquer? ¿Acaso en el prostíbulo ambulante que la expedición de Soto llevó desde Florida a Carolina del Norte detrás de sí y cuya plantilla de indias tenía que ser constantemente renovada por otras de reemplazo, ya sea capturadas en entradas, arma en mano, ya recibidas de manos de caciques más atemorizados que amistosos, por las muchas que iban muriendo en el camino, al seguir a los españoles uncidas unas a otras en colleras, tras el agotamiento de sus prestaciones sexuales nocturnas y sus servicios domésticos diurnos?

Sin duda, éste puede representar un caso extremo, del que pocos mestizos llegarían a nacer, pero es una medida de valor que no puede dejar de contar en el cálculo del término medio de lo que llegó a valer la mujer india para el varón español en esa «obra de amor» que para Robles Piquer fue el mestizaje.

10. El triunfo de la cruz

Al Santo Padre Juan Pablo II no se le ocurrió mejor cosa que ir a decir que el descubrimiento, la conquista y la colonización de América no habían sido un fracaso sino un triunfo del Cristianismo precisamente a Puerto Rico, donde, como es sabido, los habitantes tainos, junto con los de las otras grandes Antillas que ocupaban, se habían extinguido ya del todo hacia 1540. Se ha explicado tan rápida extinción de esta etnia entera más que por las muertes producidas por los españoles o por la simultánea destrucción de sus configuraciones de vida y sociedad, por el contagio de enfermedades traídas por los invasores, contra las que los isleños carecían de defensas orgánicas.

Es muy verosímil que la obra de estos contagios tuviese la importancia que se le da, pero, por lo pronto, es muy difícil separar su poder mortífero de la dispersión y desarraigo de los individuos de sus comunidades y asentamientos primitivos, para ponerse al servicio de los cristianos. Así que, aunque éstos hubiesen desplegado un verdadero celo misionero en las Antillas, lo más que podrían decir sería: «Nuestra intención de ganar nuevas almas y nuevos pueblos para la Fe de Cristo no pudo ser mejor, pero no podíamos prever que las enfermedades acabarían tan rápidamente con nuestros catecúmenos, así que llegamos a tiempo para poco más que darles cristiana sepultura». La Cristianización de las Antillas vino así, a reducirse a ponerle una cruz a la fosa común de la entera progenie, que por la propia llegada de los cristianos, se extinguió.

Decir otra cosa es persistir en la concepción territorialista que la Iglesia aprendió del Estado, en que la expansión del Cristianismo, más que en ganar nuevos pueblos para la fe de Cristo, consiste en añadir nuevos territorios a la Administración Romana, con fundación de nuevas sedes episcopales y provisión de los correspondientes titulares, pues lo único que en realidad quedó definitivamente convertido al Cristianismo fue el puro territorio de las islas, trocado en cementerio de sus aborígenes.

Fernández de Oviedo comparte, *avant la lettre*, la concepción territorialista de Juan Pablo II cuando, a propósito de la extinción de los tainos en la Española, dice: «Ya se desterró Satanás de esta isla; ya cesó todo con acabarse la vida e los

más de los indios, y porque los que quedan de ellos son ya muy pocos y en servicio de los cristianos» (hasta aquí la cita). Si se trataba de acabar con los paganos, era, en efecto, más inequívoca y expeditiva la muerte, ya por contagio de gérmenes, ya por tajo de espada, que la siempre dudosa conversión.

11. ¿Encuentro o encontronazo?

Un tópico frecuente sobre el descubrimiento es el decir que, con Colón o sin Colón, se produjo en el momento histórico preciso en que tenía que producirse, como si los acontecimientos históricos fuesen como las brevas en la higuera, que tienen su momento de madurez y su punto de sazón. Se alega, a tal respecto, no sólo el desarrollo tecnológico de la navegación, sino también no sé qué espíritu humanista, que en realidad, fue más bien la destrucción de toda moral pública o civil, y no digamos en cuanto a la ética internacional o derecho de gentes. Las condiciones tecnológicas no afectaron mínimamente al hecho de que el descubrimiento les pillase a los castellanos totalmente desprevenidos tanto intelectual como, en mucho mayor grado moralmente, abriéndoles un horizonte que desbordaba todo lo concebible y conmensurable con su conocimiento y para su conciencia. Lejos de estar a la altura del novísimo panorama que se les presentaba, se vieron, por el contrario, tan atónitos, desbordados y arrollados como los indios mismos.

Lo paradójico y pintoresco del caso fue que las únicas reservas de humanidad (cosa que no hay que confundir con «humanismo») y de conciencia capaces de encarar la novedad con un mínimo de responsabilidad, de prudencia y de respeto, y, sobre todo, el único caudal de sentimientos universalistas que se requería, no estaban en el tan cacareado espíritu renacentista, sino en la tradición medieval de la escolástica tardía; los únicos que hicieron saltar la chispa del escándalo ante la barbarie desencadenada del renacimiento fueron los anticuados continuadores de Tomás de Aquino.

El renacentista y humanista era el doctor Sepúlveda, que resucitaba, sin empacho, la doctrina aristotélica según la cual la conquista y la dominación estaban justificadas si eran impuestas por un pueblo más culto sobre otro más inculto y

bárbaro; y medievalista y retrógrado era Melchor Cano, discípulo predilecto de Vitoria, que negaba, en cambio, que la superioridad cultural confiriese ningún derecho de soberanía sobre el más primitivo, y que se preguntaba incluso si la configuración social de los españoles no sería destructiva para los indios, diciendo textualmente: «No conviene a los antípodas nuestra industria y nuestra forma política».

Esta era la delicada tradición capaz de ponerse, con su verdadero universalismo, a la altura del descubrimiento, al saber percibir la diferencia de los indios y respetarla. Encuentro entre distantes sin previo y parsimonioso recorrido de aproximación, súbita inmediatez cara a cara entre diferentes, sin lenta y paulatina comparación, determinación y reconocimiento de las diferencias jamás puede ser encuentro sino encontronazo, con toda la brutalidad de un puro choque, que convertirá la diferencia en ciega e impenetrable otreidad. Pero la otreidad es fundamento de casi inevitable antagonismo, cuando no consecuencia de él.

La otreidad propone automáticamente jerarquía, como hemos visto a propósito de la asimetría sexual, la decisión corresponde siempre al contraste de las armas: quien vence es superior y quien es superior domina. Las leyes de Burgos de 1512, más que leyes, parecen denuncias, al prohibir literalmente llamar a los indios *perros* y darles palos.

12. La envidia del Imperio

Lo que pretende este quinto centenario –junto con otros propósitos todavía más indignos y superficiales– es tal vez inventarse a quinientos años de distancia un Imperio Español que, bien mirado, no llegó a existir. Me explicaré: todo espectáculo necesita, para serlo, conseguir credibilidad ante los espectadores; si no es creído por los espectadores, el espectáculo no existe como tal. La tragedia del gran espectáculo, de la gran ópera wagneriana, que hoy muchos quisieran que hubiese sido el Imperio Español, es que no pudo llegar a ser creído por los espectadores de su tiempo, porque hubo todo un gallinero abarrotado de reventadores que, desde que se alzó el telón hasta que los alguaciles se vieron obligados a desalojar la sala, no dejaron de patear un solo instante. Con semejante pateo de los reventadores el espectáculo perdió

toda posible credibilidad y se malogró como un niño nonato. Y así fue cómo el Imperio Español nunca existió. La secreta amargura de las posteriores generaciones hasta la propia de hoy es que a España nunca le fue reconocido con sincera convicción haber tenido imperio, como si, en cambio, se le había reconocido antes a Roma y se le reconocería después a Gran Bretaña. Ante ellas los españoles vienen sufriendo silenciosamente una especie de envidia histórica, por que la envidia tiende a proyectarse sobre las cosas menos envidiables. Pero romanos e ingleses acertaron a cuidar sus representaciones imperiales y a seleccionar los espectadores; y así la infamia humana que fueron sus imperios consiguió ser creída y aplaudida como un espectáculo grandioso. ¿Por qué a nosotros –dicen los españoles–, que nos esforzamos tanto como ellos, que desencadenamos tanto furor, tanto tormento, tanta sangre y tanta muerte como ellos, no nos son concedidos en la Historia Universal análogos honores imperiales? Porque dejasteis –les contestan– que el gallinero se os abarrotase de rufianes, carentes de todo sentimiento de grandeza, renuentes a todo entusiasmo de dominación, insensibles a la sublimidad del sacrificio y el *pathos* de la sangre; por eso vuestra Gran Opera Imperial acabó redundando un fracaso estrepitoso. Y aun desde el principio dejasteis que el argumento mismo fuese discutido por esa partida de indocumentados, de perros callejeros, de frailazos comedores de berzas cocidas con ajo y con sal. ¿Cómo queríais que con esa gentuza abarrotando el gallinero saliese adelante el sublime espectáculo histórico que viene a ser toda gran ópera imperial, comprensible tan sólo para espíritus egregios y elevados? Todo lo cual me sugiere que, en lugar de una festiva conmemoración, lo indicado sería, precisamente, resucitar la noble tradición de los reventadores del Imperio Español, hoy tan alicaída, que si los reventadores de obras malas siempre fueron saludables para el teatro, no digamos lo urgentes que serían para la historia, y revolverlos de nuevo no sólo contra el imperio español y los anteriores y siguientes, sino contra la propia Historia Universal.

13. La neutralidad es imposible

Toda conmemoración es, por naturaleza, apologética y, consiguientemente, no neutral, ni, mucho menos, crítica. Con-

memorar una cosa comporta aprobarla y hasta glorificarla, y por añadidura que los conmemorantes se identifiquen con los conmemorados por una especie de mística vía transhistórica. Apenas la organización del centenario intentase introducir en él un solo elemento crítico, el público sería el primero que lo rechazaría, argumentando, con entera lógica, que cómo se le invitaba a conmemorar festivamente sucesos que repugnan a la sensibilidad y a la moralidad actuales y vigentes y a identificarse de algún modo con autores de sucesos tales a él, que mira con escándalo situaciones presentes bastante más benignas, como las que concurren en la Unión Sudafricana.

Lo que no han acertado a percibir los promotores del indigno festival es que, una vez aceptada la opción estética de la grandeza, se abren de par en par, aun sin quererlo, las puertas a la peor literatura orteguiano-falangista, y a los más detestables rjpios fascistoides del propio Antonio Machado, sobre «la España del cincel y de la maza /con esa eterna juventud que se hace/ del pasado macizo de la raza». La celebración del quinto centenario reavivará todas las falacias de aquella retórica orteguiana del «proyecto sugestivo de vida en común», como —son sus palabras— «un proyecto incitador de voluntades, un mañana imaginario capaz de disciplinar el hoy y de orientarlo, a la manera en que el blanco atrae la flecha y tiende el arco», y en el que —sigo citando— «la vaga imagen de tales empresas es una palpitación de horizontes que funde temperamentos antagónicos en un bloque compacto» (hasta aquí Ortega). Pero ninguna de sus euforias estetizantes se vería tan desmentida por una somera lectura de las crónicas antiguas como la de que —vuelvo a citar literalmente— «en la colectividad guerrera quedan los hombres integralmente solidarizados por el honor y la fidelidad, dos normas sublimes». Si algo resalta escandalosamente en las crónicas de Indias es la extrema rareza del caso de dos conquistadores españoles, miembros, supongo, de una colectividad guerrera, que se llevasen bien, que no tuviesen inquinas y querellas entre sí, pues no pudo reconocer como amistades las frecuentes complicidades de interés frente a terceros. Resalta, por eso, como una excepción, la amistad afectuosa, confiada y perdurable que hubo entre Cortés y su capitán Sandoval. Y citaré, al respecto, el comentario que hace Fernández de Oviedo a propósito de una anécdota concreta: «Faltar un

hermano a otro» —dice textualmente— «en tiempo de necesidad se ve pocas veces, sino en aquellas partes, donde hay poca amistad entre los hombres». Es sorprendente que se siga encareciendo la conquista, donde, por falta a toda virtud humana, hasta la lealtad de convivencia entre españoles se vio rebajada a sórdidas complicidades de truhanes. Es una lástima, pero incluso al respecto de las dos normas sublimes que Ortega atribuye a la colectividad guerrera, la epopeya española falla lamentablemente, y, a poco que se repasen las crónicas con un mínimo de exigencia y honradez, se verá cómo no puede proporcionar satisfacción alguna ni siquiera a los degustadores de la historia según la estética de la grandeza.

14. Final

Estos degustadores de grandezas —acaso con la sola excepción del Hegel más genuino y radical— necesitarían, además, que hubiese, como en toda gran ópera wagneriana, cual la que ellos quisieran que hubiese sido la del doblemente presunto Imperio Español, verdaderos protagonistas personales, sujetos libres, dueños de sí mismos, y auténticos autores de sus grandes hazañas, no meros agentes ejecutores, mandatarios o hasta puros posesos enajenados de su propio ser, como realmente fueron en uno u otro grado los conquistadores, instrumentos, en fin, de la Historia Universal.

Ira de Dios, azote de vesania y de martirio fue el desatado furor de dominación con que el huracán de la Historia Universal, reactivado por un descubrimiento que desbordó las conciencias de los descubridores tanto como dejó atónitas las de los indios, arrebató a los españoles en la conquista del imperio de ultramar, configurándolo desde el principio como una pura fábrica de sufrimientos y, como tal, renovado sin alivio, y a veces hasta agravado por un aumento de productividad, por el criollaje que se alzó con la herencia de los padres fundadores y que aún se cuida periódicamente de engrasarla aquí y allá como máquina de infelicidad y de injusticia, con arreglo al modelo de cuya construcción los inescrutables designios del Señor hicieron ejecutores a los españoles.

Fue uno de los menos simpáticos y más discutibles detractores de la imperial empresa quien, sin embargo, más se

aproximó a la intuición fundamental. Tiene razón Menéndez Pidal cuando lo acusa —como en su tiempo lo habían acusado algunos— de que su pretendido amor hacia los indios era mucho menor y menos evidente que su odio hacia los españoles.

El aborrecimiento por los españoles era, intuitivamente, aborrecimiento por la Historia Universal, supuesto que eran los españoles quienes, en su triunfante papel de ejecutores del furor de predominio, aparecían como la encarnación visible que ostentaba su representación. «Las Casas» —dice Menéndez Pidal— «quisiera deshacer la historia universal, como quiere que se deshaga y vuelva atrás la historia indiana de España». Don Ramón se refiere aquí a la circunstancia de que Las Casas, sobre la falsilla de la aborrecida conquista hispana de Ultramar, no reparase en revolver sus iras contra el imperio Romano y el Alejandrino.

En efecto Bartolomé de Las Casas estuvo a un paso de que su intuición alcanzase el concepto que le correspondía, pero las concretas atrocidades de los españoles singulares fueron los árboles que no le dejaron ver el bosque, y éstos los particulares sujetos empíricos que retuvieron su intuición en los umbrales mismos del universal real; el principio de dominación en cuanto mal sin malos.

Mas no por esto sería justo dejar de hacerles honor de aborrecerlos, tratándolos, así, como si hubiesen sido los sujetos libres, dueños de sí mismos, que habrían podido ser, precisamente con la intención póstuma, y aun en cierta manera paradójica, de redimirlos de no haberlo sido. Para Castilla del Oro, que, además del Darién y Panamá, incluyó hasta 1524 la posterior gobernación de Santa Marta y hasta 1532 la de Cartagena, Fernández de Oviedo estima, desde 1514 hasta 1542, una despoblación de dos millones de indios, entre matados por los españoles y deportados como esclavos, cifra indudablemente exagerada, como todas las que redondean en varios ceros, pero en modo alguno inverosímil para un lapso de veitiocho años. Sea como fuere, y a tenor de lo dicho más arriba, creo obligado citar uno de los párrafos finales de su relato de los hechos de Castilla del Oro, de los que ha sido durante no pocos años testigo de vista.

Después de enjuiciar, uno por uno, a los 45 capitanes que ha conocido allí, se detiene en los seis personajes principales:

el gobernador Pedrarias Dávila, el obispo Juan de Quevedo, el alcalde mayor, licenciado Gaspar de Espinosa, y los tres cargos clásicos de la Administración española: tesorero Alonso de la Puente, contador Diego Márquez y factor Juan de Tavira, para añadir después literalmente: «Pero no quiero ni soy de parecer que se cargue toda la culpa a los seis que he dicho, ni tampoco absuelvo a los particulares soldados, que como verdaderos manigoldos o buchines o verdugos o sayones o ministros de Satanás, más enconadas espadas e armas han usado que son los dientes e ánimos de los tigres e lobos, con diferenciadas e innumerables e crueles muertes que han perpetrado tan incontables como las estrellas...».

Porque aún lloramos

Gioconda Belli

«Después de varios meses de recios combates, uno tras otro morían los guerreros. Vimos nuestras aldeas arrasadas, nuestras tierras entregadas a nuevos dueños, nuestra gente obligada a trabajar para los encomenderos. Vimos a los jóvenes púberes separados de sus madres, enviados a trabajos forzados o a los barcos desde donde nunca regresaban. A los guerreros capturados se les sometía a los más crueles suplicios; los despedazaban los perros o morían descuartizados por los caballos.

Desertaban hombres de nuestros campamentos. Sigilosos desaparecían en la oscuridad resignados para siempre a la suerte de los esclavos.

Los españoles quemaron nuestros templos: hicieron hogueras gigantescas donde ardieron los códices sagrados de nuestra historia; una red de agujeros era nuestra herencia.

Tuvimos que retirarnos a las tierras profundas, altas y selváticas del norte, a las cuevas en las faldas de los volcanes. Allí recorríamos las comarcas buscando hombres que quisieran luchar, preparábamos lanzas, fabricábamos arcos y fle-

chas, recuperábamos fuerzas para lanzarnos de nuevo al combate.

Yo recibí noticias de las mujeres de Teguzgalpa. Habían decidido no acostarse más con sus hombres. No querían parirle esclavos a los españoles.

Aquella noche era de luna llena, noche de concebir. Lo sentí en el ardor de mi vientre, en la suavidad de mi piel, en el deseo profundo de Yarince.

Regresó de la caza con una iguana grande, color de hojas secas. El fuego estaba encendido y la cueva iluminada de rojos resplandores. Se acercó después de comer. Acarició el costado de mi cadera. Ví sus ojos encendidos en los que se reflejaban las llamas de la hoguera. Quité su mano de mi costado y me resbalé más lejos, hacia el fondo de la cueva. Yarince vino hacia mi creyendo que se trataba de un juego para excitar más su deseo. Me besó sabiendo cómo sus besos eran pulque jugoso en mis labios: me emborrachaban.

Lo besé. En mi surgían imágenes: agua de los estanques, tiernas escenas, sueños de más de una noche, un niño guerrero, rebelde, ineludible, que nos prolongara, que se pareciera a los dos, que fuera un injerto de los dos cargando las mas dulces miradas de ambos.

Me aparté antes de que sus labios me vencieran.

Dije: «No, Yarince, no». Y luego dije «no» de nuevo y dije lo de las mujeres de Teguzgalpa, de mi tribu: no queríamos hijos para las encomiendas, hijos para las construcciones, para los barcos, hijos para morir despedazados por los perros si eran valientes y guerreros.

Me miró con ojos enloquecidos. Retrocedió. Me miró y fue saliendo de la cueva, mirándome cual si hubiera visto una aparición terrible. Luego las ramas de la hoguera, muriéndose encendidas.

Más tarde escuché los aullidos de lobo de mi hombre. Y más tarde aún, regresó arañado de espinas.

Esa noche lloramos abrazados, conteniendo el deseo de nuestros cuerpos, envueltos en un pesado rebozo de tristeza.

Nos negamos la vida, la prolongación, la germinación de las semillas.

¡Cómo me duele la tierra de las raíces sólo de recordarlo!
No sé si llueve o lloro». *

Quizás mi primer contacto con las rebeliones indígenas tuvo lugar una tarde, antigua ya en mi memoria, en que mi abuelo materno me relató, en el viejo corredor de su casona colonial en León, Nicaragua, la historia de la princesa Xotchilt Acatalt –Flor de Caña– hija del poderoso cacique de los Subtiava: Agateyte. La princesa se había enamorado de un gallardo capitán español, quien le había enseñado el dominio de los caballos. Juntos, los amantes galopaban en las tardes causando la admiración de nativos y recién llegados. Españoles y subtiavas habían sostenido hasta entonces relaciones amigables. Sin embargo, el momento llegó en que las ansias de dominio de los Conquistadores los llevaron a querer subyugar a Agateyte y su pueblo. El amante conspiró contra el suegro y una noche, al mando de sus tropas se lanzó al ataque contra el palacio del Cacique que ardió hasta sus cimientos. En el medio de la batalla, la princesa Xotchilt Acatalt, armada de arco y flecha, salió montada sobre el caballo que el traicionero amante le regalara, lo buscó entre los soldados y le disparó una flecha que le atravesó el corazón mientras ella gritaba: «Muere traidor de mi padre, ladrón de mi honra, asesino de mi pueblo». Tras haber consumado su venganza, la princesa Flor de Caña se lanzó a las llamas de su palacio encendido.

Mi abuelo tenía el don de contar vívidamente historias y leyendas. La de la princesa Flor de Caña se quedó grabada en mi imaginación de niña, hasta el punto que, cuando sola en mi cama, de noche, la revivía, lloraba imaginándome el terrible dolor de la princesa traicionada.

Desde entonces, mi infancia y temprana adolescencia estuvieron signadas por la fascinación por el legado indígena.

* Fragmento de la novela de Gioconda Belli «La mujer habitada». Parte correspondiente a la reflexión de «Itzá», personaje indígena. Lo referido por Itzá está basado en un período de la rebelión indígena en Nicaragua en que los indios, según López de Gomara: «...no dormían con sus mujeres para que no pariesen esclavos de españoles...» (tomo I, p. 346).

Mientras viajaba en vacaciones a distintos lugares de Nicaragua, me quedaba absorta mirando túmulos vegetales e irregularidades del terreno, imaginándome que escondían ruinas de la civilización arrasada de mis ancestros.

Después, he visitado cementerios indígenas, sitios sagrados, he asistido a excavaciones cerca del Lago de Granada... las estatuas, los fragmentos de cerámica pintados de rojo y negro, los incensarios, me han hablado del dolor de una cultura forzada a la sumisión y condenada por ignorancia al exterminio.

Muchas disquisiciones intelectuales se pueden y deben hacer alrededor de la sumisión de los territorios americanos por los europeos en este Quinto Centenario. Para mí, sin embargo, esta discusión a pesar del tiempo transcurrido y —me atrevería a decir— por fortuna, aún no ha trascendido el plano de lo afectivo. Siempre me llama la atención la airada forma en que reaccionan los españoles, cuando los americanos lamentamos la política de tierra arrasada de la «Conquista». Tan visceral es su reacción como la nuestra. Pareciera que estuviésemos refiriéndonos a una disputa moderna, a sucesos recientes. Quizás ellos quisieran que nosotros fuéramos capaces de ver estos hechos a distancia, que fuéramos capaces de apreciar los resultados juzgando el pasado a través del presente, saboreando nuestro español, por ejemplo, la lengua por cuyo legado Pablo Neruda perdonaba a los bárbaros conquistadores en «Confieso que he vivido».

Estamos ante un hecho que tendrá distintas lecturas según el grado de desarrollo de las sociedades «conquistadas». Los ciudadanos de Estados Unidos, usurpadores del apelativo «americanos» para auto-denominarse, no tendrán problemas para celebrar *Columbus Day* con bombos y platillos, siendo como son, en su mayoría inmigrantes europeos, tan ajenos al dolor ancestral, como lo son a las condiciones de vida de los *native Americans* en sus reservas.

La paradoja es que, para los latinoamericanos, el presente no es un resultado amable que pueda balancear positivamente el saldo rojo de los años de sumisión. Al contrario, la mayoría de los pueblos de Latinoamérica, frente a un presente y un pasado histórico inmediato de neo-colonialismo y de dominio del imperio moderno del Norte con su *mass-media culture*, vuelve los ojos hacia atrás, hacia su pasado indígena, para encontrar en él un sentido de identidad, de valor propio.

Aún seguimos resistiendo «colonias» de diversos tipos y añorando los tiempos en que nos fue dado florecer dentro de culturas nativas, autóctonas, nuestras.

España se defiende de nuestro dolor, argumentando que no fue tan cruel como Inglaterra, que convivió y se mezcló con nuestras sangres dando lugar al mestizaje. Yo diría que quizás la diferencia cualitativa estuvo dada más bien por el nivel de desarrollo de las culturas indígenas al norte y al sur del Río Bravo. Si los ingleses destruyeron culturas aún nómadas, los españoles tuvieron que vérselas con culturas establecidas y con un alto grado de desarrollo; con un Tenochtitlan y un Machu Pichu. De allí también la resistencia secular de Latinoamérica al mismo mestizaje, que hace que aún ahora sintamos que somos pueblos en busca de la recuperación de nuestra verdadera identidad.

La pervivencia de esta lucha, expresada en el contenido antiimperialista de nuestras innumerables batallas, es lo que impide que contemplemos impávidos y de forma desapasionada la «celebración» del inicio de siglos de coloniaje y sumisión para nuestros pueblos. No podemos hacerlo cuando aún persiste el peligro de muerte por atrevernos a ser quienes somos, cuando aún la mayoría de los habitantes del continente americano, no hemos podido gritar «Tierra»; no se nos ha dado «descubrir» la auténtica América nuestra; cuando el tiempo del dolor y las lágrimas sigue siendo el tiempo presente.

Los desafíos de América Latina

Adolfo Pérez Esquivel

La década de los 80 será recordada en América Latina como la de la transición a la democracia. Luego de largas y crueles dictaduras (en la mayoría de los casos), los pueblos cifraron sus esperanzas en procesos políticos que recuperarían o fundarían la democracia representativa y, de acuerdo con las expectativas, cambiarían los esquemas económicos y políticos que los empobrecieron y reprimieron por tanto tiempo. La redistribución del ingreso, un mayor nivel de empleo, reimplantación de las conquistas sociales, correcto desempeño de la justicia, castigo a quienes violaron los derechos humanos y conocimiento de la verdad junto a una participación más activa en el terreno político, eran algunas de las más sentidas reivindicaciones que los pueblos de la región esperaban satisfacer en el más corto plazo posible.

Luego de varios años de iniciadas las transiciones —que hasta ahora siguen tales— han entrado en una etapa que convierte en realidad un dilema que desde el principio se vislumbraba como posible: la contradicción entre la ampliación del marco político (pluralista y representativo) y la esta-

bilidad económica signada por estancamiento, cuando no regresión y la exclusión.

Es indudable que, desde el punto de vista político, la recuperación del espacio democrático ha significado un mejoramiento respecto a la vigencia de los derechos civiles y políticos de la población. Pero de igual modo se vive un proceso de agudo empeoramiento relativo a la realización de los derechos económicos, sociales y culturales de los pueblos, lo que, entre otras cosas, deja planteada la amenaza permanente y, en no pocos casos ya hecha carne, del recrudecimiento de distintas formas de represión violatorias a su vez de los derechos civiles y políticos, producto de los esfuerzos de los sectores dominantes, tanto nacionales como internacionales, por mantener una hegemonía frente a la oposición de los excluidos.

Es así que, junto a una profunda revalorización del pluralismo y la democracia como alternativa a las dictaduras militares, las transiciones han significado para los pueblos de América Latina un creciente empobrecimiento en lo económico y en la mayoría de los casos, una crisis profunda de participación en lo social.

Aún desprovistas de los rostros humanos que dan el verdadero significado a este agravio de proporciones genocidas, algunas estadísticas al respecto son ilustrativas:

– El Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo ha calculado que en 1990, al comenzar ya esta década, 240 millones de latinoamericanos estarían debajo del límite de la pobreza: 60 por ciento de la población. Por el año 1980, la cifra correspondiente era de 36 por ciento.

– Hacia el mes de enero de 1989, en el 40 por ciento de los hogares del continente se vive alguno de los grados de la escala de desnutrición.

– El 44 por ciento de la fuerza laboral se encuentra sin trabajo o subempleada. De 25 millones de cesantes en 1980, el desempleo aumentó a 40 millones en 1986 y la espiral ha continuado creciendo considerablemente en los últimos años.

– El 68 por ciento de los habitantes se aloja en viviendas inadecuadas. Entre el 30 y el 60 por ciento vive en condiciones de hacinamiento, insalubridad y desamparo social, contribuyéndose con ello a la creación de un llamado «cuarto

mundo», donde ya se albergan entre 82 y 100 millones de habitantes en favelas, campamentos, poblaciones, villas miserables y otras, con la consiguiente situación de violencia que en estos momentos arrastra entre 250 y 300 muertes al día.

– Según datos de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), para 1989 el producto por habitante es un 8 por ciento inferior al alcanzado a comienzos de 1980; la inversión total se contrajo en un 20 por ciento; y la capacidad productiva es un 15 por ciento inferior.

La realidad de América Latina, sin embargo, no es la de un continente pobre. Es de un continente, y de un pueblo, empobrecido.

Los alcances de este proceso de empobrecimiento se ven claramente expresados al referirse a la transferencia de recursos hacia afuera de la región en los últimos años, consecuencia directa del endeudamiento externo fomentado en la década anterior y los programas de ajuste estructural impuestos por la banca y los Estados acreedores por conducto de organismos como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial.

Sólo entre 1982 y 1988, desde América Latina se efectuó una transferencia neta de recursos financieros equivalente a 178.7 mil millones de dólares. No obstante, en el mismo periodo la deuda externa de esta región ascendió de 331.1 mil millones a 401.4 mil millones de dólares. Esto significa una transferencia de recursos que corresponde a casi la mitad del valor acumulado de la deuda externa, equivalente a la vez al 4 por ciento del Producto Interno Bruto de América Latina.

Cierto es que desde 1985, los mecanismos de conversión de deudas en propiedad accionaria sobre empresas y bancos preexistentes, y sobre todo propiedades estatales; se ha acentuado arrojando una leve reducción (cercana al 2 por ciento) en el monto de la deuda... Sin embargo, hay que subrayar que esta disminución no sólo no alcanza un nivel significativo relativo al monto global de la deuda de los países concernidos, sino, además, representa un hecho económico y político de consecuencias graves puesto que conlleva un proceso de transferencia de la propiedad y del control de la gestión de importantes empresas y de resortes fundamentales de la política económica hacia consorcios transnacionales. De este mo-

do queda planteado un importante problema de soberanía nacional para los pueblos que están viviendo este proceso.

Condicionadas por múltiples factores, incluyendo en primer término la deuda externa y la acrecentada dependencia que sufren los países de América Latina al concluir los regímenes autoritarios, estas «redemocratizaciones» no han satisfecho, ni mucho menos, las expectativas de cambio que los sectores populares generaron e impulsaron desde su oposición a los predominantes gobiernos castrenses. Lo que sí sucedió por el contrario fue la consolidación paulatina de proyectos económicos y sociales que se iniciaron al amparo del terrorismo de Estado y que excluyen a las mayorías populares.

El divorcio planteado desde el poder entre las demandas sociales y el «quehacer político» ha generado una pérdida de credibilidad en la clase política. La escasa voluntad política demostrada por los representantes populares para buscar soluciones justas ha generado una situación de impunidad que los pueblos rechazan de una u otra manera.

Este panorama cuestiona la posibilidad de profundización del sistema democrático y del tránsito hacia sociedades con mayor justicia social.

El problema de fondo no parece ser tanto la disponibilidad de recursos, aunque es indudablemente un factor, sino más bien los condicionamientos externos y las decisiones internas, en gran medida tomadas o refrendadas por el Estado, respecto a su destino y beneficiarios.

Ante esta situación, los principales desafíos que visualizamos para nuestros pueblos son:

– En lo político, profundizar el concepto y la práctica democrática garantizando el derecho de los pueblos a participar en la toma de decisiones en todos los ámbitos de la vida cotidiana apoyando la organización y articulación del movimiento popular; buscar una integración real entre nuestros pueblos generando procesos de intercambio económico, cultural, social, científico y tecnológico tendiendo a la elaboración de propuestas alternativas.

– En lo económico, cuestionar el origen fraudulento de la deuda externa, denunciando la impunidad del orden económico internacional.

– En lo cultural, revalorizar las culturas, principios e identidad de nuestros pueblos contrarrestando las formas autoritarias; recuperar críticamente nuestra memoria histórica dándole proyección latinoamericana.

El mero funcionamiento del sistema democrático no implica que las instituciones del Estado funcionen con el objetivo de favorecer el bienestar de las mayorías.

El cambio de la situación de pobreza que viven nuestros pueblos sólo será posible si además de ir resolviendo necesidades básicas impostergables, logran consolidar sus organizaciones y recuperar un espacio político protagónico en la trama social. De lo contrario, llegaremos a fin de siglo con un continente dividido, donde la mayoría no llegará a disfrutar de sus derechos más elementales. Del otro lado, quedará el país «formal» que hoy accede a los beneficios del «progreso y la modernidad».

De colonizaciones recientes

Karmelo Landa

«Ustedes deben ahora favorecer el que los capitalistas extranjeros puedan explotar y especular en la Unión Soviética».

Son los últimos días del sorprendente mes de agosto del 91; Bethell, eurodiputado conservador británico, interpeló al embajador soviético Vorodine en una sesión extraordinaria del parlamento europeo en Bruselas, a propósito de los sucesos en la URSS:

«Sé que éstas son las peores palabras en su vocabulario marxista, pero a la URSS le vienen muy bien la explotación y la especulación en estos momentos».

Cuando van a cumplirse cinco siglos desde el inicio de la colonización americana, el gran principio justificativo de todos los procesos de explotación y aniquilamiento de pueblos enteros, el de la identidad colonizador-benefactor, está plenamente vigente en el pensamiento político occidentalista, vivamente representado por este aristócrata inglés, miembro hereditario de la Cámara de los Lores, que se hace registrar

en la relación nominal parlamentaria (allá donde otros ponen nombre y apellido) como «Bethhell, The Lord».

El complejísimo mapa político que está resultando de la desintegración del llamado bloque del Este empieza, sin embargo, a reflejar algunos rasgos precisos: uno es la vocación imperialista, colonizadora de los dirigentes de la Comunidad europea, incluidos los líderes socialdemócratas.

En el debate arriba mencionado, el portavoz de la socialdemocracia alemana, el diputado de origen griego Jannis Sakellariou, defendió fogosamente la necesidad urgente de una fuerza europea de intervención militar en el exterior, para conseguir que las opiniones y posturas comunitarias se hagan valer allí donde sea preciso.

Lo curioso es que su intervención coincidió en el tiempo con la publicación de un «eurobarómetro» (indicador de opinión pública comunitaria) señalando que la mayoría de los alemanes son contrarios a la creación de una fuerza militar europea de despliegue rápido. Esta última opinión queda recogida en una encuesta realizada con el objetivo de sacar conclusiones de la guerra del Golfo: los datos reflejan que la mayoría de los ciudadanos alemanes y del Estado español rechazan la creación de tal fuerza militar, en contraste con la opinión pública de los otros países comunitarios.

Siendo esto así, la intervención de Sakellariou habría que entenderla como expresión de una «vanguardia» que quiere modificar un estado de opinión en su país, más que como reflejo del mismo. Saque cada uno las conclusiones sobre el sentido del pretendido cambio, teniendo en cuenta además que la actual Constitución alemana prohíbe el despliegue militar fuera del territorio de la OTAN, limitación ésta de carácter claramente progresista que la derecha alemana se esfuerza en suprimir.

«La historia y la geografía cambian al galope», afirma esos mismos días el presidente de la Comisión europea Jacques Delors, montado a la grupa del mismo caballo. Lo cierto es que los cambios comenzaron hace un tiempo, cuando fue haciéndose evidente que la política de bloques dejaba paso a un mundo unipolar dirigido por la batuta de los yanquis.

El nuevo ambiente comenzaba a sentirse el pasado otoño, cuando pude visitar la sede central de la ONU en Nueva York formando parte de una delegación parlamentaria, en plena

crisis del Golfo y en vísperas de la guerra. La experiencia fue un libro abierto, empezando por el mismo prólogo de la recepción oficial de los 12 embajadores europeos ante la ONU, que se convirtió en la bienvenida dada por 11 embajadores y un encargado de negocios: el de la embajada española, efectivamente, que escuchó impasible y sin alterar el gesto mi autopresentación como representante de Euskadi.

La ONU y el nuevo orden internacional

Eran los días del embargo contra Irak, y un Pérez de Cuellar abrumado recibió a nuestra delegación: «Veo salidas de guerra para el conflicto, y desafortunadamente no veo una salida diplomática», nos adelantó el secretario general de la ONU, para añadir que el Gobierno iraquí resistía al rigor de las sanciones económicas, y lamentar los «inquietantes rumores que apuntan a la necesidad de dar una lección militar a Irak».

No obstante, muy poco tiempo después, la propia ONU adoptó la resolución que justificaba el uso de la fuerza contra Irak y en consecuencia la intervención multinacional dirigida por Estados Unidos. La ONU pasaba a ser un instrumento de la potencia hegemónica en un orden internacional en el que la desaparición de la política de bloques hacía aún más patentes las contradicciones entre países ricos y pobres, entre pueblos y estados y entre primer y tercer mundo.

La técnica de instrumentalización es la siguiente: los llamados «grandes» tienen en la ONU un discurso común que habla de consenso, democratización y pacificación mundial, pero al tiempo controlan férreamente el Consejo de Seguridad por medio de sus cinco miembros permanentes, y así comprometen a la ONU en sus políticas propias, arrastrándola a posiciones de su propio interés en conflictos regionales, o llevándola a intervenir en cuestiones internas de determinados países. Se coloca a la Asamblea General como pantalla de tratamiento de grandes problemas mundiales y búsqueda de soluciones humanitarias, pero a la vez se actúa en «petit comité» ante los conflictos.

Lo paradójico es que en la propia sede central de la ONU es posible encontrarse con representantes de los principales movimientos de liberación e incluso con altos funcionarios

con posiciones sorprendentemente radicales en el análisis de la situación mundial. Uno de ellos es el director general de Desarrollo, Antoine Blanca, conocido como «monsieur Tiers Monde». Su análisis para la década de los 90 es alarmante en lo que se refiere a África y a Centro y Sudamérica: afirma tajantemente que la situación será insostenible en amplias regiones de éstos Continentes, a causa del hambre, las migraciones masivas, la deforestación y degradación del medio ambiente y la extensión de enfermedades infecciosas.

Antoine Blanca denuncia la caída brusca de la solidaridad con el tercer mundo en Europa y los países ricos, y afirma que es imprescindible replantearse el modelo de desarrollo a nivel mundial porque el vigente acrecienta el foso entre el primer y tercer mundo.

Estos análisis y opiniones conviven en la sede de Naciones Unidas en Nueva York con doctrinas intervencionistas puras como la expresada durante nuestra visita por el vicesecretario Marrack Goulding, que defiende la sustitución de las operaciones «Peace keeping», dirigidas al mantenimiento de la paz, por otras más activas denominadas «Peace making», que podrían considerarse de «pacificación».

Recorrer las calles de Nueva York es también una forma de encuentro con el nuevo orden: el centro de Manhattan, «Park avenue» y las limusinas saliendo de las sedes centrales de las multinacionales; subir en el metro hasta el Bronx norte y comenzar el descenso a pie, toda la geografía urbana de la marginalidad, desde el barrio negro hasta el Bronx hispano en el sur, de asentamiento precario y más reciente, mucho más «tirado», hablando español de acentos fuertes. Es un anuncio de la marcha hacia el norte que no cesa al sur de río Grande.

El acercamiento al gran hermano del norte es la clave exitosa de la política del presidente mexicano Salinas de Gortari y del sempiterno PRI, que han encontrado en el Tratado de Libre Comercio una posibilidad de trato de favor. La búsqueda de semejantes ventajas relativas parece extenderse en un tercer mundo cuyos componentes aparecen disociados y hasta enfrentados, en contraste con la coordinación que se observa en el club de los ricos.

Lo que parece indudable es que este tipo de favores no permiten a los favorecidos salir del pozo. Un vasco residente desde hace muchos años en Mexico D.F., ciudad de inconta-

bles e incontados habitantes (mas de 20 millones?), me hablaba desalentado de la corrupción extendida a todos los niveles como una auténtica doble economía imposible de extirpar.

Provincias de Ultramar

Las nuevas formas de dominio y explotación del tercer mundo no han supuesto, sin embargo, la desaparición de las antiguas posesiones coloniales. En el mundo sigue habiendo más de una treintena de territorios sometidos a la pura y dura ocupación colonial, pasando en ocasiones de un dueño a otro, como el Sáhara, o manteniendo desde antiguo su pertenencia a una metrópoli. Estados Unidos y varios Estados europeos guardan un buen número de colonias.

En el caso de Europa, los Estados francés, español, inglés, holandés, británico y portugués detentan colonias que han motivado recientes guerras (como las islas Malvinas, Georgia y Sandwich del Sur, colonias británicas, escenario de enfrentamiento bélico entre Gran Bretaña y Argentina), o intervenciones militares (como la francesa en su colonia de Kanaky o Nueva Caledonia), o amenazan con ellas (Ceuta y Melilla, motivo de contencioso entre Marruecos y el Estado español).

Por otra parte, el proceso de integración en la Comunidad europea da lugar a situaciones enormemente paradójicas en relación a las posesiones coloniales de los Estados. Francia considera a Martinica, Guadalupe, Guyana, Kanaky (Nueva Caledonia), Reunión y Polinesia, espacios geográficos muy alejados de la metrópoli, en su gran mayoría insulares y desde luego difícilmente asimilables a la geografía europea, como «provincias o departamentos de Ultramar» (DOM).

Semejante eufemismo va camino de convertirse en doctrina comunitaria, porque las instituciones de la CE pretenden, mediante el programa llamado POSEIDOM, hacer propia la clasificación gala y otorgar a las colonias un estatuto de integración comunitaria.

Por dónde apunta el progreso

Los pueblos del tercer mundo y los movimientos de liberación nacional y social necesitan de algún tipo de unión o coordinación para hacer frente a un mundo unipolar con un

bloque imperialista muy coordinado, homogeneizado y agresivo; ésta es la idea que ronda actualmente en la cabeza de mucha gente. Es la idea básica expuesta por el ex-presidente de Nicaragua, el sandinista Daniel Ortega, en un Seminario sobre el nuevo orden internacional realizado la pasada primavera en Bruselas. Idea reiterada luego en el reciente Congreso sandinista de Managua, y que genera ya cierta polémica: ¿esto debe ser o no una nueva Internacional?, ¿qué relación ha de tener con la Internacional Socialista?

Las respuestas dependen entre otras cosas de la valoración que se tenga sobre la socialdemocracia. Si nos referimos a la socialdemocracia europea, caben pocas dudas sobre el papel que desempeña en el nuevo orden internacional y en la construcción de la nueva fortaleza europea, en cuyas murallas decenas de miles de albaneses, entre otros, han visto recientemente estrellarse sus esperanzas de sobrevivir, sin más.

El derrumbe de la Unión Soviética y de los Estados del Este está teniendo diversas consecuencias negativas en la política internacional y en la suerte de varios pueblos. No es fácil imaginar la desesperanza de pueblos como el palestino que, a la difícil situación política creada para su lucha, tienen que añadir la arribada de cientos de miles, quizás millones, de judíos soviéticos como colonos a los territorios ocupados.

Los kurdos o los saharavis tampoco encuentran apoyo político decidido para sus luchas de liberación por parte de la socialdemocracia. En el caso del Frente Polisario, éste no oculta su disgusto por la actitud de la socialdemocracia española, a cuyo apoyo supeditó casi en exclusiva su política de alianzas, y que ahora le paga desde el gobierno de Madrid con un doble juego con Hassan II de Marruecos, lo que hace que el proceso de descolonización y el referéndum de autodeterminación propiciados por la ONU se encuentren en este momento con un futuro incierto.

En todo caso, la nueva situación internacional tiene la virtud de situar en primera plana, sobre todo en Europa, la independencia de las Naciones sin Estado y la práctica del derecho a la autodeterminación. El proceso iniciado con la rápida unificación alemana, continuado por las Repúblicas bálticas, después por otras en la Unión Soviética y en la República Yugoslava, presenta una inusitada aceleración.

Hace apenas un año que las Repúblicas bálticas realizaron las primeras proclamas independentistas. Todavía el pasado mes de noviembre fueron rechazadas de la reunión de París de la CSCE a la que pretendían acudir. El pasado mes de julio tuve ocasión de entrevistarme en Estrasburgo con el presidente lituano Landsbeghis, y su interés estaba en conseguir llevar su caso a la reunión de la CSCE de Helsinki el año próximo: viendo las resistencias europeas y occidentales al reconocimiento de su independencia, ni él mismo podía soñar en un reconocimiento internacional como el que se ha dado tan sólo mes y medio más tarde.

Ahora mismo son Eslovenia y Croacia las que luchan por el reconocimiento internacional de su independencia. Cabe pensar que terminarán por conseguirlo.

La cuestión de la independencia de las Naciones sin Estado está plenamente vigente y desborda las fronteras de la Unión Soviética y de los países del Este. No puede ocultarse, dentro de la Comunidad europea, la lucha por la independencia de vascos, irlandeses o corsos, por citar los casos más conocidos y no los únicos, pues catalanes, gallegos, bretones, flamencos,... una larga lista pugna por hacer valer sus derechos nacionales.

La cumbre de Helsinki de la CSCE en 1975 estableció una serie de principios de política internacional entre los que prevalecían la inmutabilidad de las fronteras y la no-injerencia en asuntos internos de los Estados.

1992 no será sólo el año del quinto centenario del inicio de la colonización del Continente americano. Ese año volverá a reunirse en Helsinki la cumbre de la Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa (CSCE) en lo que se conoce como Reunión de Helsinki 2. Esperemos que en esta nueva ordenación de política internacional prevalezcan el reconocimiento del derecho de autodeterminación y de la soberanía del pueblo vasco y de todos los pueblos europeos.

El nuevo orden mundial o la especie en su laberinto

Heinz Dieterich

No cabe duda que la humanidad vive no sólo un fin de siglo cronológico, como tantos otros más, sino un verdadero *fin de siècle* de tendencias seculares de evolución.

La invasión estadounidense a Panamá, la derrota del Frente Sandinista de Liberación Nacional en Nicaragua, la implosión del socialismo en Europa y los acontecimientos del Golfo Pérsico definen el futuro de la especie con una fuerza dramática, que quizás sólo es comparable al nacimiento del capitalismo industrial y las transformaciones ciclópeas producidas por éste.

Las reflexiones sobre estos acontecimientos pueden llevarse a cabo desde diferentes niveles. Uno de los más importantes es, indudablemente, el sistema internacional de 1492, cuyo V Centenario está siendo celebrado actualmente por las fuerzas antihumanistas y cínicas del mundo.

Un segundo nivel de análisis está constituido por el filogenético, en particular por la inquietante pregunta acerca del destino de la especie. Y esta reflexión nos remite, en tercer

lugar, al elemento más pequeño de la historia, a su partícula básica: el *homo sapiens*.

Aunque nuestro análisis abordará primordialmente la temática del sistema internacional, no está demás, relacionar la indagación principal con algunas acotaciones acerca del sustrato antropológico del proceso histórico. Sirva como punto de partida el acontecimiento más relevante de los ya arriba mencionados: el fin del socialismo europeo y el subsiguiente regreso del sistema internacional, *mutatis mutandis*, al estado de organización socio-política pre-socialista de 1917.

¿Qué es el socialismo?

El socialismo científico puede entenderse como el intento de establecer una sociedad hermanada, con justicia social y bienestar material y cultural. Lo que en la terminología de los creadores del socialismo científico se llamaba «la sociedad sin clases», es la «democracia popular» de los movimientos de liberación nacional actuales, es decir, un sistema político, económico, cultural y militar por y para las masas de la nación.

Fue un intento humanizador de la organización social del antropos, un remedio al sistema capitalista de explotación y del *homo homini lupus* que ha hundido a la mayoría de la especie en la miseria y opresión. Sin embargo: fracasó el antídoto al sistema inhumano del capital y con ese fracaso se integró el socialismo (europeo) a la ya larga cadena de intentos de rectificación del accidentado y violento proceso de evolución de la humanidad.

Los eslabones de esta cadena son múltiples y variados, desde la rebelión pacífica del carpintero palestino, Jesús sobre las metafísicas de Budha y Muhamad hasta las doctrinas racionalistas de la ilustración burguesa. Obviamente, todos estos proyectos de rectificación del comportamiento social humano hacia metas más solidarias y éticas muestran diferencias importantes. Hay proyectos metafísicos y seculares; algunos pregonan métodos pacíficos de cambio, otros aceptan la legitimidad de las armas; unos tienen *status* científico, otros son meramente ideológicos; hay finalmente, utopías abstractas o sea irrealizables y utopías concretas, es decir, proyectos históricos de transformación estructural.

A pesar de su diversidad, existe, sin embargo, una característica común entre todos: el hecho de que fracasaron rotundamente en la realización de sus objetivos de socializar el comportamiento humano y las relaciones sociales correspondientes. Ante este fenómeno se impone, naturalmente, la pregunta acerca del por qué de sus fracasos.

Hay respuestas particulares para cada caso. La involución del socialismo europeo, por ejemplo, se debe a la incapacidad de los Estados socialistas de desarrollar las fuerzas productivas por encima del nivel del sistema social burgués. Las deformaciones de las superestructuras políticas y culturales socialistas, con su falta de derechos y libertades formales del tipo burgués y sus represiones históricamente innecesarias (por ejemplo, contra la homosexualidad), fue deplorable, pero secundario en el proceso de involución de sus sistemas.

Su pecado mortal radicaba en el campo de las fuerzas productivas, que es el verdadero campo de batalla y piedra de toque en la lucha entre dos clases y modos de producción sociales, a mediano y largo plazo. La toma de poder por parte de una clase subordinada es extremadamente difícil, pero la historia provee de vez en cuando coyunturas que la hacen posible. Si la nueva clase en el poder logra o no consolidar esta coyuntura, es decir, si la derrota de la antigua clase en el poder es táctica o estratégica, ya no se decide en el campo político-militar, sino en el campo económico-social.

Fue la lenta acumulación de fuerzas industriales lo que permitió a la burguesía decidir finalmente en su favor la lucha secular contra la aristocracia terrateniente. Nada semejante se operó en la lucha entre el capitalismo y el socialismo. A partir de 1945, la tecnología productiva de los Estados socialistas se volvió comparativa y progresivamente más improductiva que la del capitalismo desarrollado, lo que produjo la inevitable erosión de la lealtad de las masas nacionales. Esto, en cambio, reforzó las características opresivas de los Estados socialistas.

Con esto, obviamente, no queremos decir que el relativo atraso de las fuerzas productivas de los países socialistas frente a las metrópolis capitalistas, y su carácter formalmente menos democrático, demuestra que el sistema socialista es incapaz de competir en ambos campos con el capitalismo. A nuestra manera de ver, la implosión de los Estados socialistas

Europeos tiene sus explicaciones primordialmente no en el carácter sistémico del socialismo, sino en las circunstancias históricas en que llegó al poder.

La primera revolución socialista exitosa, que en muchos sentidos fue determinante para el posterior proceso de desarrollo de la historia de los dos sistemas antagónicos, se produjo en uno de los países económicamente más atrasados del sistema mundial capitalista, en su «eslabón más débil», la semi-bárbara y semi-feudal Rusia zarista. El capitalismo avanzado, que no había podido impedir la toma del poder por parte de las fuerzas populares en octubre de 1917, trató de revertir este triunfo popular mediante una intervención militar masiva con tropas estadounidenses, inglesas, francesas, checoslovacas y japonesas, unidas a la contrarrevolución interna. Se tenía que «estrangular al bebé revolucionario, antes de que asumiera demasiadas fuerzas», había aconsejado Winston Churchill. Sin embargo, la intervención militar fracasó al igual que el aislamiento político y el bloqueo económico que impusieron los aliados triunfadores de la Primera Guerra Mundial.

Derrotada la contrarrevolución antipopular nacional e internacional en 1922, el socialismo tuvo que empezar a construir la nueva sociedad desde cero. Aún así, el período de paz para desarrollar el nuevo sistema, apenas duró once años. Con la llegada al poder del nacionalsocialismo alemán, estaba claro, que una nueva agresión militar del capitalismo era inevitable. El proyecto de desarrollo de una sociedad socialista, es decir, una sociedad más justa y más democrática que la burguesa tuvo que dejar lugar a una economía de guerra y una militarización de la sociedad en prevención de la conflagración del futuro.

El ataque se produjo en 1941 y dejó a la Unión Soviética destrozada. Más de veinticinco millones de muertos, la mitad de la industria destruida, los sistemas de transporte y comunicación y las ciudades en ruinas. Así llegó el año 1945.

Destruída la cabeza de lanza fascista del ataque, Estados Unidos asumió el lugar que habían ocupado los nacionalsocialistas. La guerra fría, iniciada con la advertencia nuclear a Moscú —que significaban las bombas atómicas estadounidenses sobre Hiroshima y Nagasaki— obligó nuevamente a con-

centrar los recursos del primer país socialista en la preparación defensiva de un eventual ataque militar estadounidense.

De los setenta años de construcción del socialismo en la URSS, sesenta fueron, por ende, determinados por situaciones de agresión bélica efectiva del imperialismo o por la amenaza de tal agresión.

Esto tuvo trascendentales consecuencias no sólo sobre el desarrollo de la base productiva del país, sino igualmente sobre la organización social y política del sistema. En tiempos de extrema crisis cualquier Estado cierra los espacios democráticos existentes y transfiere grandes cuotas de poder de la sociedad civil a la sociedad política. La *dictadura* romana en tiempos de guerra, la dictadura revolucionaria de los jacobinos, la dictadura del proletariado de los bolcheviques y los diversos regímenes dictatoriales de la burguesía (dictadura militar, fascismo, etc...), son algunos ejemplos de esta legalidad del comportamiento del Estado.

Dado que las circunstancias de excepción —es decir, la amenaza de agresión externa— nunca dejaron de existir para la Unión Soviética, su binomio de conducción nacional: partido-Estado, nunca vió como prioridad política la democratización de la vida sociopolítica del país, sino la consolidación y defensa del poder del Estado. La consiguiente enajenación entre vanguardia, Estado, intelectuales y masas fue, entonces, inevitable. Ante la falta de evolución adecuada tanto del factor objetivo como del factor subjetivo, el sistema socialista de la URSS tuvo que entrar en una crisis profunda.

Crisis de este tipo son «resueltas» en los países capitalistas subdesarrollados mediante la instalación de regímenes dictatoriales y la aplicación masiva y sistemática del terror de Estado: Guatemala, El Salvador, Colombia, Haití, la República Dominicana, Chile, Argentina, Indonesia, etc.; los sangrientos ejemplos tomados del *record* histórico de la burguesía son innumerables. En la URSS, Gorbachov decidió como mecanismo de superación de la crisis socialista la transformación de éste en capitalismo y su modernización mediante la intervención de las empresas multinacionales y estados imperialistas. Dado que los demás estados socialistas de Europa del Este se habían erigido sobre el paradigma soviético y dependían de su apoyo económico, político y militar, no podían sobrevivir al colapso del viejo sistema en la URSS.

¿Podemos inferir de la implosión de los estados socialistas en Europa oriental, que el socialismo como alternativa evolutiva al capitalismo no sirve? Evidentemente, que no. Significaría sacar de premisas correctas conclusiones falsas. La derrota del socialismo en Europa sólo demuestra que no tuvo el poder suficiente para consolidarse frente al capitalismo, en las circunstancias europeas del siglo XX. Nada más. Al igual que el fracaso del cristianismo institucionalizado frente a la praxis progresista del carpintero rebelde no demuestra, que las políticas de reforma agraria, de justicia y de un trato hermanado entre los miembros de una comunidad, solicitadas y practicadas por Jesús, eran «falsas». O también, que la incapacidad de la burguesía estadounidense, de implementar los postulados anti-racistas de la constitución del país, no permiten inferir que estos postulados sean equivocados.

Explicaciones como las dadas para la implosión del socialismo europeo se pueden dar también para el fracaso de los demás sistemas de rectificación de los sistemas sociales de la especie que hemos mencionado. Sin embargo, la reflexión sobre el fracaso de dichos sistemas nos remite inevitablemente al sustrato antropológico de la evolución social, al ser humano. Si el socialismo, el cristianismo, el budhismo, las doctrinas éticas, el racionalismo y demás sistemas con pretensiones humanizantes no lograron perfeccionar o al menos, remediar los comportamientos antisociales de los miembros de esta especie, se impone la conjetura, de que «el tejido» y la estructura ontológica de esta especie hacen inverosímil o imposible un cambio estructural de su comportamiento desde «fuera», o sea mediante sistemas del tipo mencionado.

La naturaleza humana o ¿cómo convertir el carbón en diamante?

El problema principal de la «materia prima» de la historia del *homo sapiens* consiste en que se trata de una especie animal accidentada genéticamente; accidente genético que le permitió salirse del reino animal mediante el razonamiento y el trabajo a medias.

Mientras ambas facultades le han permitido adueñarse de la naturaleza «externa», en su naturaleza interna sigue siendo en gran medida el Calibán originario, determinado en su

comportamiento primordialmente por su instinto de conservación y egoísmo. El resultado de la contradicción está a la vista en la cabeza de Jano del proceso histórico: cinco mil años de constante avance del saber positivo y control racional sobre la naturaleza coexiste orgánicamente al lado de cinco mil años de despiadada explotación, subordinación y tragedia del hombre por el hombre.

Para decirlo de una manera más pregnante. La contradictoria estructura ontológica del ser humano, cuya dinámica más fuerte lo predestinó para una subsistencia animal –que se caracteriza por la ley de la selva–, mas no para una existencia solidaria y ética, provoca que esté actuando en un terreno biológicamente ajeno, cuando se le pide un comportamiento solidario y ético. De ahí, que los paliativos sociales inventados por los próceres de la historia, tales como las religiones, las utopías, el socialismo etc., han fracasado, hasta hoy día, en cambiar cualitativamente las tendencias antisociales del antropos.

Existen, al menos, dos deficiencias fundamentales en el sustrato biológico del *homo sapiens*, que han hecho muy difícil el éxito de los remedios sociales. La primera consiste en la ausencia de un pensamiento naturalmente objetivo y la segunda radica en la ausencia de una ética de fraternidad o solidaridad.

Los sistemas *naturales* de interpretación simbólica del universo –es decir, realizados mediante símbolos– que utiliza el ser humano, nos son conocidos como: el sentido común, los estereotipos, el pensamiento mágico, metafísico, religioso etcétera. Cada uno de estos sistemas simbólicos naturales del hombre, que cumplen diferentes funciones en la vida del ser, se caracteriza por serias falacias en la intelección de la realidad. La falsa asociación de ideas, la confusión de relaciones causa-efecto, el uso de inferencias deductivas e inductivas erróneas, el uso de racionalizaciones, la aceptación de inconsistencias y contradicciones y las inferencias por analogías son sólo algunas de las trampas del pensamiento que utiliza el hombre de manera espontánea o natural.

La consecuencia de las deficiencias estructurales de estos sistemas naturales de interpretación de la realidad radica en que permite la introducción de los deseos e intereses del sujeto cognoscente en el proceso analítico de la realidad.

Esos elementos subjetivos deforman la realidad ya que producen «lecturas» arbitrarias de ella, es decir, versiones ideológicas de los fenómenos. Sin embargo, lo que desde un punto de vista del conocimiento objetivo se presenta como deficiencia, figura dentro de los sistemas interpretativos naturales como virtud. El valor de estos sistemas de interpretación para el individuo radica precisamente, en el elemento deformador de la realidad objetiva, por que le permite conciliar las contradicciones y frustraciones de su existencia real en su mente, librándole de esta manera del imperativo de actuar en forma consistente con sus valores y de cambiar el mundo social externo.

Dos ejemplos serán suficientes para ilustrar este valor práctico que confieren las deficiencias cognitivas del pensamiento humano natural a los actores sociales. En los años sesenta, había una tasa de desempleo virtualmente de cero en la República Federal de Alemania. Cuando se presentó la primera gran crisis económica a finales de los sesenta, los ciudadanos se enfrentaron en pocos meses al fenómeno del desempleo; hubo alrededor de dos millones de cesados, aproximadamente un 8 por ciento de la población económica activa. Para un pensamiento objetivo es obvio, que dentro de un espacio de tiempo de un año dos millones de trabajadores no pueden volverse repentinamente perezosos. Sin embargo, muy pronto la estereotipia de: desempleado igual a perezoso, estaba arraigada en toda la república.

Un segundo ejemplo es la iglesia católica. A mucha gente le pareció normal y hasta positivo, que Juan Pablo II fuera a Nicaragua para presionar públicamente a los Sandinistas para que permitieran la democracia, entendiéndose por ella la implementación del sufragio general. (Lo mismo sucedió frente a los países socialistas). La extraordinaria contradicción en que incurría el jerarca al emitir semejante demanda no pareció molestar a nadie, siendo el Papa el representante de la última monarquía absoluta existente en el siglo veinte.

No es el *primus inter pares* de la monarquía feudal, sino el *l'état c'est moi* del absolutismo francés con fuertes rasgos —sobre todo en la esfera de legitimación del Estado y del rey— del despotismo oriental. Los ciudadanos de este Estado abarcan alrededor de quinientos millones de personas, pero ninguna de ellas tiene la menor influencia sobre la elección de su

Jefe de estado y pastor espiritual. La «elección» de este Jefe de Estado la realiza una pequeña élite burocrática (una oligarquía) que se reproduce desde hace mil setecientos años mediante el mecanismo de la cooptación. La mitad de los ciudadanos, las mujeres, son *a priori* excluidas de las posiciones de poder en el aparato de Estado, la discriminación de minorías como los homoeróticos es notoria y criminal, y contra las decisiones del rey absoluto no hay ninguna instancia de apelación.

A la luz del hecho, de que el Papa es el representante y la encarnación de un sistema fundamentalmente antidemocrático, violador de los derechos humanos de mujeres y minorías, elitista y opresivo, a muchos creyentes no les parece ni les produce una disonancia cognitiva, moral y política insoportable escuchar el llamamiento del Papa y ver las presiones del Vaticano sobre muchos regímenes supuestamente no-democráticos.

Resumiendo podemos decir, que el *homo sapiens* no muestra ninguna tendencia o necesidad antropológica inherente hacia una comprensión racional y objetiva de su entorno. Más bien, sus sistemas antropológicos naturales de interpretación le proporcionan, por diversas razones, una imagen subjetiva y arbitraria del mundo.

El único sistema de percepción objetiva de los fenómenos es el pensamiento científico, si abstraemos el arte. El arte comparte la utilidad epistemológica de la ciencia en cuanto intelección objetiva del mundo, pero expresa sus conocimientos en lenguajes mucho más subjetivos que la ciencia. De ahí que ocupa un lugar intermedio entre los sistemas de interpretación subjetivos mencionados y la ciencia.

Volviendo, entonces, al método analítico de la ciencia nos damos cuenta, que se trata de un tipo de pensamiento artificial. Es decir, un tipo de pensamiento que representa un esfuerzo cognitivo deliberado, cuya esencia radica en impedir cualquier distorsión subjetivista del proceso cognitivo del mundo real. El valor práctico de la ciencia consiste en excluir aquello, que los sistemas naturales de cognición humana tienen por esencia y naturaleza. Este hecho nos explica la escasa importancia del raciocinio objetivo en la vida cotidiana de las personas.

El desarrollo del pensamiento científico, tal como quedó

plasmado en la moderna ciencia, ha sido un paso gigantesco en la evolución del hombre, en su hominización. Lo ha liberado en gran medida de su dependencia de las fuerzas naturales y de las cadenas espirituales de la superstición, de la magia y de la religión. Sin embargo, al igual que en la esfera ética, este extraordinario triunfo de la razón sigue ocupando un papel en la planeación racional del destino de la humanidad que es comparable a los antiguos faroles: son pequeñas islas de luz en mares de fuerzas caóticas y violentas, que pocas veces logran iluminar al reino de la naturaleza.

La deficiencia epistemológica estructural se repite en el nivel ético del ser humano. Al igual que en el proceso cognitivo, no se observa en el *homo sapiens* ninguna tendencia inherente a su sustrato biológico, que le compele a tener un comportamiento de honestidad y solidaridad con su prójimo que exceda el de otros animales sociales, por ejemplo, de los lobos o chimpancés. Este hecho no debería sorprendernos. Al contrario, está totalmente dentro de la lógica de comportamiento que se deriva de su carácter biológico y que fue aprehendido con gran realismo y certeza por Thomas Hobbes en su sentencia *homo homini lupus*.

Dado que el animal no dispone de ética, sería extraño que el hombre —como animal— la tuviera. A semejanza del comportamiento de los animales sociales mencionados, el trato y la interacción entre los miembros de los grupos humanos depende de su respectivo poder; poder que define el acceso a los recursos del entorno y del grupo social, tales como: alimentación, sexualidad, prestigio social, capacidad de decisión etc. Mientras estos recursos existen en cantidad suficiente o en abundancia, el comportamiento de los miembros del grupo es «social» dentro de las reglas de juego constituidas (dentro de su «constitución»), es decir, los miembros de los estratos bajos del grupo obtienen un acceso limitado a los recursos. En la medida, en que los recursos escasean, el aspecto «social» de la convivencia desaparece y la realidad del poder se impone con fuerza, incluyendo la opresión y hasta la muerte física de los miembros más débiles del ente social.

Una breve mirada a la historia humana con su secuela interminable de esclavización, explotación, violación de los derechos humanos del hombre por el hombre muestra que esto ha sido el patrón fundamental de su organización social

desde las primeras sociedades de clase hasta las actuales sociedades de clase capitalista. De ahí que Marx hablaba de la «prehistoria del hombre», refiriéndose a la ley de la selva imperante en todas ellas y que sólo se superaría mediante la construcción de una sociedad hermanada, que él llamaba «socialista». Hoy día, esta ley de comportamiento del *homo homini lupus* es más visible que nunca. En la medida en que el capitalismo ha hundido al 85 por ciento de la especie en la miseria, se requiere una ceguera cada vez mayor, para negar tal verdad.

El estado del mundo actual no sólo nos demuestra la ausencia de un mecanismo antropológico-ético natural, digamos genético u hormonal, en el *homo sapiens*, sino también el fracaso de sus remedios sociales y políticos. El derecho internacional, que a nivel de la especie debería ser el baluarte más fuerte para lograr una convivencia democrática e igualitaria entre los miembros de la humanidad, se convierte en burla ante los intereses de los poderosos. Los grandes tiburones del sistema internacional se comen a las sardinas impunemente, llámense éstos nicaragüenses, cubanos o palestinos. Otro tanto sucede con los sistemas religiosos —con la excepción del budismo— cuya razón de ser a través de la historia ha consistido básicamente en reproducir y ampliar sus bases de poder, mas no la de cambiar en la práctica este «valle de lágrimas» (Schopenhauer).

El problema de la ausencia de un mecanismo natural de comportamiento solidario se agrava por dos factores adicionales: la debilidad de los sistemas psíquicos de control ético y el uso generalizado de mecanismos de racionalización.

El «super-ego» (*Über-Ich*) como Sigmund Freud llamaba a esta instancia moral del individuo, se encuentra en una posición de relativa debilidad frente a los otros sistemas bio-psíquicos del hombre, sobre todo su sustrato animal (el Id.) En efecto, en la correlación de fuerzas con los otros sistemas es reminiscente a la correlación de fuerzas entre el pensamiento científico y los pensamientos precientíficos. Se repite, guardando las diferencias, en el nivel moral, la relativa debilidad de los sistemas culturales frente a los naturales, que ya encontramos en el nivel cognitivo del hombre.

La segunda agravante mencionada se refiere a los prejuicios y estereotipias sociales, sexistas, racistas etc. Estos son mecanismos psico-lingüísticos que le permiten al individuo bloquear los impulsos de misericordia, compasión, comprensión y empatía con el prójimo, cuando se encuentra en situaciones angustiosas. Es decir, le permiten vivir tranquilamente y con buena conciencia en la opulencia y seguridad, mientras otros sufren una existencia infrahumana –muchas veces, a su lado y físicamente visible para él, dado que impugnan la responsabilidad de la deplorable situación del prójimo a sus deficiencias *individuales*: la víctima del sistema es responsable de su propia miseria.

El sistema de 1492 y el Nuevo Orden Mundial

El llamado «Nuevo Orden Mundial» es obviamente, y así lo percibe cualquier observador crítico de la historia mundial, el orden internacional establecido a partir de la invasión europea del hemisferio occidental en el año de 1492.

Los rasgos y mecanismos de este sistema internacional de dominación y explotación han sido «modernizados» conforme a los avances que han tenido las tecnologías de sometimiento y explotación en los últimos quinientos años. Sin embargo, la esencia y la lógica del sistema siguen siendo las mismas que se perfilaron a partir de la invasión de 1492.

La primera deuda externa de los pueblos americanos –de las Primeras Naciones (*First Nations*), como dicen en una hermosa formulación los indígenas de Canadá– fue el tributo que Colón impuso a los invadidos. A esta explotación financiera de la riqueza social autóctona los conquistadores agregaron inmediatamente los mecanismos de la explotación del trabajo (trabajo forzado, esclavismo, remuneraciones simbólicas) y del intercambio desigual mediante el trueque de sus chácharas por metales preciosos. Todos estos mecanismos siguen vigentes en el presente.

En lo militar les fue prohibido a las Primeras Naciones portar o poseer el armamento avanzado de la época: caballos y espadas. La política occidental durante y después de la Guerra del Golfo Pérsico evidencia, que los amos del sistema de 1492 están resueltamente decididos a mantener su monopolio sobre las tecnologías destructivas más avanzadas del planeta.

Colón y sus seguidores, al igual que los anglosajones en el norte, desconocieron a los órganos de conducción política de los sometidos, tanto a democráticos (p.e., la confederación de los Iroqueses) como centralistas (p.e., la monarquía incaica) y los sustituyeron por sus propios sistemas de dominación. El hecho de que los Sandinistas tuvieron que aceptar comisiones observadoras internacionales y de Estados Unidos en sus elecciones nacionales de 1989, muestra, que la tradición establecida con el «descubrimiento del 'Nuevo Mundo'» se encuentra en buena salud. En palabras de un miembro de la comisión observadora de las Naciones Unidas: «es la primera vez que supervisamos elecciones en un Estado soberano: antes lo habíamos hecho solamente en países coloniales y fiduciarios». Lo que el diplomático no dijo es que en este momento no hay países soberanos en Nuestra América, con la excepción de Cuba, por supuesto.

En lo cultural y social encontramos la misma verdad. Al conquistar el hemisferio occidental, los europeos convirtieron a sus pueblos en «indios», es decir en un «término medio entre ser humano y bestia» (Sartre) o, como dijieran los nazis más tarde, en *Untermenschen* (infrahumanos). Este procedimiento de dominación racista fue repetido en Africa, donde los civilizados europeos crearon los «negros». Hoy en día, asediada la «fortaleza Europa» por los «indios» del tradicional Tercer Mundo y los «indios» del nuevo Tercer Mundo en Europa del Este, el racismo ha recobrado una virulencia peligrosa pero muy funcional para los beneficiarios del *Reino de los quinientos años*.

Evidentemente, la lista de parámetros del continuismo de la esencia y lógica del sistema de 1492 podría prolongarse mucho. Podríamos mencionar la misma celebración del V Centenario del inicio del mayor genocidio de la historia que muestra que el cínico desprecio por sus víctimas no se diferencia en nada del que mostraron durante los tiempos de Bartolomé de Las Casas.

Crisis y defensas del sistema

El *Reich de los quinientos años* ha sufrido tres crisis estructurales durante su existencia. La primera es recordada en los anales de la historia como la Guerra de Independencia que se

realizó en América Latina de 1809 a 1825. La tenaz lucha continental contra el colonialismo español terminó en 1825 con la independencia formal de la mayoría de los pueblos americanos. Sin embargo, al no lograrse la emancipación económica de los viejos y, sobre todo, nuevos amos atlánticos –europeos y estadounidenses–, la soberanía política se quedó sin fundamento. El resultado está a la vista: estados semi-soberanos cuyo destino se rige, en cuanto a las decisiones trascendentales, en los gabinetes, los cuarteles generales y las oficinas de lujo de las corporaciones multinacionales metropolitanas.

La segunda crisis del sistema de 1492 se produjo al finalizar la Segunda Guerra Mundial. El desgaste de las viejas potencias coloniales, el involucramiento de masas coloniales en la lucha militar –que les enseñó el uso de la moderna tecnología militar– y la fermentación del nacionalismo y de ideas democráticas en las élites de las colonias, crearon una amenaza seria para la estabilidad del sistema imperial, entonces denominado «el Mundo Libre». El peligro consistía en que las mayorías de la especie humana pudieran elegir el camino socialista de desarrollo, lo que hubiera condenado al capitalismo a desaparecer de la escena de la historia mundial.

La sangrienta historia del intervencionismo, matanzas y represión de la postguerra fue la respuesta del imperio para conjurar el grave peligro constituido por el esfuerzo de los condenados de la tierra, de romper las cadenas seculares. La «Guerra Fría», como se denomina demagógicamente en el discurso de dominación occidental a esta gran contraofensiva del *Reino de los quinientos años*, fue exitosa, como nos muestran los acontecimientos desde 1945.

Sin embargo, la crisis más amenazante se produjo en 1917, con el éxito de la Revolución Rusa. Por primera vez desde el Renacimiento, los sueños de los oprimidos para lograr un sistema social más justo, hermanado y solidario, pasaron del plano de las utopías y esbozos abstractos a la realidad. La utopía concreta de una democracia popular era posible. El primer Estado de obreros y campesinos trazó el camino para las masas oprimidas y se volvió esperanza de ellas. Pero el fin de esta larga utopía llegó en el año de 1989. La implosión de los regímenes socialistas en Europa del Este

cambió cualitativamente la correlación mundial de fuerzas entre los partidarios de la democracia popular y los partidarios de la democracia burguesa. Se impuso nuevamente el sistema imperial del Primer Mundo frente al gran proceso de emancipación de la humanidad.

Resumiendo: en cada una de las grandes crisis que pusieron en tela de juicio el sistema de 1492, éste se mostró lo suficientemente fuerte, flexible y brutal como para aplastar las fuerzas de cambio.

Es obvio que el *Reich de los quinientos años* dispone de un elaborado sistema de control y dominación que le ha permitido mantenerse en el poder durante medio milenio. Una de estas líneas de defensa consiste en las tiranías que impone en los países semicoloniales: los Somoza, Batista, Trujillo, Stroessner etc. Cuando un pueblo logra romper esta línea de defensa y destruye las tiranías, generalmente después de largas y sangrientas luchas, entonces el imperio emprende la contraofensiva para instalar otra vez un régimen de ocupación. En el caso de la revolución nicaragüense, la contrarrevolución del imperio necesitó diez años, para recuperar la «trincher» perdida. En la Unión Soviética el imperialismo requirió 73 años. En el caso de Cuba el asedio y proceso contrarrevolucionario ya lleva 32 años.

Rota la primera línea de defensa del *Reino de los quinientos años*, se activa un segundo sistema de control y defensa que consiste en las relaciones capitalistas mundiales de producción y distribución. El estrangulamiento de las débiles economías de exportación tercermundistas mediante el bloqueo y el sabotaje económico, ataca el Talón de Aquiles de los regímenes antiimperialistas en los mercados de capitales y mercancías. Este medio fue utilizado contra Michael Manley en Jamaica, la Unidad Popular en Chile, la Cuba revolucionaria, la Nicaragua sandinista etcétera.

Cuando el método de estrangulación económica tampoco da los efectos deseados, entonces le queda al imperio la intervención militar directa o mediante fuerzas títeres. La agresión de los «contras» contra Nicaragua, la invasión de Granada y Panamá son ejemplos de este mecanismo de intervención, destinado a reinstaurar en el «ajedrez» mundial de dominación y explotación del capitalismo las figuras, que los movimientos de liberación nacional habían logrado quitar.

La especie en su laberinto

Si analizamos el estado actual de la especie, observamos enseguida que todas sus esferas de reproducción esenciales están organizadas de manera jerárquica, anti-democrática y explotativa. El orden mundial, creado a la imagen de los vencedores de 1492, constituye hoy día un régimen internacional, cuya cúspide de poder político, económico, cultural, social y militar se encuentra en manos de una pequeña oligarquía internacional que responde a demandas de democratización del sistema al estilo de la mafia: con la violencia.

En la esfera de reproducción económica de la sociedad mundial, las mentes críticas discuten preferentemente la política de instituciones como el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional (FMI) etcétera. Esta perspectiva es correcta y justificada, ya que dichos organismos juegan un papel importante en la regulación de la economía capitalista mundial. Sin embargo, se trata de organismos ejecutivos del capital, de sus Calibanes, mientras que el cerebro y centro de decisiones se encuentra en otra institución: el llamado Grupo G-7.

Al G-7 corresponde la tarea de coordinar la política económica de las potencias... Inglaterra, Italia, Francia y Canadá. Las tasas de interés, las cotizaciones de las valutas nacionales, las políticas del Banco Mundial y del FMI son variables del orden mundial económico que maneja este grupo.

Es evidente que las decisiones de este grupo afectan la vida de todos los miembros de la humanidad. La deuda externa de México, por ejemplo, alcanza ya la astronómica suma de 104 mil millones de dólares. Un aumento de las tasas internacionales de interés —la LIBOR de Londres o la PRIME RATE de Estados Unidos— en un 0,5 por ciento, significa que México tiene que aumentar su pago anual por concepto de intereses de la deuda externa en 500 millones de dólares. Dado que estas sumas serán extraídas de los presupuestos de educación, salud, etc., es obvio, que un determinado número de niños no alcanzará servicios de salud ni de educación. Es decir, se puede establecer sin mayor dificultad una correlación estadística entre el aumento de las tasas de interés del G-7 y la del número de niños que se mueren a raíz de este aumento.

Pese a las consecuencias que tienen las decisiones de este

organismo y al extraordinario poder que ha acumulado, no existe ningún control democrático de la sociedad mundial sobre él. La entrada al G-7 no es por elección, sino por cooptación, es decir, exclusivamente por invitación de los miembros. Los miembros de este ilustre club —sin excepción presidentes o cancilleres de las democracias occidentales, que no se cansan de cacarear las virtudes de la democracia a los cuatro vientos— se reservan el derecho de acceso, de tal manera que de los 159 Estados nacionales registrados en 1986 en las Naciones Unidas menos del cinco por ciento determina la economía de la humanidad.

Semejante es la situación en los niveles secundarios de los órganos de conducción capitalistas mundiales. Los procedimientos de participación y decisión no se rigen por principios de la democracia formal, sino, al igual que en el G-7, por la potencia económica.

Al analizar las estructuras políticas de decisión de la sociedad mundial, nos encontramos con los mismos resultados que en la esfera económica de reproducción. La asamblea general de las Naciones Unidas constituye la única representación política universal de la especie y, en efecto, muestra una estructura formal democrática en el sentido, de que cada nación dispone de un voto. Este sistema de «una nación, un voto» es un principio formal democrático que, sin embargo, no reviste mayor importancia práctica, debido a que la Asamblea General no dispone de poder real.

La Asamblea es un foro de debate público, que puede producir y ratificar resoluciones —y nada más—. La política real se hace en el Consejo de Seguridad. Y en esta junta de notables la democracia no tiene lugar. Los cinco miembros permanentes del consejo de seguridad: Gran Bretaña, Estados Unidos, Francia, la Unión Soviética y China, disponen de un derecho de veto, cuyo uso puede bloquear cualquier iniciativa o actividad de los demás 159 Estados de la sociedad mundial. No existe ninguna legitimación democrática para este instrumento de poder. La presencia de los Estados privilegiados en el consejo resultó de la correlación de fuerzas entre los aliados victoriosos de la coalición antifascista al fin de la Segunda Guerra Mundial, obteniendo el bloque socialista el cuarenta por ciento del poder y los países imperialistas el sesenta por ciento. Como mostró la guerra del Golfo Pérsico,

entre otras, las decisiones del Consejo pueden incidir considerablemente sobre los acontecimientos de la historia mundial. A la luz de la creciente fuerza y política imperialista de la reunificada Alemania y de Japón, podemos suponer, que la exclusiva oligarquía de las democracias occidentales será pronto ampliada por dos representantes más.

Otras organizaciones de la ONU que disponen de estructuras democrático-formales, ven restringido su campo de acción por limitaciones económicas y políticas impuestas por los Estados poderosos del Primer Mundo. Cuando en los años setenta y ochenta la UNESCO quiso cambiar el orden mundial de la información, Estados Unidos y Gran Bretaña vieron en peligro la hegemonía de sus medios masivos de comunicación multinacionales. En consecuencia, ambos países suspendieron sus pagos al presupuesto de la UNESCO y en poco tiempo, la organización estaba al borde de la quiebra, lo que, a su vez, llevó a la institución a cambiar a los funcionarios responsables y desistir de la idea de un orden mundial informativo más democrático y justo.

Otro ejemplo de esta naturaleza se dio en la Organización Mundial de la Salud (OMS) que constituye también una agencia de la ONU. Cuando la Organización por la Liberación de Palestina (OLP) solicitó su ingreso y contó con el apoyo de la mayoría de sus miembros, Estados Unidos amenazó con cortar las contribuciones económicas al organismo mundial. Esta amenaza fue suficiente para que la OLP se quedara fuera de la institución.

En el sector cultural se repite el dominio y la hegemonía de las élites atlánticas. En muchos países latinoamericanos, cuyas estaciones de televisión no disponen, por razones económicas, de corresponsales y noticieros propios, los programas de información son proporcionados directamente por la embajada estadounidense o, igualmente, por la televisión española (TVE). Dejemos a la discusión de los expertos, cual de los dos programas de información es peor. Pero está fuera de duda, que ninguno de los dos representan los intereses y necesidades de las mayorías del Tercer Mundo, sino la *weltanschauung* (visión del mundo) y el sistema de indoctrinación de las élites metropolitanas.

Y no es diferente la situación en los medios de comunicación impresos. Como paradigma del periodismo objetivo fi-

gura en América Latina el *New York Times* o también *Le Monde*, el lingüista más importante del mundo contemporáneo, Noam Chomsky, ha investigado científicamente la prensa del «mundo libre», llegando a la conclusión de que funciona conforme a las legalidades y principios funcionales de un «sistema de indoctrinación y propaganda estatal». Un reciente análisis comparativo de los periódicos liberales más importantes de Europa y Estados Unidos coincidió con esta inferencia.

A nadie que haya leído estos medios de la «prensa libre»d, puede sorprender a semejante resultado. Lo preocupante, sin embargo, consiste, en que estos aparatos de indoctrinación del *Reich de los quinientos años* son concebidos en el Tercer Mundo como medios de información objetiva e imitados de una manera servil y tonta. Por ejemplo, con frecuencia se publican los cables de las grandes agencias de información europeas y estadounidenses, sin ninguna edición crítica, reproduciendo los redactores fielmente el discurso de los poderes dominantes. De esta manera, el Tercer Mundo edita cientos de pequeños *New York Times* que hacen que el ciudadano de Nuestra América vea el mundo con los ojos de su amo. Un control de la mente, que no tiene nada que envidiar a la realidad Orwelliana de 1984. Y lo que dijimos de la información es igualmente válido para los sectores del cine, de la televisión, de la moda, música, la pintura etc. Las relaciones del Tercer Mundo «bailan» según la melodía que le tocan las multinacionales de la comunicación masiva y las agencias de propaganda estatal.

También en el campo de la ciencia, que hoy en día es la fuerza productiva más dinámica e importante del hombre, el conocimiento objetivo se vuelve también cada vez más un privilegio de las metrópolis. En los centros de investigación y las universidades de élite del Primer Mundo se desarrollan las tecnologías del futuro y se monopolizan por medio del derecho de patentes y licencias. Hoy día, los países subdesarrollados tienen cuatro veces menos científicos y técnicos por habitante que los países desarrollados. La cooptación sistemática de las mejores cabezas del Tercer Mundo mediante el llamado *Brain Drain*, en parte motivado por el diferencial de ingreso y oportunidades de trabajo, en parte estimulado deliberadamente por el Primer Mundo, garantizan la dominación del

mercado mundial en el futuro y el continuo disfrute privilegiado del plusproducto mundial.

Falta por discutir aquella praxis del hombre que el gran estratega Clausewitz definió como «la continuación de la política con otros medios», a saber, las relaciones militares.

De la antigua estructura bipolar del sistema mundial (Estados Unidos - Unión Soviética) ha quedado una sola superpotencia militar: la OTAN con su poder hegemónico, la Unión Americana. Esta alianza militar, que según su carta debe servir a la defensa de sus miembros y el espacio atlántico, se había convertido desde hace más de una década ya en un poder agresivo, como lo evidencian los cambios de las concepciones estratégicas y tácticas llamadas *Air Land Battle 2000* (combate tierra-aire 2000). Después de la implosión del socialismo en la Unión Soviética, este carácter ofensivo se hizo cada vez más patente y se manifestó de manera pregonante en la agresión de occidente contra Irak.

Entre los cambios estructurales que se están operando actualmente dentro de la organización, tres son perfectamente discernibles. El primero consiste, en que la función real de la OTAN se revela actualmente con toda claridad. Esta ha consistido desde su génesis, en última instancia, en el control de las masas y recursos del Tercer Mundo. El papel de la URSS como potencial contrincante bélico de Occidente desde 1917 y, en mayor medida, desde 1945 se debía a que era el *pars pro toto* del Tercer Mundo. La URSS fue blanco principal de la amenaza militar imperialista, porque constituyó el poder efectivo que respaldaba la única alternativa de evolución de la especie humana frente al capitalismo. Fue en el desarrollo socialista de la URSS que el antagonismo entre las élites del sistema internacional de explotación y dominación de 1492 y la secular lucha de quinientos años librada por las masas coloniales y semicoloniales encontraba su manifestación más pregonante. Dicho de otra manera: la lucha anticolonial y antiimperialista contra el sistema de las élites atlánticas asumió a partir de la revolución de octubre de 1917 la forma de una alternativa consecuentemente anticapitalista. Actualmente, con la reconversión de la URSS en una semicolonia del sistema de 1492 —su regreso al estado presocialista— es lógico, que las fuerzas militares aliadas del imperio vuelvan a manifestar su razón de origen: el control del Tercer Mundo.

Al difundirse la amenaza militar para la estabilidad del *Reich de los quinientos años*—desde un poderoso foco tercermundista (URSS) hacia muchas potencias militares tercermundistas de segunda y tercera categoría— es decir, desde una fuerte estructura militar *unipolar* hacia una impotente estructura militar *multipolar*— se transformarán nuevamente la estrategia, las tácticas y las tecnologías bélicas del poder imperial. Las guerras del futuro se ejecutarán contra Estados del Tercer Mundo y mediante los paradigmas —mejorados— de la Guerra del Golfo Pérsico. Esta es la segunda tendencia, que se manifiesta con toda claridad en el desarrollo de una Fuerza Europea de Despliegue Rápido (*Rapid Deployment Force*) y la concentración del armamentismo en el desarrollo de nuevas armas teledirigidas de precisión.

La tercera tendencia evolutiva de la OTAN resulta de la fuerza centrípeta de las potencias hegemónicas de la Comunidad Europea, Alemania y Francia. En la estructura tripolar de dominación global del año 2000, controlada por Alemania (Europa Central), Japón (Asia suroriental) y los Estados Unidos (hemisferio occidental), el futuro de cada bloque y su potencia hegemónica frente a los rivales dependerá de su fuerza económica y militar. Una potencia mundial sin un arsenal bélico correspondiente no es y no se encuentra en condiciones para ejecutar una política imperial. Pero de esta política imperial depende su riqueza social. La propuesta francesa, apoyada por Alemania e Italia, de enviar una fuerza militar a Yugoslavia para terminar el conflicto entre Serbia y Croacia y la *Rapid Deployment Force* son elocuentes al respecto.

La concepción de una superpotencia militar europea compete todavía con la estrategia que se practicó en el Golfo Pérsico. Ahí se utilizó una división del trabajo entre los tres bloques, consistente en que europeos y japoneses pagaran la guerra y Estados Unidos pusiera los mercenarios. Mientras que alemanes y franceses favorecen la primera concepción, los ingleses prefieren la segunda. Sin embargo, el anacrónico intento del imperialismo británico, de conservar su relación privilegiada bilateral con el imperialismo estadounidense, tiene pocas posibilidades de imponerse frente a la concepción centroeuropea, dadas las realidades económicas mundiales y la creciente rivalidad entre los tres bloques por la explotación de los recursos y mercados del planeta. Lo más probable es,

por ende, que se cristalizará la nueva superpotencia militar europea en torno a la «Unión de Europa Occidental» y que el eje Berlín-París será su elemento predominante.

Como muestran las reflexiones anteriores, la especie humana está hoy día organizada en todas sus esferas de reproducción esenciales y a nivel mundial, en estructuras de poder jerárquicas y oligopolistas, sin que a los tan democráticos políticos e intelectuales orgánicos del «Mundo Libre» se les ocurra, pedir la democratización de estas estructuras de poder construidas y mantenidas por sus élites. Toda la perfidia y la demagogia de estos políticos e intelectuales se plasma en sus incansables demandas de democratización de Cuba y, anteriormente Nicaragua, pese a que la política de ambos Estados —totalmente insignificantes a nivel mundial— se realiza dentro de los límites del derecho internacional, lo que no se puede decir de sus tan cacareados paradigmas democráticos estadounidenses o británicos.

Mientras estos políticos e intelectuales orgánicos del sistema de 1492 llevan una feroz o ilegal campaña contra la pequeña isla azucarera del Caribe —en nombre de lo que las burguesías del Primer Mundo entienden por democracia— se callan servilmente la boca ante las oligárquicas y antidemocráticas estructuras de poder y explotación del Primer Mundo, cuyas decisiones afectan continuamente la vida y el bienestar de la humanidad entera. Para los caballeros andantes de la democracia y del mercado libre a la Willi Brand, Mitterrand, George Bush, Felipe González y sus intelectuales cortesanos a la Enzensberger, Vargas Llosa, etc. son tabúes los carteles de poder primermundistas, que desde hace medio milenio rigen los destinos del ochenta y cinco por ciento de la humanidad.

¿Qué hacer?

A la luz del análisis anterior hay que preguntarse: ¿cuáles son las perspectivas de cambio que tienen las masas del Tercer Mundo frente a este sistema mundial de explotación y dominación erigido y defendido por las burguesías atlánticas desde 1492 y cuyas prebendas tienen que compartir desde hace dos décadas con Japón? La respuesta a esta pregunta consiste, obviamente, en que las perspectivas del futuro para

los condenados de la tierra dependen de la correlación de fuerzas entre los opresores y los sometidos, es decir, entre las metrópolis y sus aliados tercermundistas y las mayorías empobrecidas del Tercer mundo en alianza con las minorías del Primer Mundo.

El clásico raciocinio sobre este problema de anticolonialismo o antimperialismo hubiera sido el siguiente: un movimiento nacional de liberación logra triunfar y se convierte en Estado, el cual desarrolla las fuerzas productivas y militares para poder defender su soberanía en el nivel internacional, apoyado, posiblemente, por los Estados del campo socialista.

En el actual sistema internacional con hegemonía exclusiva de los capitalistas, dicho proceso tendría que pasar por tres «umbrales» decisivos. Económicamente, el nuevo Estado tendría que lograr un nivel de desarrollo que lo hiciera competitivo con la Comunidad Europea, Japón y Estados Unidos. Para disponer de la fuerza política suficiente tendría que basarse en la unidad del pueblo y la legitimidad de su gobierno. Y en el campo militar requeriría de armas estratégicas para parar la agresión y desestabilización de las potencias capitalistas.

Las tendencias actuales de la política internacional de los tres bloques capitalistas indican que no estarán dispuestos a tolerar un proceso de esta naturaleza. Intervendrán para destruirlo aún bajo el costo de utilizar armas nucleares, si lo consideran necesario. La revolución nacional como vehículo de emancipación de un pueblo sigue siendo una condición necesaria para su plena autodeterminación, pero no es suficiente, como evidencia de sobremanera la historia del siglo XX.

Y al nivel de la especie humana, la noción de romper la cadena del *Reino de los quinientos años* primero por el eslabón más débil y a partir de este inicio destruir el sistema eslabón por eslabón (a manera de una reacción en cadena), ha fracasado con el grandioso esfuerzo de 1917 que hoy día está llegando a su trágico fin. ¿Cuál entonces, sería la perspectiva hacia un cambio anticapitalista posible? Volvemos a analizar esta incógnita después de la siguiente reflexión.

El poder del sistema, que ya ha logrado persistir un tiempo comparable al del imperio romano, está basado en la concentración y *monopolización* de las fuerzas productivas y

destructoras más avanzadas que ha logrado desarrollar la humanidad.

En el campo de las fuerzas de producción es evidente que ningún país subdesarrollado –independientemente de la estrategia económica concreta que siga– podrá alcanzar y nivelar la ventaja tecnológica de las metrópolis. Esto se debe tanto a la complejidad y los costos del desarrollo y las infraestructuras técnico-científico actuales, como a la política sistemática y deliberada de las tres potencias hegemónicas, de mantener a los países tercermundistas mínimamente una generación tecnológica a la zaga de las propias tecnologías de punta, para, de esta manera, conservar el dominio de los mercados mundiales.

La receta del desarrollo neoliberal, que actualmente se está imponiendo a los países explotados, es ciertamente parte integral de esta estrategia. Desde que David Ricardo inventó el llamado teorema de los costos comparativos para justificar y cimentar la explotación de la Gran Bretaña sobre Portugal y el resto del mundo mediante el comercio libre, no se ha visto que un Estado que siguiera esta receta liberal, haya llegado a convertirse en una potencia económica mundial. Las potencias económicas atlánticas siguieron la estrategia contraria recomendada por Friedrich List y así lo hizo Japón. Taiwan, Singapur, Corea del Sur y otras historias de éxito económico recientes deben su desarrollo –al igual que sus antecesores históricos– a la aplicación del capitalismo de Estado y brutales dictaduras policíacas o militares de desarrollo. Salvo contados años en el capitalismo de Manchester, el liberalismo nunca fue una doctrina económica practicada por las burguesías, sino un instrumento *político* para la dominación y explotación interna –frente al feudalismo y proletariado– y externa. Ha sido siempre un mecanismo de explotación y una ideología de dominación de los países capitalistas más avanzados frente a los capitalismo menos desarrollados y ha sido siempre una ideología que ninguna metrópoli capitalista jamás siguió.

Algo semejante es válido para el cuento del supuesto éxito del neoliberalismo de Reagan (*reagonomics*). Los dizque triunfos de los *reagonomics* no se deben a la milagrosa capacidad de alocación de recursos del mercado capitalista –tal como preconizan los acólitos neoliberales por los cuatro vien-

tos—, sino a una intervención masiva del capitalismo de Estado y del keynesianismo militar. No fue la «mano invisible» de Adam Smith quien destruyó el sindicato de los controladores aéreos estadounidenses, iniciándose con esta destrucción el largo y profundo proceso de disminución del salario real de grandes sectores de la clase obrera, sino la «mano negra» del gobierno federal y su personal militar.

Igualmente, la drástica reducción de los impuestos para la clase dominante y las masivas subvenciones en pos del complejo militar-industrial fueron lo contrario de una economía de mercado libre. Fue esta dinámica militar-keynesiana inducida por el Estado, la que logró una coyuntura limitada y transitoria de la economía estadounidense, por el precio de un endeudamiento extremo del Estado (189 por ciento en ocho años) y una redistribución brutal de la riqueza nacional en favor de los sectores acaudalados. Generar un *boom* económico a costo de un extremo *deficit spending*, es decir, gastando lo que uno no tiene, no es precisamente una *laudatio* a la eficiencia de la economía capitalista o la política del neoliberalismo. Es más bien, el tipo de milagro económico que conocemos de los gobiernos tercermundistas de la década de los ochenta y que nos ha dejado la miseria actual.

La cuenta de la coyuntura artificial se le está presentando ahora al ciudadano estadounidense, en forma de déficits extremos de los presupuestos estatales, de la crisis de las instituciones de ahorro (*savings / loans industry*) y bancarias, de la infraestructura cada vez más deficiente, del déficit en la balanza de comercio, de la posición de importador neto de capitales etc.

Un panorama semejante al de las fuerzas productivas lo encontramos en el campo de las fuerzas de destrucción: el imperio monopoliza sistemáticamente las fuerzas destructivas más desarrolladas para su uso exclusivo. Los intentos actuales de las potencias imperiales, por mantener las armas estratégicas (nucleares, químicas y biológicas) bajo su exclusivo control es sintomático. También en este campo, la guerra del Golfo Pérsico le resultó un buen dividendo para las metrópolis. La histórica campaña sobre la necesidad de destruir el potencial nuclear de Irak —desde el punto de vista militar totalmente absurda, pero muy funcional desde el punto de vista de la guerra psicológica— tiende a generar una presión

político-militar y propagandística a nivel mundial, que permitirá prohibirles a *todos* los Estados del Tercer Mundo disponer de ese tipo de armamento estratégico y los sistemas de coherencia correspondientes. *In nuce*: tiene la función de volver de Occidente, quien, por supuesto, sigue perfeccionando a marchas forzadas precisamente este tipo de armas, que prohíbe a los sometidos.

Ciertamente, la dinámica de desarrollo inherente al sistema de 1492 así como los intereses de sus élites no albergan ninguna esperanza de salvación para los condenados de la tierra: ni en lo económico ni en lo militar. Tal como en el pasado y por cuatrocientos años condenaron a «negros» e «indios» a la esclavitud *sans phrase*, en el presente han sentenciado las masas del Tercer Mundo a una esclavitud financiera reminiscente del mito de Sísifo. América Latina debía en 1980 alrededor de 222 mil millones de dólares a los acreedores externos. Durante la década de los ochenta pagó por concepto de utilidades e intereses la suma de 365.9 mil millones de dólares. A pesar de esta gran sangría, la deuda externa alcanzó en el año de 1990 ya un monto de 423 mil millones de dólares, es decir, casi el doble de lo que era en 1980.

Las recetas de salvación que ofrece el capitalismo son, como su ideología del liberalismo, recetas de curandero que pretenden salvar al paciente que sufre de cáncer, con unas pastillas de Aspirina. La tan cacareada «Iniciativa para las Américas» prevé una reducción de la deuda oficial por unos siete millones de dólares, monto que ni siquiera equivale al dos por ciento de la deuda externa de la región. La constitución de un fondo de inversiones de capital por un total de 1,5 mil millones de dólares durante cinco años —de los cuales la Unión Americana sólo se compromete a aportar 500 millones— es, igualmente, una actividad irrisoria frente a las necesidades de la región. Un reciente cálculo de la Organización Panamericana de la Salud referente a las medidas sanitarias necesarias para frenar la difusión de enfermedades epidémicas como el cólera en Nuestra América, llega a la conclusión de que en total se requerirán alrededor de 200 mil millones de dólares¹. Sumas semejantes serán necesarias para combatir

1. De estos 200 mil millones de dólares, América Latina debe aportar

el problema de la vivienda, para la protección a la salud, a la educación, al medio ambiente, la superación de la pobreza absoluta, etc.

La salvación de las mayorías del inframundo no devendrá de la dinámica inherente al sistema, ni de la benevolencia o el humanismo de sus élites en el poder. Tampoco será posible mediante un esfuerzo de desarrollo económico de los oprimidos o su desarrollo militar, aunque ambos aspectos tienen su importancia dentro de la lucha por la liberación. La solución en la lucha secular de las masas tercermundistas contra el Leviatán se encuentra en las relaciones sociales, que solemos denominar políticas, recordando que la lucha política significa la lucha por el poder. La forma de esta lucha se concretizará como nacional, pero su contenido ha de ser *la emancipación de la especie del yugo capitalista*, que la ha usurpado como propiedad privada para sus despreciables fines de explotación, al igual que el planeta, nuestra «madre tierra».

La emancipación de la especie requiere la democratización de la sociedad mundial, controlada y explotada actualmente por un *racket*, cuya política gangsteril produce cada día 40 mil niños muertos en el Tercer Mundo. Como todas las transformaciones fundamentales en la historia mundial, también ésta sólo puede resultar de la acción de las masas. Pero si bien es cierto que los pueblos son, en última instancia, los sujetos históricos del cambio social, no es menos cierto que estos cambios fundamentales siempre han estado precedidos por el cambio de las ideas. De ahí, que la tarea más urgente consiste en generar un proceso masivo de concientización sobre el sistema de 1492, capaz de crear un movimiento de masas en el Primer y Tercer Mundo, que logre superar las seculares estructuras inhumanas del *Reino de los quinientos años*. Si esta empresa tendrá éxito o no, no lo sabemos. Pero es el único camino de emancipación que queda. La

150 mil millones. El director de la fuerza especial de la organización que combate el cólera, el Dr. Brandling-Bennett, no deja duda, de que la causa del cólera es el desarrollo capitalista de los últimos veinte años: «We must correct problems that have arisen over the past 20 years in health and sanitation services that are responsible for the outbreak of cholera... We would like to get back to the situation we were in 10 or 20 years ago, when cholera did not spread in the Americas. That requires a significant investment. We've come up with a figure of \$ 200 billion». *Newsweek*, 22-7-1991.

alternativa consistiría en la resignación o la movilidad social individual «hacia arriba», abandonándose la mayoría de la humanidad a su destino.

Un punto de partida idóneo para este proceso hacia la construcción de una nueva sociedad solidaria a nivel planetario es el año de 1992. Todos los que tienen un interés auténtico en mejorar la situación de los desposeídos que dhabitan el inframundo del *Reino de los quinientos años*, deberían dejar las formas de solidaridad caritativa en favor de una cultura política de solidaridad y liberación que encontraría su campo de acción dentro o en colaboración con las dos grandes campañas latinoamericanas sobre el V Centenario: *Emanicipación e Identidad de América Latina: 1492-1992* y *500 años de resistencia indígena-popular*. Donar un poco más de leche en polvo a Bangladesh o unos cuantos metros de tubería de agua para Ecuador no cambia en absoluto los problemas reales de los pauperizados en estos países. En cambio: integrarse a la utopía concreta de liberación de la especie, significa hacer una contribución real a los grandes cambios sociales que requiere la humanidad.

Esta solidaridad política que se dirige a la raíz de los problemas en lugar de sus síntomas, debería integrar en su trabajo las siguientes temáticas. En lo económico es imprescindible que se inicie en 1992 el pago de la deuda externa que contrajo el Primer Mundo con el Tercer Mundo por concepto de esclavitud, trabajo forzado, robo etc. Esta medida, sin embargo, no puede ser más que el comienzo de una redistribución drástica de la riqueza y de los flujos de ingreso mundiales, como única solución real para la miseria económica del Tercer Mundo. En lo político, la democratización de las Naciones Unidas es imperativo. El Consejo de Seguridad y el injustificable derecho de los cinco miembros permanentes al veto han de desaparecer, devolviéndose a la Asamblea General la facultad de decisión sobre todas las resoluciones que afectan a la especie.

La imposición de la vigencia del derecho internacional en todos los asuntos inter-estatales es una necesidad innegable para frenar el intervencionismo y la violación constante del derecho a la autodeterminación de los pueblos de Nuestra América por parte de las metrópolis. Fue en este contexto que, al defender México de la descarada invasión francesa del

siglo pasado, Benito Juárez formuló la acertada frase, de que «el respeto al derecho ajeno es la paz». En la arena internacional encontramos una situación totalmente carente de «respeto al derecho ajeno». Lo que prevalece es la práctica de la «soberanía limitada de las naciones» que el presidente estadounidense James Monroe estableció en 1823 para el hemisferio occidental y que el presidente soviético Breshnev pronunció en los años sesenta para los Estados socialistas. Con el derrumbe del campo socialista, el imperialismo aplicará la doctrina de Monroe a cualquier Estado del tercer Mundo que no tenga la capacidad de defenderse.

La repatriación del patrimonio cultural robado o adquirido en condiciones leoninas por las potencias neocoloniales durante los últimos quinientos años es una demanda a cumplir en el sector cultural. Los artefactos culturales expropiados a las Primeras Naciones son elementos importantes en el proceso de reconstrucción de sus identidades nacionales. Al igual que en el campo de la repatriación o indemnización de las riquezas económicas robadas, los ladrones aristocráticos y burgueses no muestran ninguna disposición de devolver la propiedad ajena a sus dueños legítimos, pese a que la Conferencia General de la UNESCO ratificó el 14 de noviembre de 1970 una convención general que reconoce y establece que «los bienes culturales son uno de los elementos fundamentales de la civilización y de la cultura de los pueblos» y que «todo Estado tenga cada vez más conciencia de las obligaciones morales inherentes al respeto de su patrimonio cultural y del de todas las naciones»².

En el campo social es categórico demandar medidas enérgicas para frenar el racismo, que después de la «muerte» de los clichés anticomunistas está siendo utilizado cada vez más por los Estados primermundistas como medio de antagonizar sus sociedades civiles con los pueblos del Tercer Mundo, es decir, como técnica de control social interno y de legitimación ideológica de sus bárbaros sistemas de explotación del inframundo.

El levantamiento de «Monumentos a las víctimas de la

2. UNESCO, «Convention on the means of prohibiting and preventing the illicit import, export and transfer of ownership of cultural property», Conferencia General, 16. reunión, París, 14-11-1970, p. 2.

invasión europea de 1492» en los espacios públicos de ciudades y municipios puede servir como principal vehículo político de concientización a nivel de base en los Estados europeos y, por supuesto, americanos. Conquistar estos espacios públicos y realizar dichos monumentos conjuntamente entre los ciudadanos, las autoridades y representantes de los pueblos latinoamericanos, sería el toque de piedra de la voluntad ética de las estructuras estatales de base, como municipios, en cuanto al reconocimiento moral del crimen de 1492, que la historia oficial prefiere callar. El alcalde de Puerto Real, José Antonio Barroso, ha dado este ejemplo de dignidad, al convenir con la «Asociación Bartolomé de las Casas» de Cádiz, la campaña latinoamericana-internacional «Emancipación e Identidad de América Latina: 1492-1992» y la campaña estatal «500 años de agresión. 500 años de resistencia. Por la emancipación de los pueblos», en la erección de dicho monumento y de un gran foro popular correspondiente en octubre de 1992.

Emular este ejemplo, junto con otras iniciativas semejantes en el campo de la liberación de la mujer, la ecología, la deuda externa etc., significa integrarse a un trabajo de solidaridad política, a diferencia de la solidaridad caritativa que devuelve en volúmenes irrisorios y en forma de migajas lo que se está robando descaradamente en cantidades industriales.

La tarea no consiste en escoger y rescatar entre 40 mil niños —que mueren cada día a causa del sistema antidemocrático de la sociedad mundial— unos trescientos o cuatrocientos «felices» que sobrevivirán con base en las siempre insuficientes donaciones primermundistas, ni tampoco, en aumentar marginalmente el número de salvados mediante el incremento marginal de las migajas.

La tarea consiste en proveer a todos los niños y, por extensión, a la especie entera, de las condiciones necesarias para una vida digna. Esto sólo es posible con el cambio radical de las estructuras del *Reino de los quinientos años*, es decir con la profunda democratización formal y material del monstruoso sistema construido a partir de 1492. En este contexto profesamos albergar los deseos cuya realización encargamos encarecidamente a la némesis de la historia: que el Quinto Centenario del Leviatán sea el inicio de su ocaso y que su apocalipsis no sea muy lejana.

Foro y Concurso Internacional Independiente

«Emancipación e Identidad de América
Latina: 1492-1992»

ES UN FORO CIENTIFICO-CULTURAL internacional independiente, creado en el año de 1987 con el objetivo de proporcionar a la sociedad civil latinoamericana un espacio que permita profundizar en el conocimiento y en la reflexión colectiva sobre las condiciones de identidad, emancipación y conciencia latinoamericanas a quinientos años de la Conquista.

El gran apoyo prestado por destacadas personalidades e instituciones de la vida científica-artística y social americana y europea, ha hecho posible que esta iniciativa se convirtiera en un importante foro de diálogo, trabajo y solidaridad para con los pueblos de Nuestra América.

Siete actividades básicas caracterizan la labor del Foro y Concurso.

1. LOS ENCUENTROS NACIONALES, realizados por instituciones copatrocinadoras, comités de apoyo (en veinte países) y miembros del Consejo de Honor (alrededor de ochenta personalidades de América y Europa), reúnen anual-

mente a intelectuales, artistas y activistas en el diálogo y trabajo sobre la problemática.

2. LA EXPOSICION DE ARTE. «Emancipación e Identidad de América Latina: 1492-1992», integrada por alrededor de cincuenta obras donadas por artistas americanos y europeos, que se presenta en exposición itinerante en Europa. Asimismo hemos concedido becas de investigación para la elaboración de obras artísticas sobre la temática. El primer disco/cassette de música sobre el V Centenario se terminó de producir en Europa en el mes de marzo, 1991.

3. LA PUBLICACION TRIMESTRAL de la revista *América la Patria Grande* que se difunde en veinte países de América y de Europa en lengua castellana y en alemán en la RFA. La revista, de carácter no comercial, constituye un foro de discusión e información tanto para los miembros del Consejo de Honor como para contribuciones populares y, del público en general. Ha publicado ensayos y/o artículos de Noam Chomsky, Rigoberta Menchú, Adolfo Pérez Esquivel, James Petras, Miguel Bonasso, Elena Poniatowska, Gregorio Selser, Pedro Casaldáliga, Luis Cardoza y Aragón, Silvio Rodríguez, Sergio Ramírez, Tomás Borge y Mario Benedetti, entre otros.

4. LA PRODUCCION DE LIBROS y materiales gráficos como carteles, tarjetas, postales de arte, etc., es otra actividad importante del Foro y Concurso. Dentro de la serie «Nuestra América frente al V Centenario» se han publicado varios libros en España, Italia, Alemania, País Vasco, México, Centroamérica y los países andinos.

5. OTORGAMIENTO DE BECAS de investigación a miembros de organizaciones indígenas, afroamericanas y representantes de organizaciones populares, con la finalidad de que ellos mismos recuperen la verdadera memoria histórica de sus pueblos. Las primeras becas de este programa fueron otorgados a solicitantes indígenas de Honduras, Ecuador y a un miembro «cimarrón» de Panamá.

6. OFRECEMOS TAMBIEN como espacio de reflexión y concientización a la sociedad civil americana y europea el Concurso Internacional Independiente: «Emancipación e Identidad de América Latina: 1492-1992», cuyos géneros abarcan: ensayo, novela, testimonio, historia para lectores jóvenes, historieta didáctica, caricatura, cartel, ensayo fotográfico, documental realizado en video y radioteatro. El total

de premios en efectivo alcanza la suma de 26 mil dólares. La entrega de los premios se efectuará en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, en noviembre de 1991.

7. EN RECIENTE REUNION de nuestro Consejo de Honor del Area Centroamericana y del Caribe (5/6 de enero, 1991) fue ratificada la *Declaración de México* que constituye un manifiesto programático de gran importancia de la intelectualidad latinoamericana comprometida, sobre el V Centenario.

8. EN EL AÑO DE 1992 realizaremos dos grandes actividades. Con el apoyo de nuestras instituciones copatrocinadoras europeas y españolas se efectuará en España un «Encuentro por la dignidad de los pueblos en el V Centenario de la Conquista», que culminará en la inauguración de un «Monumento a las víctimas de la invasión europea de 1492». En forma conjunta se llevará a cabo un gran acto cultural latinoamericano en Nuestra América que contará con la participación de importantes personajes americanos y europeos.

Para obtener mayor información sobre estas actividades dirigirse a:

«Emancipación e Identidad de América-Latina; 1492-1992»

Insurgentes Sur 636

Despacho 301

Col. del Valle

C. P. 03100

México, D.F.

Tel. 5 36 92 18 / 6 69 49 84

Fax 6 69 28 98

Índice

Introducción. En busca de la segunda emancipación. <i>Heinz Dieterich Steffman</i>	9
El Sistema de los 500 años y el Nuevo Orden Mundial. <i>Noam Chomsky</i>	15
El nacimiento de la utopía. <i>Sergio Ramírez</i>	39
Perspectivas de la Liberación Nacional en América Latina. <i>Tomás Borge</i>	49
América Latina ante el «fin de la Historia». <i>Agustín Cueva</i>	63
El Tercer Mundo y el fin del socialismo. <i>Roberto García</i>	77
La crisis del mundo actual y las ciencias sociales en América Latina. <i>Pablo González Casanova</i>	85
Los intelectuales y la emancipación de las Américas. <i>James F. Petras</i>	97

Esas Yndias equivocadas y malditas. <i>Rafael Sánchez Ferlosio</i>	111
Porque aún lloramos. <i>Gioconda Belli</i>	139
Los desafíos de América Latina. <i>Adolfo Pérez Esquivel</i>	145
De colonizaciones recientes. <i>Karmelo Landa</i>	151
El Nuevo Orden Mundial o la especie en su laberinto. <i>Heinz Dieterich</i>	159
Foro y Concurso Internacional Independiente	189
Índice	193
Autores	195

Noam Chomsky

Noam Chomsky (7-12-1928) es el lingüista más importante del mundo. Su paradigma de la lingüística matemática y sus ensayos filosóficos y políticos han ejercido una profunda influencia sobre la filosofía, psicología, antropología y ciencia política actual. En 1979 el *New York Times Book Review* consideró que él era el «más importante intelectual contemporáneo... en términos de poder, rango, novedad e influencia de pensamiento». Durante la guerra de Vietnam fue un crítico implacable de la agresión estadounidense y, como mostró una encuesta de opinión, el más influyente intelectual disidente. Hoy en día defiende incansablemente a los pueblos centroamericanos de la agresión estadounidense.

Sergio Ramírez

Nació en Masatepe, Nicaragua en 1942. Se graduó de abogado en 1964 y fue electo Secretario General de la Confederación Universitaria Centroamericana (CSUCA). Fundador

de la Editorial Universitaria Centroamericana (EDUCA). En 1977 dirigió el GRUPO DE LOS DOCE que brindó apoyo político al FSLN. Miembro de la Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional a partir del triunfo de la Revolución en 1979 es actualmente miembro de la Asamblea Sandinista, órgano central de consulta del FSLN. Fue electo Vice-presidente por voto popular el 4 de noviembre de 1984.

Tomás Borge

Nació en Matagalpa, Nicaragua. Fundador del Frente Sandinista de Liberación Nacional, junto con Carlos Fonseca y Silvio Mayorga entre otros y de los cuales es el único sobreviviente. Miembro de la Dirección Nacional del F.S.L.N. y Ministro del Interior durante el gobierno sandinista. En los últimos años, además de su actividad política se ha dedicado a la producción literaria publicando numerosos libros, entre ellos *Los primeros pasos* y *La paciente impaciencia*, ganador este último del Premio «Casa de las Américas» 1989.

Agustín Cueva

Nació el 27 de septiembre de 1939 en Barra, Ecuador, donde cursó estudios de licenciatura y doctorado. Posteriormente realizó estudios de posgrado en la Sorbona de París. Ha dictado conferencias en gran parte de las Universidades de América Latina y en la Universidad Complutense de Madrid. Su trabajo *El Desarrollo del Capitalismo en América Latina* ha sido traducido al portugués, holandés y japonés. Su obra *El proceso de dominación política en Ecuador* ha sido publicada en español y en inglés y recientemente publicó en Ecuador su libro: *América Latina en la frontera de los años noventa*. Actualmente es profesor e investigador del Centro de Estudios Latinoamericanos y de la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Roberto García

Doctorado en Ciencias Sociales, investigador de la Universidad Autónoma Metropolitana, investigador especializado en Relaciones Internacionales; actual catedrático.

Pablo González Casanova

Sociólogo, profesor de la universidad autónoma de México. Director actual del Centro de Investigaciones Inter-Disciplinarias de la U.N.A.M. Autor de varios libros sobre América Latina, entre ellos la obra clásica *La democracia en México*.

James F. Petras

Nació en 1937. Es catedrático de sociología en la State University of New York en Binghamton y profesor visitante de ciencia política en Haverford College. Es conocido en América y Europa por su sociología crítica, que lo ha convertido en uno de los más destacados académicos del hemisferio occidental. Autor de numerosos artículos y más de veinte libros entre los que destacan: *Capitalist and Socialist Crises in the Late Twentieth Century*; *State and Power in the Third World* (Clase, Estado y Poder en el Tercer Mundo, México: F.C.E., 1986); *Reform, Revolution and Reaction in the Modern World y Latin America: Bankers, generals, and the struggle for social justice*.

Rafael Sánchez Ferlosio

Hijo de padre español y madre italiana, nació en Roma en diciembre de 1927. Cursó estudios de Arquitectura y Filología Semítica, aunque no finalizó ninguna de las dos carreras. Sus obras más importantes son: *El Jarama* (premio Nadal en 1955), *Industrias y andanzas de Alfanhui* (1951), *Alfanhui y otros cuentos* (1961) y *Las semanas en el jardín* (1974). Entre su producción literaria se encuentran también varios cuentos y numerosos artículos. En 1983 se le otorgó el Primer Premio de Periodismo Francisco Cerecedo, convocado por la Asociación de Periodistas Europeos, por su artículo *La conciencia del débil se lava con sangre*.

Gioconda Belli

Escritora nicaragüense, obtuvo el premio «Casa de las Américas» en la rama de poesía. Sus novelas posteriores *La mujer habitada* y *Sofía de los presagios* han tenido importantes éxitos y traducciones. En la actualidad es diputada por el Frente Sandinista en el Parlamento de Nicaragua.

Adolfo Pérez Esquivel

El Premio Nobel de la Paz otorgado a Adolfo Pérez Esquivel en 1980 por su trabajo a nivel continental por la paz y los derechos humanos, coronó una larga trayectoria de militancia no-violenta por la construcción de una sociedad liberadora, participativa y solidaria. Gran parte de este trabajo se realizó dentro de la organización de «inspiración cristiana ecuménica». Servicio Paz y Justicia (SERPAJ), del cual Pérez Esquivel fue nombrado coordinador latinoamericano en 1974 y Presidente Honorario en 1986. Además del SERPAJ, A. Pérez Esquivel participa en muchos otros foros internacionales de defensa de los derechos humanos.

Karmelo Landa

Nació en 1952, en Ea, un pequeño pueblo marineru del País Vasco. Estudió Historia Contemporánea en la Universidad de Deusto, de donde fue expulsado a causa de su militancia antifranquista. Desde comienzos de los años 80 es profesor de la facultad de Ciencias de la Información del País Vasco. Especializado en literatura vasca, ha participado en numerosas actividades en favor de la lengua vasca y movimiento ciudadano (Comisión Investigadora del Bombardeo de Guernica, Comisión Nacional de Gestoras Pro-Amnistía, etc.)

En la actualidad es diputado en el Parlamento Europeo por la coalición vasca Herri Batasuna. En dicho parlamento es miembro de las comisiones de Asuntos políticos y de Política Regional, así como de la delegación de Relaciones con la ONU.

Heinz Dieterich

Doctorado en Ciencias Sociales y Económicas en la República Federal Alemana es actualmente, y desde 1976, catedrático de la Universidad Autónoma Metropolitana Xochimilco de México. Profesor e investigador invitado en: Estados Unidos, Canadá, Nicaragua, Perú, Bolivia y España. Ha publicado más de 150 ensayos en 15 países y 12 libros entre los que destacan: *Relaciones de producción en América Latina*; *La teoría del poder y el poder de la teoría*; *Guía de investigación*

científica (14 reimpresiones); *Nicaragua: la construcción de una sociedad sin clases*; *Das Fuenfhundertjaehrige Reich*. Presidente del Foro y Concurso Internacional Independiente «Emancipación e Identidad de América Latina: 1492-1992» y Director del Center for International Studies (México/R.F.A.).